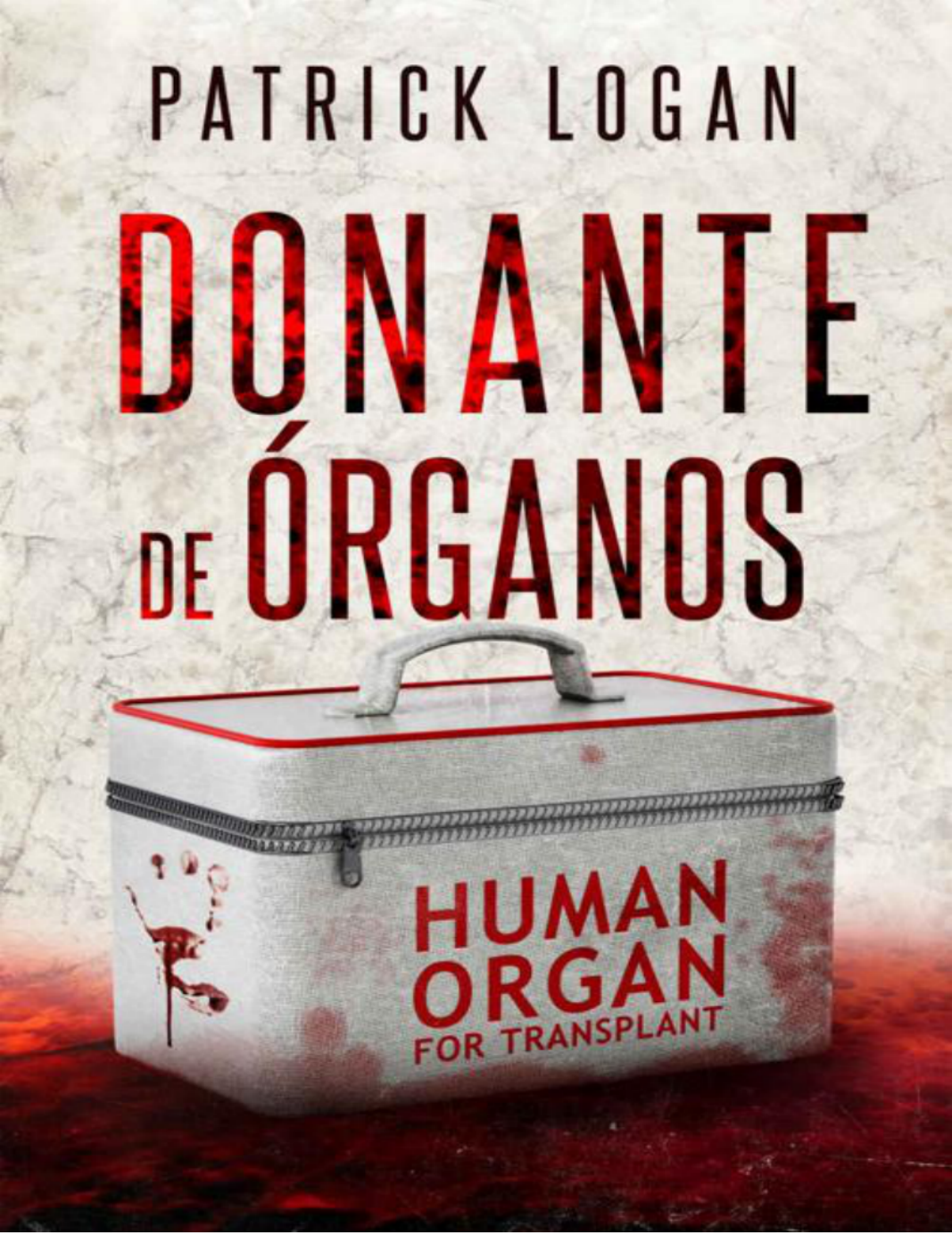
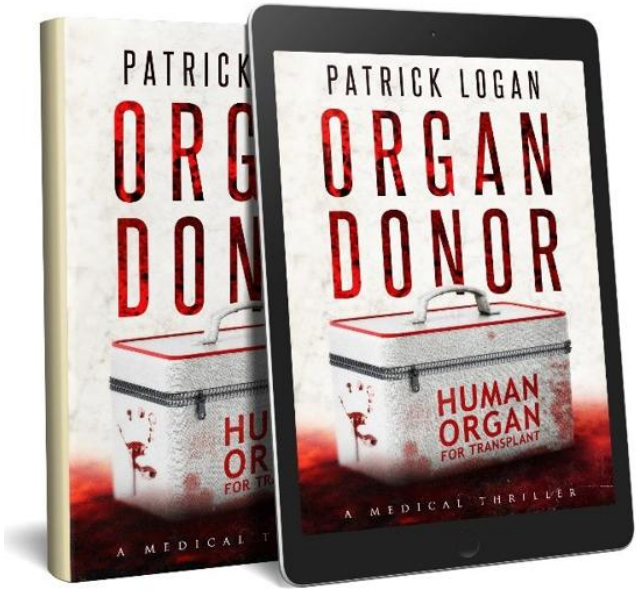
PATRICK LOGAN

DONANTE DE ÓRGANOS





Suscríbase a *mi* boletín de noticias para estar al día de las novedades, participar en concursos especiales y recibir descuentos exclusivos.

Para empezar, dirija su navegador a www.PTLBOOKS.com.

No deje de visitar mi grupo de Facebook para hablar de mis libros y de todo lo relacionado con el terror y el thriller: www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Donante de órganos

Dr. Beckett Campbell Médico Forense

Libro 2

Patrick Logan

Donante de órganos
Prólogo
PARTE I - La gran inauguración
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo XI
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
PARTE II - Intervención quirúrgica
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
PARTE III - A mitad de camino
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo
FIN
Nota del autor
Inyectar fe
Prólogo
PARTE I - La muerte es una enfermedad
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Otros libros de Patrick Logan

Donante de órganos

Prólogo

El Dr. Beckett Campbell permaneció en la sombra, con los ojos fijos en el taxi, mientras un hombre corpulento vestido con una camiseta blanca se apeaba de él. Llevaba el pelo castaño hasta los hombros recogido en un moño grasiento y los ojos muy juntos, oscuros como la noche.

Beckett lo había visto antes.

Había visto al hombre en la televisión hacía más de un año y había vuelto a verlo en las noticias unos días antes, después de que el juez declarara, a regañadientes, que el jurado no se había pronunciado.

Un *segundo* jurado en desacuerdo.

Winston Trent era su nombre, y viviría el resto de su vida como acusado, pero nunca condenado, de asesinato y violación de niños.

Dos veces había sido juzgado por el asesinato de Bentley Thomas, de nueve años, pero ambos intentos de meterlo entre rejas habían fracasado. Beckett era patólogo forense y médico forense y no abogado, pero sabía lo suficiente de ciencia como para llegar a la conclusión de que Winston se estaba librando por un tecnicismo. Una mancha de semen encontrada en la escena del crimen se consideró inadmisible porque se había almacenado incorrectamente antes de generar un perfil de ADN: se había colocado en un recipiente mal etiquetado.

No importaba que sólo hubiera una posibilidad entre cinco mil millones de que el ADN perteneciera a alguien *que no fuera* Winston Trent, argumentó la defensa. O que el tipo de contenedor era irrelevante y que el ADN no había sido manipulado ni degradado. Lo que el técnico del CSU había hecho era arrojar una sombra sobre todo el caso, disparando una duda razonable en la cadena de mando del mismo modo que Winston había disparado su carga en el almacén donde se había descubierto el cadáver de Bentley.

Pero Beckett no estaba sujeto a las mismas reglas que los abogados, el juez o incluso los miembros del jurado; tenía sus propios principios rectores, unos que sustituían a todas las demás leyes.

Y sabía que Winston Trent era culpable. No era sólo la sonrisa sádica que tenía en la cara mientras se burlaba de la familia de

Bentley después de los dos juicios falsos. Eran sus ojos. Sus ojos oscuros eran planos y uniformes.

Ojos que Beckett reconocía en sí mismo cuando se miraba al espejo.

Beckett hizo un repaso superficial de su propio equipo y ropa mientras Winston subía las escaleras hasta su caravana. Debajo de un mono negro, llevaba el cuerpo envuelto en papel de seda para no dejar restos de su ADN en el lugar de los hechos. Sobre la cabeza llevaba un pasamontañas enrollado y en una mano enguantada sostenía un pequeño maletín de cuero.

Aunque no abrió el maletín, no todavía, sabía exactamente lo que había dentro. Lo sabía porque ya lo había comprobado media docena de veces.

Beckett había cometido algunos errores con los demás -Craig Sloan, Donnie DiMarco, Ray Reynolds, Bob Bumacher, Boris Brackovich-, pero estudiaba con rapidez.

No volvería a cometer los mismos errores.

Esta vez iba a ser diferente.

Beckett esperó a que Winston introdujera la llave en la puerta de la caravana antes de sacar una jeringuilla del maletín y cruzar la calle a toda prisa. No le preocupaba que lo vieran aquí; la gente de este barrio detestaba a Winston Trent tanto como a cualquier otro y haría la vista gorda ante cualquier cosa que le ocurriera.

Era psicología humana básica; si deseabas con todas tus fuerzas que algo ocurriera, aceptarás tu razonamiento por muy erróneo que sea cuando finalmente ocurra.

Si el ludópata cree que su ropa interior da suerte antes de una gran victoria, era casi imposible convencerle de lo contrario después del hecho.

Alguien tan reprobable como Winston Trent *debe* aborrecerse a sí mismo, así que ¿por qué no iba a ser su muerte un suicidio?

Mirando las manchas de sudor bajo los brazos de Winston y la oscura V que se extendía por su espalda, Beckett habló por primera vez en varias horas.

"Winston", dijo simplemente.

El hombre abrió la puerta y se volvió. Cuando divisó a Beckett, vestido todo de negro, una sonrisa apareció en sus finos labios.

"¿Qué coño quieres?", espetó. "No voy a dar ningún autógrafo."

Con la mano que sujetaba la jeringuilla aún a la espalda, Beckett

subió dos pasos las escaleras. Cuando Winston respondió metiendo la mano por la puerta, a Beckett le tocó sonreír.

El hombre no encontraría lo que buscaba. De hecho, si se daba la vuelta, Winston no sólo no vería su escopeta apoyada en el marco de la puerta, sino que tal vez ni siquiera reconocería el interior de su remolque.

Beckett había redecorado un poco; cuando había venido antes, la decoración no había sido de su agrado.

Se había tomado la molestia de colgar imágenes de la cara sonriente de Bentley Thomas de trozos de hilo que surcaban el interior del remolque.

Beckett también había limpiado un poco; no porque hubiera querido, sino porque necesitaba hacer sitio para su mesa y sus herramientas.

"Tú mataste a ese chico", dijo Beckett con naturalidad.

La sonrisa de Winston se convirtió en una mueca.

"Eso no es lo que dijo el jurado", replicó. Winston se estaba poniendo visiblemente nervioso y buscaba una escopeta que no estaba allí.

Beckett sabía que sólo disponía de unos instantes antes de que Winston se diera por vencido y saliera corriendo hacia el interior, cerrándole la puerta en las narices.

Con una agilidad que sólo le permitía su elevado estado, Beckett subió a saltos los tres últimos escalones hasta situarse a escasos centímetros del maloliente Winston Trent.

"Será mejor que salgas de mi propiedad", ordenó Winston. "O tú..."

Cuando los ojos del hombre se desviaron hacia el interior de la caravana, Beckett se abalanzó sobre él. Al pillar al hombre mucho más grande por sorpresa, Winston tropezó con el borde de la puerta y cayó hacia atrás.

Beckett aterrizó sobre su pecho y le clavó la jeringuilla en la suave piel del cuello. Luego agarró al hombre por la barbilla y le obligó a echar la cabeza hacia atrás.

"Mira a tu alrededor, Winston; tú mataste a ese chico, tú mataste a Bentley Thomas. Sólo dilo y haré que esto sea *menos* doloroso de lo que mereces".

PARTE I - La gran inauguración

Capítulo 1

"Llegas tarde", dijo Suzan Cuthbert con la comisura de los labios.

El Dr. Beckett Campbell se secó el sudor de la frente.

"Sí, bueno, mientras no llegues tarde, no me preocupa tanto", replicó.

Suzan le fulminó con la mirada, pero la parte inferior de su rostro la delató: en sus bonitos labios se dibujó un atisbo de sonrisa.

"Deberías...", empezó ella, pero Beckett le dio un codazo juguetón en las costillas y levantó la barbilla hacia el escenario que tenían delante.

"Vamos, Suze, ¿no ves que estoy intentando escuchar?", bromeó.

La verdad era que éste era el *último* lugar en el que Beckett quería estar ahora mismo. La apertura de otra ala del hospital, la Unidad de Trasplantes McEwing, inaugurada por un imbécil de pelo plateado y piel muy bronceada que probablemente no había pisado un hospital público en toda su vida.

No importaba que el propio Beckett hubiera sido elegido miembro de la junta directiva de la nueva ala; seguía sin querer estar aquí.

El hombre del estrado se presentó como Sir -sí, *Sir*, como si fuera un caballero de brillante armadura- Francis England y aparentaba tener entre 45 y 55 años. Por lo tanto, Beckett supuso que en realidad tenía 102 y que se mantenía con vida gracias a un cóctel muy específico de bótox, tinte para el pelo y testosterona exógena.

"Ahora, antes de cortar esta cinta", empezó Sir Douche, "me gustaría presentar formalmente a dos miembros muy orgullosos de la familia McEwing, los hijos del difunto Peter McEwing, que también forman parte del consejo de la Fundación McEwing. Por favor, juntad las manos y ayudadme a dar la bienvenida a Flo-Ann y Grant McEwing".

Jesús, el tipo habla como si protagonizara una película de los Monty Python, pensó Beckett, para luego arrepentirse inmediatamente de la opinión. *Cómo me atrevía a ensuciar el nombre de los Python pensando semejante guarrada?*

Sir England apretó los labios y aplaudió con unas manos que parecían cecina curada.

Beckett se estremeció y Suzan le dio un codazo hasta que aplaudió junto con el resto de las ovejas.

Una vez que consiguió despegar los ojos del espectáculo que era Sir England, se dio cuenta de que conocía a Grant McEwing. Bueno, más exactamente, Beckett sabía *de* él. Había pasado uno o dos meses aprendiendo del difunto Peter McEwin durante su residencia, y el hombre le había hablado largo y tendido de lo brillante que era su hijo, de lo buen médico que iba a ser algún día.

"¿Reconoces a Grant?" Susurró Suzan mientras seguía aplaudiendo. "Es uno de tus residentes de este año".

Los ojos de Beckett se centraron en la cara de Grant, su cabeza rapada, la nariz estrecha.

Luego se raspó los labios.

Nepotismo en estado puro.

"Qué suerte la mía".

La atención de Beckett se centró rápidamente en Flo-Ann, una mujer de unos veinte años con el pelo rubio y corto, cortado a ras de las orejas. Llevaba una falda azul marino que se rascaba casi constantemente, apartándola de sus muslos, mientras avanzaba. Grant se movió con ella, pero se quedó detrás de su hermana mientras ella ajustaba el micrófono.

Flo-Ann se aclaró la garganta antes de dirigirse al público.

"En primer lugar, me gustaría dar las gracias a todos los implicados en sacar a la luz el sueño de mi padre, incluidos Sir England y el resto de la junta directiva". Beckett hizo una pequeña reverencia. "Para los que no lo sepáis, Peter McEwing era mi padre. Pero era algo más que un gran padre; Peter también era un consumado cirujano de trasplantes y uno de sus sueños era abrir algún día una nueva y moderna unidad de trasplantes aquí mismo, en Nueva York. Y vosotros habéis hecho realidad su sueño".

Beckett enarcó una ceja. Aunque no tenía la mejor memoria en las mejores circunstancias, y pasar apenas unos meses con aquel hombre durante las rotaciones no dejaba una huella imborrable, Beckett recordaba que Peter McEwing era tan aburrido como hacer cola en Correos.

Pero la mayoría de los médicos lo eran, de todos modos; era esencialmente parte de la formación. De hecho, Beckett estaba

debatiendo la posibilidad de iniciar un curso que girara en torno a esta misma idea.

Doctor Etiquette 101: cómo ganar mucho dinero siendo un gilipollas.

Quizá un curso no sea la mejor idea, pensó Beckett. *¿Pero un libro autopublicado en Amazon? Mierda, si un libro infantil sobre un conejito homófobo podía conseguir la etiqueta de superventas, todo era posible.*

Flo-Ann parecía tener algo más que decir, pero Sir England la apartó de un codazo y le arrebató el micrófono.

"¡Ahora, la inauguración oficial de la Unidad de Trasplantes McEwing!", exclamó. Alguien desde detrás de Sir England le entregó unas tijeras cómicamente grandes. Hubo cierta confusión en cuanto a quién sostendría las tijeras, pero finalmente los tres -Grant, Flo-Ann y Sir England- pusieron sus manos en el mango de plástico y juntos cortaron la cinta.

Beckett puso los ojos en blanco. Todo eran chorradas ceremoniales, tan falsas como el acento de Sir England.

Miró a Suzan.

"Oye, ¿quieres salir de aquí?"

Suzan parpadeó.

"¿Para preparar el próximo semestre, supongo?"

Beckett volvió a poner los ojos en blanco.

"Sí, claro. Haremos algo *muy* responsable".

Suzan se encogió de hombros.

"De todas formas, no es que hagas ningún trabajo", replicó ella. "¿Dónde estarías sin mí? Pensándolo bien, no respondas a eso: probablemente en una zanja o en un callejón. Por cierto, hace un rato llegó un paquete para ti, está en tu escritorio".

"¿Cuáles son las probabilidades?" Beckett respondió con una sonrisa de satisfacción. "Yo también tengo un paquete para ti".

Capítulo 2

"Buenos días, Delores", dijo Beckett al entrar en el pasillo que conducía a su despacho con Suzan a cuestas.

La mujer levantó la vista del periódico que estaba leyendo y le dedicó una débil sonrisa. Tenía las mejillas anchas e hinchadas y una expresión pastosa que, por alguna extraña razón, a Beckett le recordó a las ostras Rockefeller.

"Buenos días, Dr. Campbell", respondió.

Típicamente alegre hasta el punto de cuajar el estómago de Beckett, su tono recatado le hizo detenerse.

"Muy bien, Delores. Dime qué te pasa".

Delores apretó los labios y le entregó el papel a Beckett.

"¿Qué podría ser tan...?"

Cuando sus ojos se posaron en la foto de la ficha policial, el corazón le dio un vuelco.

Winston Trent, acusado de matar a un niño, se quita la vida, decía el titular.

Beckett tragó saliva.

"Enfermizo, ¿verdad? No parece justo que se libre tan fácilmente", dijo Delores, pero Beckett apenas oyó a la mujer.

Su mente se había transportado a otro lugar, y de repente se encontró de nuevo en la destartalada caravana de Winston.

'Si haces esto, no serás mejor que yo', gritó Winston cuando Beckett presionó el bisturí contra la suave piel de su muñeca. ¿Oyes eso? No eres mejor que yo".

Beckett hizo una pausa y se quedó mirando la línea de sangre que rezumaba de la incisión.

Nunca dije que fuera mejor que tú, Winston. ¿Pero sabes quién era mejor que nosotros dos?'

No lo hagas, por favor', suplicó Winston, con lágrimas en los ojos. Te lo suplico.

'El pequeño Bentley Thomas, ese es. Era mejor que nosotros dos'.

"Parece que ese imbécil recibió su merecido", dijo Suzan.

Beckett negó con la cabeza y devolvió el papel a Delores.

"Voy a tener que ponerme del lado de Suzan en este caso; definitivamente recibió lo que se merecía".

Delores negó con la cabeza.

"¿Pero imagina lo que le habría pasado si hubiera ido a la cárcel? ¿Un violador y asesino de niños? *Eso* es lo que se merecía".

"Bueno, feliz lunes", dijo Beckett mientras se alejaba del escritorio. "Que tengas un buen día, Delores."

"Usted también, Dr. Campbell."

***

"¿Y bien? ¿Vas a abrirlo?" preguntó Suzan.

Beckett miró la gran caja de cartón que había sobre su escritorio.

"No, no contigo aquí. ¿Y si es un picardías de una de mis otras amantes?"

Suzan casi se atraganta con su café helado.

"Bueno, incluso si puedo pasar por alto tu uso del repugnante término 'amantes', diría que nadie está dispuesto a aguantar tu mierda. Excepto yo... pero eso es sólo porque soy demasiado joven e ingenuo para saberlo mejor".

Beckett asintió; tenía razón.

"Qué demonios", dijo mientras arrancaba la cinta de la parte superior de la caja. Suzan fingía no estar interesada, pero Beckett sabía que no era así; estaba demasiado concentrada en el esquema del curso de patología forense que ella misma había creado.

Convirtiendo el desembalaje en una farsa, Beckett empezó a retirar la tapa lentamente mientras hacía expresiones faciales exageradas, pero cuando vio lo que había dentro, frunció el ceño.

"Es un poco pronto para bebidas, incluso para mí", se dijo mientras miraba fijamente una nevera blanca de vinilo.

La sacó y luego utilizó el codo para empujar la caja de cartón hacia un lado.

La nevera estaba fría al tacto.

Confundida, Beckett frunció el ceño y abrió la cremallera.

"¿Qué demonios?", susurró.

La nevera estaba fría porque estaba casi llena de hielo seco. Pero esto no fue lo que hizo detenerse a Beckett, sino lo que había encima del hielo seco: una gruesa bolsa de plástico adornada con un símbolo de peligro biológico. Dentro de la bolsa, que estaba llena de un líquido de color melocotón, había algo rojo oscuro del tamaño aproximado de un plato de comida.

"¿Qué pasa?" preguntó Suzan, levantándose de la silla.

Beckett no contestó; estaba absorto en el objeto de la bolsa. De hecho, estaba tan concentrado en él que apenas se dio cuenta de que había un trozo de papel amarillo pegado a un lado de la nevera.

Agarró la bolsa con las dos manos y la acercó a la luz.

"¿Es... es lo que creo que es?". preguntó Suzan, con inquietud en su voz.

Beckett revolvió la bolsa.

"Parece que alguien piensa que he bebido demasiado últimamente: es un hígado", dijo con naturalidad. Fue entonces cuando Beckett se fijó en una segunda bolsa que había quedado enterrada bajo la primera. También la cogió. "Hace tiempo que no voy a clases de anatomía, pero estoy bastante seguro de que esto es un corazón y esto un hígado. La verdadera pregunta es: ¿qué coño hacen en mi mesa?".

Capítulo 3

"He llamado al departamento de trasplantes y no les falta ningún órgano", dijo Suzan, mirando el corazón y el hígado en sus respectivas bolsas de riesgo biológico.

"Bueno, eso es algo que no se oye todos los días", refunfuñó Beckett. "¿Seguro? Quiero decir, con la apertura de la nueva ala, tal vez..."

Suzan se encogió de hombros.

"Llamé al departamento de trasplantes, a la morgue, incluso al laboratorio... a todos los que se me ocurrieron. No les falta ningún órgano, Beckett".

"Bueno, alguien seguro que sí".

Suzan se acercó.

"¿Seguro que no hay ningún formulario de requisición ahí?"

"Sólo esto", dijo Beckett, cogiendo la nota amarilla del lateral de la nevera de vinilo. "El *hogar está donde está el corazón*".

Suzan enarcó una ceja.

"¿En serio? ¿No es una canción country? ¿Qué demonios es esto, Beckett? ¿Un extraño juego entre patólogos? ¿Un *whodunit* para órganos?"

A Beckett le tocó encogerse de hombros; no tenía ni idea de qué iba todo aquello.

"¿Crees que puedes hacerme un favor, Suze?" dijo Beckett mientras dejaba la nota y cerraba la nevera. "¿Puedes llevar la nevera a la nueva ala de trasplantes? Ya sabes cómo es la gente con esta mierda... a la defensiva y todo eso. Nadie quiere admitir que se ha extraviado algo tan valioso como un corazón y un hígado. Apuesto a que si lo llevas en persona, te darán alguna excusa poco convincente, pero al final, se asegurarán de que el corazón encuentre un nuevo hogar. ¿Lo pillas?"

A Suzan no le gustó la broma y parecía a punto de protestar.

"Por favor, Suze."

"Bien", respondió ella. "Pero cuando me vaya, tienes que echar un vistazo al esquema del curso... asegúrate de que todo lo que quieres

que aprendan los residentes este semestre está ahí".

Beckett sonrió.

"Trato hecho".

Suzan cogió la nevera por el asa y salió del despacho.

Sólo cuando se hubo ido y la puerta se cerró tras ella, Beckett miró la nota con más detenimiento.

Había algo en ello, algo que estaba fuera de lugar... algo que estaba *más* fuera de lugar que recibir un corazón y un hígado al azar en un refrigerador de trasplantes de órganos.

Incluso como médico forense jefe del estado de Nueva York, esto era nuevo para Beckett.

"El hogar está donde está el corazón", leyó en voz alta. Estaba escrito con tinta negra y en mayúsculas. Le dio la vuelta, esperando más, pero eso era todo lo que había: EL HOGAR ESTÁ DONDE *ESTÁ EL CORAZÓN"*. Beckett miró el papel a la luz y se dio cuenta de que, aunque las palabras estaban escritas con un rotulador blando -un Sharpie, tal vez-, había hendiduras detrás de las letras, detrás de las palabras, como si alguien hubiera escrito en el bloc con un lápiz antes de arrancar la hoja.

Mordiéndose el interior del labio, Beckett se dirigió a su escritorio y escaneó el trozo de papel. Después de que apareciera una imagen de la nota en el monitor de su ordenador, se dedicó a realzar las muescas del lápiz. Esperaba que no tuviera sentido, que fuera una lista de la compra, tal vez, pero cualquier cosa podría ayudarle a averiguar quién había enviado la caja.

Consiguió borrar *"HOME IS WHERE THE HEART IS"* y, jugando con el contraste, empezaron a aparecer palabras.

De repente, a Beckett se le cortó la respiración y el corazón le retumbó en el pecho.

No era una tontería, ni mucho menos: las hendiduras formaban una frase sencilla, no muy distinta del mensaje proclamado en tinta negra.

Y Beckett sabía sin lugar a dudas que ese mensaje iba dirigido a él y que los órganos no habían ido a parar accidentalmente a su mesa.

Alguien se los había enviado a propósito.

"Sé lo que eres", susurró Beckett, con los ojos fijos en la pantalla del ordenador.

Capítulo 4

Beckett se quedó mirando el mensaje oculto durante un buen rato. Y luego, cuando ya lo había memorizado *-sé lo que eres-, retocó un* poco más en Photoshop para ver si había más hendiduras.

No los había.

Tragando saliva, Beckett borró todas las imágenes y se guardó la nota en el bolsillo.

Era críptico, vago y, sin embargo, Beckett sabía lo que el escritor anónimo quería decir.

Sé lo que eres.

Por costumbre, Beckett se pasó la mano por debajo del brazo derecho y trazó las líneas tatuadas que le cruzaban las costillas. Mientras lo hacía, repetía mentalmente los nombres de las personas a las que representaban aquellas líneas.

Craig Sloan... Donnie DiMarco... Ray Reynolds... Bob Bumacher... Boris Brackovich... Winston Trent...

El teléfono de su escritorio zumbó y se sobresaltó. Al ver que era Suzan, lo cogió y respiró hondo antes de contestar.

"No sé qué decirte, Beckett, pero aquí no les faltan órganos. De hecho, me han dicho que durante la transición a la nueva Unidad, todos los trasplantes se están realizando en Long Island. Llamaron al equipo de trasplantes de Long Island por mí, pero tampoco les faltan".

Beckett se mordió el interior del labio mientras reflexionaba.

Sé lo que eres.

"Mierda", dijo, tratando de inyectar humor en su voz a pesar de que no sentía nada de eso. "¿Qué quieres hacer? ¿Poner un anuncio en Craigslist? *Oye, si a alguien le falta un corazón o un hígado, que nos llame".*

Esperaba que Suzan se riera, pero no lo hizo; la única respuesta fue aire muerto.

"¿Suze? ¿Sigues ahí?"

"Sí, estoy aquí."

Su tono era extrañamente inexpresivo.

"Supongo... supongo, ¿llevar la nevera al laboratorio? Pídeles que perfundan los órganos y los mantengan viables el mayor tiempo posible".

"De acuerdo", respondió Suzan. "Pero, ¿qué quieres que te diga de ellos?".

"Diles... diles que estamos esperando unos papeles. Y si te dan algún problema, diles que me llamen".

De nuevo, otra vacilación.

"Vale, lo llevaré al laboratorio. ¿Estás seguro de que no es una broma de uno de tus colegas?"

Beckett se lo pensó un momento. No era imposible, por supuesto, había que ser un tipo especial de raro para ser patólogo forense, pero la nota, combinada con la inauguración de la nueva ala de trasplantes...

Beckett se imaginó a Flo-Ann y Grant McEwing y al impecablemente vestido Sir Francis England, todos con las manos agarrando las tijeras cómicamente sobredimensionadas.

"Sí, no lo creo, pero yo mismo voy a ir a ver al venerable Sir Francis England. A ver qué tiene que decir sobre todo esto".

"¿Y el esquema del curso?"

"¿El qué?"

"El esquema", repitió Suzan. "Prometiste que si acompañaba a tus órganos por la ciudad, lo leerías por encima. Pero supongo que no te has puesto a ello, ¿verdad?".

"Diablos, no", dijo Beckett y colgó el teléfono antes de que Suzan pudiera responder.

***

Beckett mantuvo la mano en la nota que llevaba en el bolsillo mientras caminaba por el pasillo, ignorando a los que se arremolinaban con batas de laboratorio. Estaba tan concentrado en averiguar de dónde procedían los órganos que al principio no oyó que le llamaban por su nombre. De hecho, sólo se detuvo porque alguien lo alcanzó y lo agarró del brazo.

Beckett se apartó instintivamente y su mano libre se cerró en un puño.

"Lo siento, no quería asustarle", dijo el hombre.

"Entonces no deberías..." Beckett parpadeó. "Espera, eres tú... de la ceremonia. Grant McEwing".

Otra coincidencia, pensó cabizbajo. *No me gustan las coincidencias.*

Quizá por única vez en su vida, Beckett deseó haber pasado más tiempo despierto en las reuniones de la Junta Directiva para la nueva unidad de trasplantes.

"¿Qué... qué estás haciendo aquí?" Beckett preguntó.

"Sólo vine a presentarme, pero supongo que ya me conoces. Empezaré como residente de patología este semestre".

Grant le tendió la mano al decir esto y Beckett tuvo que abrir deliberadamente el puño antes de estrechársela. La mano de Grant estaba húmeda y su apretón era el de una niña prepúber.

"También quería decirte que soy una gran admiradora tuya y que, cuando acabe la residencia, yo también quiero ser médico forense".

Beckett enarcó una ceja.

¿Un fanboy?

Estaba claro que, aunque Grant McEwing provenía de una estirpe decente, dado que el ala de trasplantes llevaba el nombre de su familia y que Peter McEwing era un afamado cirujano, le faltaba algo en cuanto a modales sociales y etiqueta. Y también era simplemente torpe.

"¿Por qué demonios querrías hacer eso?" preguntó Beckett. Era una pregunta retórica, pero, por supuesto, Grant no la captó.

"Bueno, supongo que me gusta la idea de resolver enigmas, el aspecto misterioso de todo".

Beckett se rió entre dientes.

"Entonces te sugiero que sigas con Nancy Drew y los crucigramas. La mayor parte del tiempo, estoy metido hasta el codo en entrañas, intentando averiguar qué fue lo último que comió una persona antes de suicidarse. Créeme, chico, no es tan interesante".

Los dos hombres se miraron durante unos segundos sin decir nada. Beckett sabía que probablemente debería hablar más alto, pero disfrutaba viendo cómo Grant se retorcía. Si el hombre se sentía incómodo en aquella situación, ¿cómo iba a actuar cuando tuviera que averiguar de quién era el brazo después de un choque múltiple?

Pero, por desgracia, a Beckett se le acabó la paciencia; además, tenía cosas más urgentes de las que ocuparse.

"Bueno, fue un placer conocerte, Grant", dijo Beckett. "Nos vemos en clase".

Grant asintió y empezó a alejarse, con paso lento y torpe, como todo el encuentro.

Beckett observó cómo se marchaba el hombre, agradecida de que Grant estuviera destinado a convertirse en patólogo y no hubiera elegido una disciplina que -Dios no lo quiera- requiriera una interacción real con los pacientes.

Capítulo 5

"¡Francis! *¡Francis!*" Beckett gritó, agitando una mano en el aire.

La suerte quiso que, justo cuando Beckett se dirigía a la Unidad de Trasplantes McEwing, viera a Sir Francis England saliendo por la parte de atrás.

Otra coincidencia...

Francis llevaba un teléfono móvil pegado a la oreja y se dirigía hacia la puerta trasera de un Lincoln Navigator negro, abierta por un hombre trajeado de aspecto serio.

A ver quién es el fanboy, pensó Beckett mientras se apresuraba a alcanzar a Francis. Lo alcanzó justo antes de que el hombre bajara al coche.

"¡Francis!" Beckett volvió a decir. Esta vez, estaba seguro de que el hombre le había oído y, sin embargo, el zorro plateado seguía sin girarse. "¡Eh, Frank!"

Beckett buscó el hombro de Francis, pero el hombre trajeado que sujetaba la puerta le bloqueó el paso.

"Lo siento", empezó, colocando una mano firmemente en el centro del pecho de Beckett.

Beckett la apartó inmediatamente.

"Lo serás si vuelves a tocarme", advirtió. El cambio de tono llamó por fin la atención de Francis.

"¿Sí?", preguntó el hombre, volviéndose hacia Beckett. "¿En qué puedo ayudarle?"

"Estoy en la junta directiva de la nueva unidad de trasplantes".

La expresión del hombre no cambió en ningún momento, aunque Beckett no estaba seguro de si se debía a que estaba tan lleno de botulina o a que simplemente le importaba una mierda.

La respuesta de Francisco confirmó esto último.

"¿Y?"

Beckett se defendió de un insulto.

"Sólo tenía un par de preguntas para usted."

"Date prisa. Tengo varias reuniones a las que llegar".

Oh, cómo me gustaría estrangularte.

"Sí, claro, lo entiendo: criogenia y todo eso. Sólo me preguntaba si te faltaba un hígado".

Las cejas de Francis se movieron hacia arriba o su frente se estiró -Beckett no podía estar seguro de cuál de las dos cosas-, pero estaba seguro de que ahora tenía la atención del hombre.

"¿Perdón?"

"Sí, me preguntaba si habías perdido un corazón y un hígado. Verá, acaban de aparecer en mi escritorio y no tengo ni idea de a quién pertenecen".

Francis se quedó mirando a Beckett durante unos treinta segundos, claramente intentando averiguar si estaba bromeando o no.

Beckett se quedó con cara de piedra.

"¿Quién dijiste que eras?"

"No lo hice. Pero esto no es ninguna broma. Imagina lo que dirían los medios de comunicación si se enteraran de que el día que se inauguró la Unidad de Trasplantes McEwing desaparecieron un corazón y un hígado. Me pregunto cómo saldría eso".

Francisco frunció el ceño.

Si él era la persona responsable de que los órganos acabaran en la mesa de Beckett, entonces no estaba mordiendo el anzuelo.

"Lo siento, pero sólo soy una figura decorativa. Si ha habido algún tipo de confusión, tendrá que hablar con el director... el Dr. Aaron Singh. No tengo nada que ver con las operaciones diarias".

"Pero yo..."

Francis asintió a su chófer y el hombre cerró la puerta tan bruscamente que la camiseta de Beckett casi se quedó enganchada en ella.

"Joder", maldijo, dando un salto hacia atrás. Todavía se estaba recomponiendo cuando el conductor arrancó. "Maldito gilipollas".

Beckett había querido estrangular a Francis antes, pero ahora quería destripar al hombre.

Espero que estés detrás de todo esto. Me encantaría cortarte.

Las yemas de sus dedos empezaron a hormiguear y tuvo que respirar hondo varias veces antes de que se le pasara la sensación.

Sé lo que eres.

Cuando el Lincoln desapareció de su vista, Beckett se volvió hacia la unidad de trasplantes.

No podía creer que, seis meses atrás, la zona no fuera más que un descampado. Ahora, tras una construcción relámpago, se había añadido un ala entera al hospital. Hecha de piedra encalada e inserciones de cristal de colores, se extendía unos treinta metros desde el lado sur del edificio.

Encima de la entrada, escrito en grandes letras de imprenta, estaba el nombre: Unidad de Trasplantes Grant McEwing.

Por alguna razón, aquellas letras, aunque fueran de metal, le recordaban a Beckett la nota escrita con tinta negra.

El hogar está donde está el corazón.

Beckett se apresuró hacia la entrada, sólo para encontrarla cerrada. Frustrado, pulsó con el pulgar el interfono situado junto a la puerta.

Un segundo después, respondió una voz femenina.

"Lo siento, pero la Unidad de Trasplantes Grant McEwing no abrirá hasta la semana que viene. Para cualquier consulta relacionada, póngase en contacto con la Unidad de Trasplantes de Long Island".

Beckett se apartó de la puerta y se quedó mirando la cinta que aún no se había limpiado.

¿No acaban de inaugurar hace unas horas?

"Sí, no soy un paciente, soy un doctor... el Dr. Beckett Campbell. Necesito hablar con el director... con el Dr. Aaron Singh."

Hubo una breve pausa, durante la cual Beckett sospechó que la secretaria o quienquiera que fuese la mujer que estaba dentro de la cajita, buscaba su nombre.

"¿Te está esperando?"

Beckett se mordió el interior del labio y reprimió un comentario sarcástico.

"No, no lo creo. Sólo hazle saber que tengo algunos órganos frescos que me gustaría donar".

Capítulo 6

"Perdona, ¿dijiste que eras patólogo forense? Entonces, ¿por qué preguntas por el trasplante de órganos?".

Beckett frunció el ceño. Cuando el hombre de la bata blanca reluciente, a todas luces recién sacada de su envoltorio, caminó por el pasillo para saludarlo, Beckett se dio cuenta de que ya se conocían. Aunque no había reconocido el nombre del hombre -Dr. Aaron Singh-, su cara, la nariz ancha, los labios gruesos, sacudieron su memoria. Si no le fallaba la memoria, Beckett creía que incluso habían copresidido un simposio hacía un par de años. Pero aunque Beckett recordaba al Dr. Aaron Singh, estaba claro que no era recíproco.

Suspiró.

"Mira, esto se está volviendo molesto; yo tengo dos órganos y tú diriges una clínica de trasplantes. Juguemos limpio y combinemos los dos, ¿qué dices?".

Aaron Singh no era conocido por su humor y no decepcionó.

"El hecho es que no nos falta ningún órgano. Y sin una hoja de requisición, me temo que se quedarían en el estante y se desperdiciarían".

Beckett levantó las manos.

"Muy bien entonces, lo que sea. He hecho mi debida diligencia aquí. Escucha, si alguna vez necesitas un corazón o un hígado, encontrarás uno... en el laboratorio, donde dejaré que la carne se pudra".

Aaron apretó sus gruesos labios.

"Dr. Campbell, me gustaría poder ayudar, pero estoy desbordado tratando de poner este lugar en marcha".

El hombre movió un brazo por el pasillo como si la sencillez del entorno debiera impresionar a Beckett.

No lo hicieron.

"Sí, claro, lo entiendo. Te veré en la próxima reunión de la junta, espero que estés allí también..."

El comentario despertó el interés de Aaron, que entrecerró los ojos un momento antes de responder.

"No estás... espera *estás* en la junta, ¿no?"

Vaya, es un lumbreras, pensó Beckett. *Debía de estar durmiendo cuando sometieron a votación su contratación.*

"Claro que sí".

El tono del Dr. Singh cambió de repente.

"Bueno, te diré qué", comenzó, sus ojos volando de un lado a otro, "Le preguntaré a uno de mis técnicos...".

Beckett le dio una palmada en la espalda y el hombre se tambaleó torpemente hacia delante.

"No, está bien. Haré que mi gente lo investigue. Sólo una pregunta para ti", dijo Beckett. "¿Crees que si el Dr. McEwing todavía estuviera por aquí querría los órganos? Sólo me lo preguntaba, porque, ya sabes, estoy bastante seguro de que murió de insuficiencia hepática".

El Dr. Singh sacudió la cabeza y miró a Beckett con ojos vidriosos.

"Cáncer". Mire, lo siento Dr. Campbell, de verdad. Es tan estresante tratar de poner este lugar en marcha. Estoy seguro... estoy seguro de que la dirección para la entrega se confundió. Como he dicho, me pondré en contacto con uno de mis chicos de laboratorio y ver si pueden rastrear donde se supone que deben ir. Pero ahora mismo... ahora mismo tengo que ir a otra maldita reunión".

El hombre le tendió la mano, pero en lugar de estrechársela, Beckett volvió a darle una palmada en el dorso al Dr. Singh y le ofreció su mejor sonrisa falsa.

"No te preocupes, seguro que encuentro a alguien que lo necesite", dijo mientras se alejaba por el pasillo. Y luego, en voz baja, murmuró: "Imbécil".

Los órganos eran más valiosos que el plutonio enriquecido y, sin embargo, nadie parecía querer tener nada que ver con ellos... ni con él.

Capítulo 7

Si no hubiera sido por el mensaje oculto en la nota, Beckett se habría lavado las manos. Después de todo, ya había ido más allá.

Pero esa nota...

Sé lo que eres.

Beckett resistió el impulso de sacar el trozo de papel del bolsillo y mirarlo de nuevo.

Lo que estoy es jodidamente cansado, pensó. A esto siguió un torrente de racionalizaciones, razones por las que las muescas del lápiz no eran para él, que eran pura coincidencia, que eran benignas, involuntarias, irrelevantes.

Pero él sabía que no era así.

Beckett negó con la cabeza.

Hacía calor para ser mediados de septiembre y Beckett se encontró pegado a la sombra que ofrecía el dosel de los Planos de Londres mientras hacía el camino de vuelta desde la recién estrenada Unidad de Trasplantes McEwing hasta su despacho en el NYU medical. No le había importado mucho el sol antes de su viaje a la Virgen Gorda, y ahora, después de regresar, le importaba aún menos.

Sé lo que eres...

Un escalofrío le recorrió la espalda a pesar del aire cálido y Beckett aceleró el paso instintivamente. En su despacho, esperaba estar solo, inundado de AC, para poder pensar.

No tuvo tanta suerte.

Suzan estaba sentada en su silla, con sus zapatillas Converse desgastadas sobre el escritorio. Se recogió el pelo rubio y corto detrás de las orejas cuando Beckett entró y, a pesar del ceño medio fruncido, estaba increíblemente guapa en ese momento. Sabía, por supuesto, que tener una relación con ella probablemente estaba mal visto dado que, aunque técnicamente él no era su profesor -Suzan Cuthbert seguía siendo estudiante de medicina-, ella era su TA *de facto*.

Excepto que a Beckett no le importaba una mierda. Le gustaba Suzan; le gustaba la forma en que lo mantenía honesto, el hecho de que no aguantara su mierda. A veces podía ser frustrante, pero también suponía un reto que sus anteriores novias, si es que se las

podía llamar así, no estaban a la altura.

Novia... ¿es eso lo que es ahora? pensó Beckett con una sonrisa burlona. *¿Somos novios? ¿Le doy mi pin?*

"No sé por qué sonríes, porque yo no lo hago: *aún no has* firmado el esquema del curso".

Beckett puso los ojos en blanco y apartó los pies de Suzan de su escritorio.

"Es madera dura brasileña. Es mejor que la trates con respeto".

Suzan miró debajo del escritorio.

"Es de Ikea."

"Vía Brasil. De todas formas, revisaré el esquema... se me olvidó".

"Y apuesto a que también te olvidaste de esta noche", dijo Suzan.

Beckett enarcó una ceja.

"Claro que no... es tu cumpleaños... y el Día de la Madre y el Día de San Valentín", Beckett respiró hondo y vomitó todas las fiestas que pensó que podrían tener relevancia para... una *novia.* "Navidad, Hanukkah, Ramadán, Día del Padre, Día de la Independencia, uhhh, ¿Kwanza? ¿Crismukkah?"

Esto último convirtió el ceño de Suzan en una sonrisa.

"Ah, eso está mejor. ¿Te ha dicho alguien alguna vez que deberías sonreír más? Una chica guapa como tú..."

Beckett sabía que a Suzan le molestaba ese comentario, pero estaba acostumbrada a sus indirectas y no mordió el anzuelo.

En lugar de eso, cogió una carpeta de su escritorio y se la lanzó. Beckett la cogió y dentro encontró una sola hoja de papel. En ella había siete nombres, pero sólo reconoció uno de ellos: Grant McEwing.

Beckett se encogió de hombros.

"Sí, los nuevos residentes. Entonces, ¿qué?"

De nuevo, el ceño fruncido patentado de Suzan.

"Te juro por Dios, Beckett, que olvidarías tu pene si no estuviera pegado a tu cuerpo".

"No estoy seguro de quién estaría más triste por eso... tú o yo".

"No te hagas ilusiones; la mitad de las veces apenas encuentro la maldita cosa. Hablando de eso, creo que deberías abrir el curso de este año con una conferencia de una hora sobre micropenes. Enseña lo que

sabes. ¿Qué me dices?"

"Yo diría que estoy en el mercado para un nuevo TA. Dispuesto a pagar con cigarrillos y cerveza. Debe estar limpio, prueba de ETS reciente".

"Touché", respondió Suzan, levantándose de la silla.

En cuanto quedó libre, Beckett se dejó caer en ella. Eso era otra cosa de Suzan, podía dejarse llevar delante de ella. *Relajarse*. No tenía que fingir ser el médico que todo lo cura, el patólogo infalible, el extraordinario luchador contra el crimen. Podía estar cansado delante de ella, podía estar triste, de hecho, casi podía ser él mismo.

Casi.

Sé lo que eres.

Beckett se estremeció y una expresión de preocupación cruzó el rostro de Suzan.

"¿Estás bien? No has sido tú mismo últimamente-no has sido tú mismo desde que volviste del Virgin Gorda".

Esto no era cierto, por supuesto; de hecho, en todo caso, Beckett era *más* él mismo desde que regresó.

"Sólo estoy cansado", dijo. No era del todo mentira; había dormido fatal desde lo que había pasado en el barco con Donnie DiMarco.

Y antes de eso con Craig Sloan.

"Bueno, siento darte la noticia, pero no vas a recuperar el sueño pronto. Al menos no esta noche".

"¿Por qué? ¿Tienes planeado algo especial para mí? ¿Un traje nuevo, tal vez? ¿Una mordaza? Ya sabes cuánto me gusta una buena mordaza".

Suzan negó con la cabeza.

"No, idiota. Yo no tengo nada planeado, tú sí".

Beckett, más confuso que nunca, se llevó las manos a los costados.

"*Non ho capito una parola, Mademoiselle"*, dijo con una sonrisa.

"Las clases empiezan mañana, Beckett. Lo que hace que esta noche sea la noche de las novatadas".

Capítulo 8

Técnicamente no era noche de novatadas. Las novatadas pasaron de moda cuando un jugador de fútbol decidió que sería divertido meterle un palo de escoba por el colon a un novato.

No es la idea de diversión de Beckett, y evidentemente tampoco del novato que presentó cargos.

Entonces, no era noche de *novatadas*. Era... noche *de orientación*.

Y aunque para una persona ajena a la situación podría parecer simplemente una noche de borrachera y desenfreno -y en gran parte lo fue-, Beckett tenía un método para su locura.

O eso o su locura tenía un método.

Nunca pudo notar la diferencia.

"Un brindis rápido", proclamó Beckett, levantando un vaso lleno hasta el borde de tequila. Su voz apenas se oía por encima de la música e hizo un gesto al camarero para que bajara el volumen.

El hombre, un buen amigo de Beckett, accedió.

"Un brindis rápido", repitió, esta vez más alto. Los ojos de sus futuros residentes, así como los de Suzan, se centraron en él. Sus rostros eran una mezcla de confusión y aprensión; como el año pasado y el anterior, estos novatos no sabían qué pensar del joven patólogo forense de pelo rubio y tatuajes que le cubrían el pecho y los brazos. Un hombre al que le gustaba beber tequila directamente de la botella o, en este caso, de un vaso de chupito. Pero de eso se trataba en parte; Beckett quería demostrarles que sus prejuicios e ideas preconcebidas no eran más que trucos que el cerebro utilizaba para simplificar un mundo complicado.

Pero eso no significaba que fueran exactas. Y en el campo de la patología forense, una causa de muerte inexacta puede hacer que alguien acabe entre rejas el resto de su vida.

Y también se trataba de beber.

"Esto no es una prueba", continuó Beckett. "Esta noche va a ser una de las últimas en las que vas a tener la libertad de ir a por todas, de permitirte lo que te dicte el corazón. Te recomiendo que lo aproveches, que te vayas de fiesta como si fuera mil novecientos noventa y nueve".

Beckett se arrepintió de haber dicho esto último: no estaba seguro de que la mitad de los presentes estuvieran vivos en mil novecientos noventa y nueve, y mucho menos de que supieran de qué demonios estaba hablando. Aun así, inclinó su vaso de chupito y dijo: "Así que bebed, y espero veros a todos mañana en clase".

Beckett miró a Suzan y ella levantó su propio vaso de chupito. Bebieron al unísono.

Cuando terminó, Beckett se dio una palmada y le hizo señas al camarero para que se acercara por segunda vez. Inclinándose hacia él, le susurró al oído y el camarero se apartó con una sonrisa en la cara.

Luego se escabulló bajo la barra, para reaparecer un momento después con una botella entera de Patrón y nueve vasos de chupito limpios preparados. El camarero abrió la botella y llenó los vasos de un trago.

"Será mejor que bebáis, porque esta noche toca el médico bueno", exclamó el camarero antes de volver a poner la música a todo volumen.

Beckett levantó las manos y una pequeña y algo confusa ovación recorrió la multitud.

"Beckett, *eres* el hombre", dijo, tomando otro vaso de chupito y tragándoselo. "Y te has ganado unos cuantos tragos".

***

Beckett se dejó caer en una cabina y se secó el sudor de la frente. Sabía que su cara se había puesto roja, como solía ocurrirle cuando bebía, pero no le importaba. Al igual que sus residentes, ésta también sería la última vez que se soltaría.

"¿Te lo estás pasando bien, Suze?", preguntó. Suzan era una de las pocas personas del bar que parecía relativamente sobria, lo cual era algo teniendo en cuenta que se acercaban las dos de la madrugada.

"Oh, muy bien", contestó ella. Sólo entonces se dio cuenta Beckett de que tenía una carpeta de tres anillas abierta delante de ella. Lo cogió antes de que Suzan pudiera reaccionar y empezó a leer.

¿"Enfermedad de Graves"? ¿En serio? ¿Tienes que estudiar algo tan fácil?"

"Para ti es fácil", replicó Suzan. Cuando cogió la carpeta, Beckett se la devolvió.

"Fácil para todos. Vamos, pregúntame lo que quieras".

Suzan cerró la carpeta y apoyó una mano encima.

"Vale, bien. ¿Cuál es tu color natural de pelo?"

Beckett se rió entre dientes.

"Esto es una peluca, soy calvo. Pregúntame por Graves".

Por la expresión de su cara, se dio cuenta de que a ella no le gustaba cuando él hacía eso, cuando presumía, pero Beckett se sentía bastante bien consigo mismo y el alcohol le había soltado la lengua.

"Bien, te lo diré entonces. La enfermedad de Graves es una enfermedad autoinmune que afecta principalmente al tiroides. Se da en aproximadamente el medio por ciento de la población masculina, el tres por ciento en las mujeres, y suele asociarse a los siguientes síntomas: temblores, pérdida de peso, atrofia muscular, desarrollo de bocio y taquicardia. El signo observable más común es el abultamiento de los ojos. ¿Quiere que continúe?"

Suzan negó con la cabeza.

"No."

"En serio, no me importa. La causa más común de hipertiroidismo, la enfermedad de Graves es el resultado de inmunoglobulinas estimulantes de la tiroides que se unen al receptor de TSH. Esto provoca la secreción de T4 y T3 por la tiroides, como resultado... ¿puedo ayudarte en algo?".

Suzan enarcó una ceja, pero entonces Beckett se volvió para dirigirse a los dos hombres que se habían acercado por detrás. Reconoció a uno como Grant McEwing y al otro como un residente llamado Pedro o Pablo o algo parecido.

Los hombres se sorprendieron de que Beckett se hubiera fijado en ellos, pero la verdad era que él sabía que estaban allí desde el principio.

Sólo esperaba que se marcharan sin tener que dirigirse a ellos. Claramente, eso no estaba sucediendo.

"¿Y bien? ¿Te vas a quedar mirando mi cara bonita o tienes una pregunta urgente que hacer?".

Grant se ruborizó, pero el otro hombre, imbuido de valor líquido, se aclaró la garganta.

"Yo y un par de chicos... verás, tenemos una apuesta... sobre tu dedo".

Aunque no se había planteado ninguna pregunta, Beckett era

médico y no abogado.

Decidió seguir el juego.

"¿Esta cosita?", dijo, levantando la mano derecha y moviendo el dedo corazón. Era sólo dos tercios más largo que los otros y terminaba justo antes del último nudillo en un colgajo de piel lisa.

"Accidente con un cortacésped cuando era más joven. Luché con dos cuchillas recíprocas de metal y perdí".

Pablo o como se llamara sonrió y miró a Grant. Luego le dio una palmada en la espalda.

"Te lo dije", exclamó. "Te lo dije... ahora me debes un trago".

Grant se volvió para mirar a Beckett en busca de apoyo.

"No, no lo hace", dijo Beckett. "No esta noche, al menos. Esta noche invito yo. Ahora muévete y déjame disfrutar de mi bebida, ¿quieres?"

Cuando volvieron a quedarse solos, Beckett se volvió hacia Suzan y se sorprendió al ver que negaba con la cabeza.

"¿Accidente con cortacésped? ¿En serio?"

Beckett se encogió de hombros.

"Un hombre tiene que tener algunos secretos. Hablando de eso, tengo algo que mostrarte..."

Capítulo 9

Beckett suspiró y miró al techo, bañado en un resplandor azulado por la luz de la luna que se filtraba por la ventana abierta. Había sido una noche calurosa, inusualmente calurosa, y estaba sudando a mares.

También era el alcohol, podía olerlo salir de sus poros.

Suzan se levantó, fue al baño y, cuando regresó, se había puesto una de las camisetas de Beckett. Sin decir palabra, se acurrucó junto a él y apoyó la cabeza en su pecho desnudo. Durante varios minutos permanecieron tumbados, respirando al unísono en la casi oscuridad.

A Beckett le gustaban los momentos así, momentos en los que no sentía la necesidad de llenar el vacío con discursos. Aunque pasaba la mayor parte de sus días entre los muertos aprendiendo sus secretos, su mente siempre estaba trabajando, siempre intentando unir las piezas de un rompecabezas redondo. Tumbado en la cama junto a Suzan era uno de los pocos momentos en que su mente se quedaba en silencio.

Era como si todo lo que había hecho en el último año, todo lo que le había pasado, fuera irrelevante. Lo único que importaba ahora era que estaba aquí, con ella.

Beckett supuso que Suzan pensaba lo mismo, ya que ella también se abstuvo de hablar.

En su lugar, Suzan recorrió los tatuajes de su pecho, el toro en un pecho y el símbolo celta en el otro, antes de mover la mano por el costado de su cuerpo. Beckett tenía ahora las manos por encima de la cabeza, con los dedos entrelazados, y cuando Suzan rozó su tatuaje más reciente, se estremeció un poco.

Todavía estaba en carne viva y roja.

Suzan se apoyó en un codo y empezó a trazar las líneas de cinco centímetros que le cruzaban las costillas. Ahora tenía seis, la última de las cuales se la había hecho hacía menos de dos días.

"¿Me vas a decir alguna vez por qué te hiciste esos tatuajes?", preguntó en voz baja.

Beckett cerró los ojos.

"Son un recordatorio", responde. "Cada uno de mis tatuajes es un recordatorio de un momento concreto de mi vida".

Fue un comentario bastante genérico y, si hubiera sido cualquier

otra persona que no fuera Suzan la que estaba tumbada a su lado, quizá lo hubiera aceptado. Suzan era muy parecida a él en ese aspecto; él podía decirle algo y ella podría aceptarlo, pero eso no era suficiente. Ella necesitaba más, necesitaba hechos, detalles.

"Pero estas líneas... ¿qué representan?".

Beckett apretó aún más los ojos y esperó que Suzan no captara la expresión de tensión en su rostro.

Mientras ella pasaba suavemente los dedos por cada una de las líneas, Beckett empezó a repetir mentalmente los nombres de sus víctimas. Era algo que hacía a menudo por su cuenta, pero era la primera vez que alguien que no fuera él tocaba esos tatuajes.

Craig Sloan... Donnie DiMarco... Ray Reynolds... Bob Bumacher... Boris Brackovich... Winston Trent...

El silencio que siguió se prolongó durante un buen minuto antes de que Suzan volviera a dirigirse a él.

"¿Estás durmiendo?"

Beckett negó con la cabeza, pero se abstuvo de contestar. Suzan subió la mano por detrás de la cabeza de Beckett y empezó a masajearle el dedo que le faltaba.

"¿Por qué mientes a la gente cuando te preguntan qué te pasó en el dedo?".

Beckett se dio cuenta de que Suzan arrastraba las palabras y por fin comprendió que había bebido un poco más de lo habitual. A diferencia de él, ella no era muy bebedora y los tres o cuatro chupitos de tequila debían de habérsele subido a la cabeza.

O su lengua, por así decirlo.

"Te lo dije, un hombre necesita algunos secretos."

Otra pausa, pero esta vez más breve.

"No necesitas tener secretos conmigo, Beckett. Puedes contarme cualquier cosa".

Beckett inspiró profundamente por la nariz y exhaló lentamente.

"Hay algunas cosas..." hizo una pausa, dándose cuenta de que Suzan roncaba ahora suavemente sobre su pecho. "Hay algunas cosas sobre mí que ni siquiera tú entenderías. Que ni siquiera *yo* entiendo".

En cuestión de minutos, Beckett roncaba junto con Suzan.

Capítulo 10

"Delante de cada uno de ustedes hay un cadáver", dijo Beckett, y sus palabras resonaron por toda la morgue. "En la bandeja que hay junto a los cadáveres tenéis todas las herramientas que necesitáis para averiguar la causa de la muerte. Les diré sin rodeos que no todas estas personas murieron por causas malintencionadas, pero algunas sin duda sí. Tienes dos horas para dar con la causa correcta de la muerte, esta es tu primera prueba. Establecerá el escenario para todo este año. El hecho es que todos ustedes sobresalieron en la escuela de medicina, aplastaron sus entrevistas, o sus padres eran lo suficientemente ricos como para comprar su entrada en un programa que no ganaron. Pero no me importa, no me importa nada de eso. Lo único que me importa es que *estás* aquí. Y eso conlleva ciertas expectativas".

Beckett dejó que sus ojos recorrieran a los residentes, observando sus rostros pálidos y sus cabellos desordenados o revueltos, la falta de maquillaje de las dos mujeres de la clase. Finalmente, sus ojos se posaron en Grant McEwing, que esta mañana tenía un aspecto especialmente duro, con ojeras bajo los ojos inyectados en sangre.

Supongo que también ayuda que toda una unidad de trasplantes lleve el nombre de tu familia. Eso suele ayudar, pensó Beckett.

Se aclaró la garganta y continuó.

"Hasta este punto de tu escolarización, probablemente te has visto obligado a trabajar solo, sin poder hablar con tus compañeros ni siquiera utilizar Internet durante los exámenes. Eso es una completa y absoluta gilipollez. Tus compañeros son una gran baza e Internet es quizá el mayor invento del hombre. Lo que importa, lo que *de verdad* importa, es dar con el diagnóstico correcto o, en este caso, con la causa de la muerte."

A Beckett no le sorprendió el coro de cejas levantadas. De hecho, se lo esperaba.

"Esto no es una broma... puedes, y debes, empezar. Sólo te queda una hora y media".

Uno de los residentes empezó a protestar, pero Beckett levantó la mano.

"Esta es mi clase, lo que significa mis reglas. Ahora vete."

Beckett se sentó detrás del escritorio, a un lado, y puso los pies en

alto. Luego cogió su taza de poliestireno y empezó a sorber el lodo amargo que hoy en día pasaba por café. Al principio, ninguno de los residentes hizo nada; se quedaron de pie, estupefactos. Finalmente, Maria Townsend, una criatura delgada como un rayo y con aspecto de pájaro, retiró la sábana que cubría la camilla que tenía delante. Debajo había un cadáver desnudo de un hombre que pesaba 350 libras si un gramo. Tenía la cara ancha y azulada y el cuerpo cubierto de un vello áspero que podría haber convencido a Velcro de emitir un cese por infracción de patente.

Al ver el cadáver, María tuvo una arcada. Beckett la observó con curiosidad para ver si se recuperaba, pero no lo hizo. Todo su cuerpo se estremeció y luego corrió hacia la papelera, donde descargó el contenido de su estómago, que, a juzgar por el olor, era predominantemente tequila.

Beckett vio con el rabillo del ojo que Pablo tenía arcadas, aunque aún no había retirado la sábana de su cadáver. Un momento después, el hombre se unió a María.

Vomitar en estéreo era más del doble de malo, se dio cuenta.

"Si vas a estar enfermo, estate enfermo. No me importa", dijo Beckett riendo entre dientes. "Trae a tus compañeros residentes un vaso de agua, algunos electrolitos, conéctales una vía. Aquí no somos enemigos, no estáis compitiendo. Dicho esto, sólo te queda una hora y cuarto. Será mejor que hagas *algo*".

La bruma del alcohol de la noche anterior empezó a desvanecerse lentamente y, de repente, la sala bullía de sonidos. Había gente hablando y había otros realizando autopsias casi en silencio; los residentes sí que estaban haciendo *algo*. Cuando vio a Grant McEwing abriendo la caja torácica de su cadáver, sus pensamientos se dirigieron a lo que había detrás de aquellos huesos que parecían hablar, predominantemente el corazón.

Beckett no sabía nada de los órganos que había ordenado a Suzan que llevara al laboratorio y se preguntó dónde habrían ido a parar. También pensó en la nota.

Sé lo que eres.

Sacudió la cabeza y se volvió hacia su ordenador, distrayéndose con aburridas tareas domésticas: rechazar ofertas para publicar en esta o aquella revista depredadora, decir a los desesperados aspirantes a residentes que estaban SOL.

Asegurándose de que su suscripción a YouPorn estaba al día.

Cuando terminó, Beckett consultó su reloj y se dio cuenta de que habían pasado 40 minutos desde que se dirigió por primera vez a sus nuevos residentes.

Se aclaró la garganta en voz alta para llamar su atención antes de hablar.

"No escucho suficiente conversación entre ustedes, así que lo que quiero que hagan ahora es algo que me gusta llamar cadáveres musicales, menos la música. Muevan un cuerpo a su derecha y empiecen a trabajar en ese cadáver. Vosotros sois como una fraternidad aquí -oops, quiero decir hermandad, uhh, mixta-oridad... *¿zimoridad*? -en cualquier caso, vuestro éxito se basa en que seáis capaces de ayudar a vuestro compañero residente. Y eso es lo que quiero que hagas ahora. *Ayuden*. Mente de colmena, gente".

María, que desde entonces había vuelto junto al cadáver y con mano temblorosa trataba de escudriñar el espeso manto de grasa amarilla que cubría los órganos del hombre, levantó la mirada. Beckett casi se echó a reír al ver la punzada de odio en sus ojos.

"¿Por eso nos sacaste a todos anoche y nos emborrachaste?", preguntó, con veneno en la lengua. "¿Porque se supone que somos parte de algún tipo de institución griega arcaica?"

Beckett se echó a reír. Normalmente no se dejaría provocar tan fácilmente, pero como era la primera clase, sintió la necesidad de explicarse.

"Feisty", *ooo*, eso me gusta. Pero no, esa no es la razón. Era para abrir los ojos. Seguro que habéis oído historias de residentes que trabajan dieciséis, dieciocho, incluso veinte horas por turno sin ni siquiera un descanso para pellizcar un pan. Eso es mentira. ¿Quieren saber qué hace que los médicos cometan más errores que el alcohol o las drogas juntos? La falta de sueño; apuesto a que ni siquiera vosotros, los superdotados, lo sabíais. Lo irónico es que un paciente que huele alcohol en el aliento de su cirujano nunca se lo pensaría dos veces antes de reprogramar su operación. ¿Pero un médico que apenas puede mantener los ojos abiertos? Ése es el verdadero peligro. Lo que debe preguntar a su médico antes de someterse a una operación es cuánto durmió la noche anterior.

"Toda esta idea de los residentes que trabajan turnos dobles o triples se reduce a un solo hombre: William Hallstead. Conocido comúnmente como el padre de la residencia médica en Estados Unidos, William Hallstead tenía fama de trabajar muchas horas sin parecer cansarse. Pero nuestro amigo Bill tenía un secreto. Su secreto era la *cocaína*. Sí, niños, el maravilloso polvo blanco que vuestra

madre decía que no era más que harina cuando la pillabais frotándose las encías delante de su tocador. Por aquel entonces, a finales del siglo XVIII, la cocaína se utilizaba habitualmente en cirugía por sus propiedades analgésicas y anestésicas. Bill era muy aficionado al polvo y a menudo lo probaba en sí mismo para diversas situaciones. Esto le ayudaba a trabajar muchísimas horas, y esperaba que los demás hicieran lo mismo. Para hacer frente a su adicción..." Beckett dejó de hablar cuando la puerta de la morgue se abrió y una Suzan de aspecto asustado asomó la cabeza.

"¿Estás haciendo toda la rutina del Bill drogado?", preguntó. "¿Llegó a la parte donde trataron su adicción a la cocaína con Morfina?"

"¡Suzan! Cómo te atreves a robar el chiste". se burló Beckett, poniéndose en pie. "Vosotros seguid trabajando, yo vuelvo en un rato", dijo a sus residentes. "Y, antes de que preguntéis, no podéis consumir cocaína. Al menos no durante la prueba".

A pesar de la broma de Suzan, cuando se dirigió hacia ella, Beckett vio que estaba más pálida que de costumbre.

"¿Qué pasa? ¿Qué pasa?"

Suzan tragó saliva.

"Tienes otro... hay otro paquete en tu escritorio, Beckett".

Capítulo XI

"Tienes que estar bromeando."

Beckett se quedó en la puerta de su despacho mirando la caja de cartón que tenía sobre la mesa. Era más o menos del mismo tamaño que la primera y estaba bien cerrada con cinta adhesiva transparente.

"¿Seguro que nadie vio cómo se entregaba esto?", preguntó a Suzan, que entró tímidamente en la habitación detrás de él.

Sacudió la cabeza.

"Le pregunté a Delores y me dijo que no había visto a nadie. Tampoco fue entregado por correo interno y no tiene sellos. Supongo que alguien se coló y lo entregó en mano antes de que nadie estuviera en su mesa".

Beckett se quedó mirando la caja unos instantes antes de acercarse a ella.

Podría haber pasado por alto la primera entrega, atribuirla a un error en el que su nombre había aparecido por accidente. Incluso podría haber olvidado la críptica nota. Pero esto... una segunda entrega en otros tantos días, era más difícil de racionalizar.

Sé lo que eres.

Sacudiendo la cabeza, Beckett se acercó a la caja y cogió el extremo deshilachado de la cinta. Estaba a punto de tirar de él cuando Suzan le puso suavemente la mano en la muñeca.

"¿Crees... crees que es una buena idea?", preguntó ella. Beckett la miró, con el ceño fruncido.

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir... tal vez no deberías abrirlo. Tal vez deberíamos conseguir a alguien más que venga y le eche un vistazo."

"¿Alguien más?"

Suzan bajó los ojos mientras hablaba.

"Sí, como la policía".

Beckett se mordió el interior del labio. Lo último que quería era involucrar a la policía en *cualquier cosa* que hiciera, teniendo en cuenta lo ocurrido la última vez. La mayor parte de su estatus como médico forense superior y como director del programa de patología

forense de la Universidad se había restablecido tras sus "vacaciones", pero Beckett no era idiota; sabía que los demás no apreciaban su estilo poco convencional.

La vieja guardia quería que se fuera. Querían proteger sus secretos, la receta de la poción que mantenía con vida a gente como Sir Francis England.

Beckett negó con la cabeza y luego arrancó la cinta de un fuerte tirón.

"*Yeaaah*, eso no va a pasar."

Dentro de la caja había una nevera de vinilo blanco con las palabras "Órgano humano para trasplante" escritas en rojo en un lateral. Era el mismo tipo de nevera en el que se habían entregado los órganos anteriores. Temeroso, Beckett empezó a abrir la tapa, pero, como antes, la mano de Suzan se posó sobre la suya y le impidió avanzar.

"¿Estás segura de esto, Beckett?"

Beckett la miró entonces, intentando comprender a dónde quería llegar. Suzan sabía que él no era un santo, sabía lo que le había pasado en el dedo y lo que le había ocurrido a Craig Sloan. Y por lo que él sabía, Suzan entendía por qué había hecho lo que había hecho. Después de todo, Craig la había secuestrado y, de no haber sido por Drake y por él mismo, lo más probable era que Suzan se hubiera quemado viva dentro de aquella casa.

Y, sin embargo, había algo en sus ojos, algo que hizo que Beckett recordara las preguntas de la noche anterior sobre los tatuajes, su extraña afirmación de que podía contarle cualquier cosa, que le hizo reflexionar.

Sé lo que eres.

Durante una fracción de segundo, Beckett pensó que podría haber sido *ella* quien había escrito la nota.

Pero luego sacudió la cabeza. Eso era ridículo.

Beckett apartó suavemente su mano y abrió la nevera.

Dentro, en una bolsa de líquido sobre hielo seco, había un órgano del tamaño de un puño.

"Un corazón", oyó susurrar a Suzan.

Beckett asintió con la cabeza. Estaba claro que era un corazón, un corazón humano, por lo que parecía.

Pero Beckett no estaba concentrado en el corazón, buscaba otra

nota. Encontró el papel amarillo presionado contra el lateral de la nevera de vinilo, apretado entre los cartones. Sin embargo, en lugar de sacarlo, se volvió hacia Suzan.

"¿Crees que puedes hacerme un favor?"

Suzan asintió.

"¿Te importaría volver a patología para ver si les falta un corazón? ¿Y puedes por favor ver qué está haciendo el laboratorio con el paquete de ayer?"

Suzan le miró con curiosidad durante un momento y Beckett pensó que quizá la había presionado demasiado, que ahora la trataba como a una secretaria y no como a una AT, pero al final asintió.

"¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?"

Beckett volvió los ojos a la hoja amarilla antes de contestar.

"Estoy pensando en abrir una tienda: *Beckett's Bonafide Organs*. Probablemente paga mejor que esta mierda".

Capítulo 12

Beckett se quedó mirando la nota que tenía en la mano temblorosa. Escrito con tinta negra en el mismo papel amarillo, el mensaje era tan simple como críptico: *Vivir es morir*.

Beckett sintió un fuerte impulso de arrugar el trozo de papel y tirarlo a la basura, fingiendo que nunca había existido. También consideró, aunque brevemente, seguir el consejo de Suzan y llamar a la policía.

Pero no pudo hacerlo.

Quienquiera que enviara estos órganos sabía algo sobre Beckett, algo que él no había compartido con nadie, ni siquiera con Suzan.

Con un gruñido frustrado, Beckett sostuvo la nota al trasluz. Allí, bajo la tinta negra, estaban los familiares trazos de lápiz.

"Joder", refunfuñó mientras bajaba el papel al escáner. La imagen tardó menos de un minuto en aparecer en la pantalla y la mitad de ese tiempo en realizar las mismas manipulaciones sencillas en Photoshop que había hecho con la otra nota. Y, como una bola 8 mágica, apareció un mensaje.

Sé lo que hiciste.

Beckett golpeó el escritorio con la mano.

No, las entregas no eran el resultado de un mensajero de UPS borracho: se las habían enviado a propósito.

Sin embargo, *cuál* era ese propósito seguía siendo un misterio.

A Beckett normalmente le gustaban los rompecabezas; de hecho, era una de las razones por las que se había dedicado a la patología forense. Pero al igual que los exasperantes juegos de sudoku del *Saturday Times,* éste era uno que no le interesaba.

Si esta persona realmente sabe lo que hice... si realmente sabe lo que significan mis tatuajes, ¿por qué no ir a la policía? ¿Por qué enviarme mensajes ocultos y malditas partes del cuerpo?

Beckett frunció el ceño.

La única razón que se le ocurre es que la persona misteriosa quería algo.

¿Pero qué?

Claro, Beckett tenía dinero, pero no tanto. Además, no había indicios de ningún tipo de rescate.

Levantó las manos.

"¿Quién eres tú? ¿Y qué demonios quieres de mí?"

La única respuesta fue su propia respiración agitada.

Preocupado por si Suzan regresaba en breve, Beckett respiró hondo varias veces para calmarse y luego borró la imagen de su ordenador. Luego sacó la primera nota del primer cajón de su escritorio. Una breve comparación confirmó que, en efecto, procedían de la misma persona, pero aparte de eso, no ofrecían ninguna pista sobre su origen.

Volvió a guardar los dos en el cajón y estaba a punto de cerrarlo cuando sonó el timbre de su teléfono. El ruido le sorprendió tanto que golpeó el cajón con la mano.

Sólo que no sintió dolor.

Su mano debería haber estado palpitando, pero cuando miró hacia abajo, vio que el único dedo que había estado en peligro era el dedo corazón, el que faltaba.

Accidente con cortacésped...

Beckett vivía en Nueva York, por el amor de Dios; nadie tenía césped, y mucho menos un cortacésped. La verdad era que había sido secuestrado por una secta que se hacía llamar la Iglesia de la Liberación. *Eran los* que le habían cortado el puto dedo y pretendían convertirlo en una de sus últimas víctimas. Al final, Beckett había convertido al líder de la secta, Ray Reynolds, en uno de *los suyos*.

Sin pensarlo, Beckett se llevó la mano a las costillas y trazó sus tatuajes a través de la camiseta.

Luego sacudió la cabeza y miró su teléfono.

Sigue comportándote como un maldito drogadicto, y el señor donante de órganos no será el único que sepa lo que hiciste... y quién eres, se reprendió a sí mismo.

Esperaba -y esperaba- que la persona que llamaba fuera Suzan, pero cuando miró el teléfono, el mensaje era de un número que no reconocía.

Conozco la causa de la muerte.

La visión de otro mensaje críptico le hizo hervir la sangre y, sin pensarlo, Beckett marcó el número.

Cuando contestó una voz masculina, Beckett no esperó a que terminara de saludar para gritar al teléfono.

"¿Qué demonios quieres de mí? ¿Por qué me enviaste esta mierda?"

Hubo una breve pausa, y entonces oyó al hombre al otro lado aclararse la garganta.

"¿Dr. Campbell? Soy Grant... Sólo quería hacerle saber que hemos averiguado la causa de la muerte".

Beckett inhaló bruscamente.

¿Grant? ¿Quién demonios es Grant?

"La causa de..." Beckett se detuvo en seco.

Grant McEwing.

Se había olvidado por completo de sus residentes en la morgue. Respiró hondo.

"Mierda, vale, ¿todo el mundo ha acabado?"

Hubo otra breve pausa antes de que Grant contestara.

"Creemos... creemos que los tenemos a todos. Hay uno del que no estamos tan seguros y hay..."

"Sí, llegaré pronto. Nadie se va hasta que yo llegue".

Una vez hecho esto, Beckett puso fin a la llamada y se centró en el corazón que descansaba sobre el hielo seco.

Sé lo que eres... Sé lo que hiciste...

Bueno, pensó Beckett, su ira aumentando de nuevo, no *sé quién o qué eres, pero sé lo* que *hiciste, y cuando te encuentre, te vas a arrepentir de esto.*

Cuando se trataba de muertos, a Beckett le gustaba un buen misterio tanto como al siguiente patólogo forense. Pero cuando se trataba de los vivos, no era tanto un enigma como una cacería.

La caza de un asesino que debía pagar por lo que había hecho.

Capítulo 13

"Muy bien, estudiantes. Acabemos con esto, tengo cosas que hacer", dijo Beckett mientras entraba furioso en la morgue.

Se alegró al ver que María y Pablo parecían haber superado sus enfermedades, y el resto estaban más animados que hacía apenas una hora.

Ah, el poder curativo del aprendizaje.

Sobre todo, Beckett se alegró de distraerse de otros asuntos más urgentes.

"Muy bien, voy a empezar de izquierda a derecha. Primero, Taylor: ¿cuál es la causa de la muerte de tu cadáver?" preguntó Beckett mientras se acercaba a un hombre con el pelo rubio hasta los hombros recogido en un moño. El residente se cernía sobre el cadáver de una mujer desnuda que parecía tener unos 80 años. "Vamos, reuníos todos".

Beckett esperó a que todos hicieran lo que les había pedido y, cuando todos estuvieron rodeando el cadáver, se volvió de nuevo hacia Taylor.

"¿Taylor?"

"Soy Trevor", respondió el hombre. Beckett se limitó a parpadear y, finalmente, el residente continuó. "Mi cadáver es una mujer de ochenta años que parece haber muerto hace tres o cuatro días. Creo que..."

Beckett chasqueó los dedos.

"Pedí la causa de la muerte, no el obituario. Pongamos este espectáculo en marcha".

Trevor enrojeció y bajó la mirada.

"Por el exceso de presión craneal y el gran volumen de sangre coagulada en el cerebro, murió de hemorragia por aneurisma".

"¿Y por qué asumiste inicialmente un aneurisma, Taylor? Dime que no embotaste mi sierra para huesos sólo por una corazonada".

El hombre utilizó unas pinzas para levantar los párpados de la mujer.

"Tenía los párpados caídos y la hemorragia cerebral era tan masiva

que la sangre se filtraba a la órbita a través del hueso esfenoides".

Beckett asintió.

"Bien, tienes razón. Ahora a por el siguiente".

Beckett se acercó al segundo cadáver, el hombre con obesidad mórbida cubierto de pelo áspero que le habían entregado inicialmente a María.

"¿Y de quién es este cadáver?"

Le habían abierto el pecho con una incisión en Y y le habían abierto la caja torácica, dejando al descubierto sus órganos internos.

"Esto era mío", dijo Grant McEwing y Beckett animó al hombre a continuar.

"Nuestro hombre murió de insuficiencia hepática aguda probablemente debida a cirrosis por exceso de consumo de alcohol y/o grasas".

Los ojos de Beckett se desviaron hacia el hígado rosa pálido, agrandado y cubierto de cintas de grasa amarilla.

"Bien, ahora..."

Beckett dirigió sus ojos hacia Grant McEwing y observó al hombre detenidamente.

¿Qué probabilidades hay de que abran la Unidad de Trasplantes McEwing el mismo día que Grant McEwing empieza su residencia? Para colmo, ¿me entregan un hígado en mi consulta y resulta que su cadáver muere de insuficiencia hepática?

Todo era una gran coincidencia que Beckett pretendía poner a prueba.

"¿Por qué eligió la insuficiencia hepática y no la cardiopatía?". dijo Beckett, señalando el corazón agrandado que también estaba cubierto de grasa amarilla. "¿Cómo sabes que no murió de una enfermedad coronaria? Después de todo, en *casa es donde está el corazón*".

Beckett se centró en Grant cuando dijo esto último, pero el hombre permaneció con cara de piedra. Algunos de los otros estudiantes lo miraron con extrañeza, pero Grant parecía imperturbable.

"Bueno", continuó Grant. "Este hombre habría muerto sin duda de cardiopatía coronaria con el tiempo, dada la acumulación de placa en sus arterias, pero su hígado cedió primero. Mi cadáver tenía ascitis grave e hinchazón de las extremidades inferiores. También tenía una enorme cantidad de cicatrices alrededor de la arteria hepática. Para asegurarme, extraje el corazón y descubrí que, aunque la íntima de

todas las arterias y venas principales estaba engrosada, ninguna de las luces estaba ocluida."

Beckett hizo callar a Grant agitando la mano.

Correcto, pasaste la prueba... las dos.

Beckett tenía más preguntas, pero temía llamar demasiado la atención o, peor aún, que su interés se malinterpretara como una especie de favoritismo.

"Bien, sigamos moviéndonos".

El siguiente cadáver era el de un hombre que había muerto a causa de un traumatismo craneal por objeto contundente, que había provocado que fragmentos del cráneo perforaran su cerebro y le causaran una hemorragia. El cadáver cuatro era el de una mujer que había muerto de un cáncer de pulmón avanzado que se había extendido a varios de sus órganos. Los alumnos acertaron con los dos anteriores, pero cuando Beckett se acercó al siguiente cadáver, el quinto de ocho, supo de inmediato que éste era con el que estaban teniendo problemas.

Esto no fue ninguna sorpresa; los residentes nunca acertaron en esto.

"Muy bien, ¿de quién es esto?"

Habló un hombre de aspecto nervioso, barba desaliñada y gafas de gran tamaño.

"No sé el nombre; no había..."

Beckett puso los ojos en blanco.

"No quién es la víctima, sino qué residente tenía este cuerpo. Y, a juzgar por la forma en que parece que te cagaste en los pantalones, supongo que es el tuyo. Ahora, dime lo que tienes."

El hombre se aclaró la garganta y mantuvo la mirada fija en el cadáver de la mujer que tenían delante mientras continuaba.

"Bueno, creo que se ahogó... está claro que sus manos están como están porque llevaba algún tiempo sumergida", dijo el hombre. Mientras hablaba, levantó el antebrazo de la mujer. La piel de la mano estaba arrugada y se movía torpemente como un preservativo suelto.

Tenía manos de lavandera, una forma extrema de poda que se producía cuando los cuerpos permanecían sumergidos durante un periodo prolongado tras la muerte.

"¿Y? ¿Se ahogó? Tu confianza es abrumadora, por cierto".

El hombre dudó antes de responder.

"No estoy seguro. Claramente, ella estaba en el agua después de la muerte, pero no puedo concluir que se ahogó."

"¿Por qué no?"

El residente indicó hematomas oscuros en la espalda de la mujer.

"El asentamiento de la sangre... si se ahogó, esperaría que flotara panza arriba. Eso causaría que la lividez se formara en su espalda, no en su estómago".

"Sólo en parte. Después de ahogarse, la mayoría de los cuerpos se hunden, pero una vez que las bacterias del estómago y las tripas empiezan a festejar suben a la superficie. Las extremidades giran hacia abajo, lo que hace girar el cuerpo para que suba con la espalda a la superficie. Pero en estos casos, la cabeza cuelga hacia abajo y la lividez y la acumulación de sangre suelen producirse en el cuello y la cara, no en el estómago *o* la espalda."

Beckett cogió un bisturí y presionó sobre los pulmones expuestos.

"¿Ves eso? Si se ahogó, habría evidencia de un edema pulmonar significativo. ¿Sabes cuando llevas tus mejores mocasines y pisas un charco? ¿Ese sonido blando que se produce con cada paso? Así serían sus pulmones si se hubiera ahogado. Así que, si esa no fue la causa de la muerte, ¿cuál fue?"

La sonrisa había desaparecido de la cara de Barba Parcheada y miró a sus colegas en busca de apoyo. Cuando nadie dio un paso al frente, Beckett se sintió frustrado.

"Miren, ya les dije que esto no es como la escuela de medicina. No estáis compitiendo entre vosotros, estáis aquí para determinar la causa de la muerte. Así que, ayuden a los pantalones cagados... ¿cómo murió esta mujer?"

Finalmente, Grant McEwing dio un paso adelante.

"Hay hemorragia alrededor de los ojos", dijo en voz baja.

"¡Habla, hombre! Aquí no hay secretos".

Excepto quizá uno...

Grant se aclaró la garganta y cuando volvió a hablar, su voz era alta y clara.

"Hay hemorragia petequial alrededor de sus ojos, lo que sugiere que ha sido estrangulada. También noté, aunque no diseccionamos su garganta, algo de hinchazón allí, lo que es consistente con estrangulación."

Beckett ladeó la cabeza y observó el cuello pálido de la mujer.

"Hinchazón y hematomas mínimos... lo que está viendo es más probable resultado de una fractura del hueso hioides, que sobresale. Enhorabuena, la causa de la muerte es estrangulación".

Asintió con la cabeza y dejó que sus ojos se detuvieran un momento más. Si era Grant quien, por alguna jodida razón, le estaba enviando aquellos misteriosos órganos, tenía una cara de póquer que le haría la competencia a Chase Adams.

"Muy bien, al siguiente".

Tardaron menos de diez minutos en terminar con los cadáveres restantes, y Beckett se sorprendió al ver que habían adivinado correctamente cada causa de la muerte.

"Muy bien, eso es todo por hoy. Vete a casa y descansa un poco o tómate algo. Pero nada de coca. Nos vemos aquí mañana por la mañana."

"¿Eso es todo?" preguntó María. "Aún no son las once".

Beckett se encogió de hombros.

"El descanso es súper importante. Descanso, y un caramelo de menta, María. Sólo un consejo".

Capítulo 14

Beckett salió de la morgue y corrió a su despacho. Le sorprendió que Suzan no estuviera allí, pero tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse. Incluso mientras sus residentes le informaban de la causa de la muerte de su cadáver, su mente había estado en otra parte, intentando idear una forma de averiguar quién demonios le enviaba los órganos y los mensajes crípticos.

Una vez en su despacho, su atención volvió al corazón en la nevera de trasplantes de órganos. Era imposible saber cuándo se lo habían extraído, pero parecía bastante sano. Sin embargo, el tiempo transcurrido entre la extracción y la viabilidad para un trasplante de corazón era del orden de seis horas o menos, y ya llevaba tres o cuatro sobre su mesa.

No quería involucrar a nadie, ni a la policía ni al hospital, pero Beckett *era* médico y no ignoraba lo valiosas que eran estas cosas.

"Mierda", maldijo. Luego, en contra de su buen juicio, cogió el móvil y recorrió sus contactos hasta llegar a "Lab Guy".

Una voz rasposa contestó al primer timbrazo.

"¿El tipo del laboratorio?" dijo Beckett, sobre todo porque no recordaba el nombre real de aquel hombre. Podía recitar prácticamente todos los huesos y los vasos sanguíneos principales del cuerpo humano, pero los nombres se le seguían escapando.

"Dr. Campbell, ¿es usted?"

"Sí, soy yo. Creo que mi TA te trajo algunos órganos ayer, ¿un corazón y un hígado? Estaban... uhh... mal colocados o mal dirigidos o algo así."

"Sí, los tengo aquí. Basado en el grado de degeneración del tejido, ambos han estado fuera del cuerpo durante al menos 30 horas, lo que significa que el corazón ya no es viable. El hígado, sin embargo, todavía es bueno para un día o dos. Sabes, lo extraño es que los órganos están fuertemente codificados porque se estropean muy rápido y cuando tienes un donante, UNOS..."

"Sí, vale, como quieras. Tengo otro corazón para ti, pero creo que sólo servirá para unas horas más. ¿Qué hay del hígado? ¿Alguna forma de extender la viabilidad?"

"Espera, *¿otro* corazón? ¿De dónde ha salido ? ¿Cuánto hace que se

lo quitaron?"

Beckett sacudió la cabeza y cerró los ojos.

"No tengo ni idea. Creo que con esta nueva ala del hospital, las cosas se jodieron... aún lo estoy investigando. ¿Qué hay del hígado? ¿Puedes estirarlo?"

"Sí, podemos perfundirlo con una combinación de anticongelante y glucosa..."

"Vale, Lab Guy, haz lo que puedas. Y el corazón está en mi mesa, a ver si puedes enviar a uno de tus secuaces a recogerlo".

Beckett no esperó respuesta, colgó el teléfono y salió rápidamente de su despacho.

***

El tipo del laboratorio tenía razón, por supuesto. Era casi imposible que un órgano llegara a su mesa sin querer. No era como si un tipo de bajo nivel del Servicio de Emergencias hubiera leído mal la dirección; todos los órganos para trasplante se registraban a través de la Red Unida para la Compartición de Órganos (UNOS) mucho antes de ser extraídos del donante. Estos... no eran de allí.

Y sabía que si podía averiguar de dónde venían, estaría mucho más cerca de determinar quién los había enviado.

Era la tercera vez que Beckett visitaba la Unidad de Trasplantes McEwing, lo que, en su opinión, ya eran tres veces más. Y cuando pulsó el botón del interfono situado junto a la puerta, sintió como si tuteara a la secretaria que le respondió.

Sólo Beckett tenía problemas con los nombres; los pocos que podía recordar incluían el suyo propio y los que estaban representados por los tatuajes de sus costillas.

"Hola, ayer estuve aquí buscando al Dr... eh... ¿Singh? Tengo un par de preguntas de seguimiento para él. Mi nombre es Dr. Campbell, por cierto."

Hubo una pausa que se prolongó demasiado para el gusto de Beckett.

"Lo siento, Dr. Campbell, pero el director no está en este momento. Pero puedo transmitirle un mensaje si quiere."

Beckett miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie a su alcance y se acercó al micrófono.

"Dile que he entrado en posesión de otro órgano, esperaré".

"Lo siento, Dr. Campbell. Como dije, el director no está en este

momento así que tendrá que..."

"Dile que si no quiere hablar conmigo de estos órganos, seguro que alguien *del Times* lo hará. Será una buena continuación del artículo que hicieron el otro día sobre la ceremonia de inauguración. Y, teniendo en cuenta que estoy en el consejo de administración de este maldito lugar, tal vez debería tomar en serio lo que tengo que decir. ¿Qué te parece, Sally?"

Otra pausa, pero en lugar de que la mujer volviera por el interfono, Beckett oyó un zumbido.

Frunció el ceño y empujó la puerta.

Capítulo 15

"No me gusta que me amenacen, doctor Campbell", dijo el doctor Singh mientras él y Beckett caminaban por el pasillo vacío.

"Y no me gusta que tiren órganos sobre mi mesa", replicó Beckett. El hombre se detuvo de repente y se volvió hacia Beckett.

Tenía unos ojos azul pálido que destacaban sobre su piel oscura; unos ojos que en ese momento se clavaron en Beckett.

"¿Cuál es su juego aquí, Dr. Campbell? ¿Quiere dinero? ¿Financiación? Porque déjame decirte que la Fundación McEwing ni siquiera nos dio lo suficiente para abrir a tiempo. ¿Crees que queríamos hacer la gran apertura y luego cerrar las puertas inmediatamente después? ¿Crees que ese era el plan? ¿Crees que quería inventar alguna historia de mierda para la prensa para que no se nos echaran encima?".

Beckett parpadeó varias veces y en ese momento deseó haber prestado realmente atención en la reunión del consejo de administración en lugar de estar sacándose pelusas del ombligo.

Aún así...

"¿Qué coño te pasa?", preguntó.

Cuando el director se limitó a mirar boquiabierto, Beckett se vio obligado a morderse la lengua. Quería echarle la bronca; al doctor Singh le preocupaba la financiación y cómo percibía las cosas la prensa cuando Beckett acababa de decirle que tenía dos corazones aptos para la donación que se habían estropeado y un hígado que estaba destinado a acabar en la incineradora.

Pero no lo hizo.

Beckett podía tener mal genio, pero también reconocía cuándo era más probable que siendo civilizado consiguiera lo que quería, por mucho que le doliera actuar fuera de su carácter.

Y teniendo en cuenta lo que estaba en juego, no tenía muchas opciones.

"Mira, tío, lo único que quiero es saber por qué me envían estos órganos a mi despacho, nada más. Quiero saber de dónde vienen, para que UPS o FedEx o quienquiera que los haya enviado pueda llevarlos a donde tienen que ir. Para que la gente no *muera*".

Ahora le tocó al director sacudir la cabeza.

"Bueno, Dr. Campbell, como le dije, no sé..."

Esto no va a ninguna parte...

Odiaba que los médicos hicieran de políticos y viceversa.

De repente, Beckett levantó la bolsa de vinilo blanco con la inscripción "DONANTE DE ÓRGANOS PARA TRASPLANTE".

"¿Has visto esto antes?"

El Dr. Singh se quedó mirándola un momento.

"Sí, parecen el tipo de bolsas que tenemos... venían con algunos de los otros equipos que compramos, como parte del paquete. Ya sabes cómo funcionan estas empresas de dispositivos médicos: compra diez máquinas de diálisis a treinta mil cada una y te darán un regalo".

Beckett enarcó una ceja.

"¿Y te falta alguno? ¿Dos, para ser precisos?"

El director suspiró y sus hombros se hundieron. Por primera vez desde que se conocieron, el hombre pareció bajar la guardia. Y al hacerlo, su pelo y su piel perfectos se desvanecieron, dejando tras de sí a un hombre de unos sesenta años que estaba claramente agotado de interpretar dos papeles.

Beckett había visto esto antes.

Había conocido a médicos que se esforzaban mucho por ser lo que los demás querían que fueran -un médico de día y alguien que sonreía todo el tiempo y era receptivo a los donantes de noche- cuando lo único que querían era relajarse en chándal y beberse una Budweiser fría.

Al final, les había destrozado, provocándoles graves depresiones y prolongadas excedencias.

Sí, Beckett conocía la sensación y tuvo que luchar contra el repentino impulso de frotarse los tatuajes bajo el brazo derecho.

"Para ser sincero, no tengo ni idea. Dudo que ni siquiera el personal de nuestro almacén tenga ni idea de cuántas bolsas se supone que hay ahí. Ha sido una mierda desde que empezamos a tener estos problemas de financiación".

Ahora que el verdadero Dr. Singh había salido a la luz, Beckett empezó a compadecerse del hombre.

"Lo comprendo, Dr. Singh; créame, lo comprendo. Odio toda esta mierda burocrática tanto como el que más. Pero, ¿cree que podría

echar un vistazo? Quiero decir, no estoy fuera para conseguir a nadie aquí, sólo estoy tratando de asegurarse de que no hay otros órganos perfectamente buenos se desperdician ".

El director miró brevemente a su alrededor antes de volverse hacia Beckett.

"Te diré una cosa; si quieres, puedes bajar al pasillo y mirar tú mismo en el almacén. Pero como te he dicho, es una puta mierda y dudo que encuentres nada. Pero si estás buscando más de esas bolsas ahí es donde *deberían* estar. Aparte de eso, lo único que puedo sugerirte es que te pongas en contacto con UNOS. A ver si pueden ayudar".

Mientras hablaba, los hombros del hombre empezaron a ponerse rígidos y recuperó su compostura, postura e identidad anteriores.

"Gracias", dijo Beckett, y luego alargó la mano y le dio una palmada en la espalda.

El director frunce el ceño, asiente con la cabeza y se aleja por el pasillo en dirección contraria.

"Tengo una reunión a la que ir, así que por favor vete cuando termines."

El Dr. Singh inclinó la cabeza y dejó a Beckett con sus pensamientos.

Capítulo 16

El director no mentía; en todo caso, subestimaba el espectáculo de mierda que era el almacén.

La habitación de seis x seis metros estaba situada al final de un largo y anodino pasillo. Estaba etiquetada como Sala de Suministros, pero tras abrir la puerta, Beckett no tardó en darse cuenta de que sería más apropiado definirla como trastero. Le recordaba al cajón que todo el mundo tenía en la cocina, el que estaba lleno de porquerías que nunca necesitabas, pero que por alguna razón dudabas en tirar: elásticos, palillos chinos, grapas sin su correspondiente grapadora y clips heridos.

Tras vadear una tonelada métrica de tubos de plástico, Beckett encontró un estante de plástico al fondo. En ella había apiladas varias cajas de cartón con la inscripción "UNIDAD DE TRANSPLANTE". Curioso, Beckett buscó una que ya estuviera abierta.

Encontró uno cerca del fondo, contra la pared. Tras sacarla de la estantería, se sentó en el suelo y la abrió. Tardó menos de 30 segundos en despegar el celofán y darse cuenta de que tenía delante una caja casi llena de bolsas refrigerantes de vinilo blanco idénticas a la que había llevado a la Unidad.

"Bueno, que me aspen".

Beckett sacó la primera bolsa de la caja y la desplegó. Luego escudriñó cuidadosamente el interior. Dentro estaba la omnipresente etiqueta del fabricante, junto con las instrucciones de lavado, lo que le pareció extraño, pero también se fijó en una pequeña pegatina encajada en una de las costuras.

Con las uñas, consiguió arrancarla. En la pegatina, del tamaño de un sello de correos, había un número de siete cifras seguido de dos letras: AC.

Beckett se lo pensó un momento, antes de concluir que debía de tratarse de algún tipo de número de inspección.

Dio la vuelta a la bolsa que había traído consigo y, efectivamente, en casi el mismo lugar encontró una pegatina similar.

Una pegatina con exactamente el mismo número de inspección.

Entusiasmado, cogió otra caja de la estantería y la abrió. Una rápida búsqueda reveló que, aunque estas bolsas también tenían

números, terminaban con PT y no con AC.

Tras hacer unas cuantas fotos, Beckett volvió a meter las bolsas en las cajas y las colocó en la estantería. Luego salió del almacén, que olía a moho, y se apresuró por el pasillo.

Pero en lugar de marcharse como le había sugerido el director, Beckett buscó a su alrededor hasta encontrar el despacho de la secretaria.

Estaba escondida en una habitación cerca de la entrada, y cuando él llamó a la puerta, ella levantó la vista, con una expresión de sorpresa en el rostro.

Eso te pasa por ser un capullo, Beckett.

Puso su mejor sonrisa falsa y volvió a llamar a la puerta.

Con el ceño fruncido, la mujer acabó haciéndole señas para que entrara.

"¿En qué puedo ayudarle?", espetó en cuanto Beckett entró en el estrecho despacho.

"Hola. Mi nombre es..."

"Sé quién eres. Y no me llamo Sally, sino Tracy, Tracy Allman. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? El director me ha dado instrucciones estrictas de no dejar entrar a nadie en la unidad hasta que esté oficialmente abierta al público."

Beckett resistió el impulso de poner los ojos en blanco. Por el momento, parecía que todos los humanos del mundo habían perdido inexplicablemente la capacidad de crear una frase única. Todo lo que parecían capaces de hacer era repetir los mismos estribillos una y otra vez.

"No te ofendas, pero..."

"Esto es sólo mi opinión..."

"Siento interrumpir..."

Beckett se aclaró la garganta. Si el encanto no le iba a llevar a ninguna parte, entonces tenía que recurrir a métodos más arcaicos; principalmente, el soborno.

Levantó un dedo y con la otra mano metió la mano en la cartera y sacó un billete de cien dólares.

Tras aplastar el billete arrugado, Beckett lo colocó en el mostrador delante de Tracy Allman.

"Siento haber sido grosero antes, ha sido una larga... bueno,

semana o así. Sólo tengo una simple pregunta para ti".

La mujer miró el billete de cien dólares que había sobre la mesa como si fuera un pescado podrido.

Vaya, pensó Beckett, *tal vez el soborno no era la mejor estrategia en este caso.*

"No soy una puta", espetó.

Los ojos de Beckett se abrieron de par en par al contemplar las manos carnosas de la mujer y la ancha nariz que sobresalía de unas gafas con montura de cuerno.

No creo que nadie te acuse de eso, cariño.

"Siento haber sido un capullo, de verdad. Y no tenía intención de sobrepasar, uhh, *los límites.* Pero la cosa es así: hay más de 160.000 personas esperando órganos en Estados Unidos, pero menos de 10.000 donantes. La verdad es que la mayoría morirá esperando recibir un órgano. Y los corazones, en particular, son extremadamente raros. Viendo lo bueno que es usted en su trabajo, estoy seguro de que habrá oído mi conversación con el doctor Singh y entenderá por qué estaba tan desesperado por hablar con él."

Algo cambió en el rostro de la mujer y Beckett supo que por fin había pulsado el botón correcto.

Lo que no puedes ganar con encanto o soborno, puedes adquirirlo con culpa.

"Todo lo que quiero saber es quién tuvo acceso al almacén en los últimos días".

La mujer asintió lentamente.

"Para ser honesto, ha sido más o menos un pueblo fantasma por aquí. Aparte de mí y el Dr. Singh, hemos tenido un puñado de técnicos instalando algunos equipos. Eso es todo".

Beckett frunció el ceño.

"¿Nadie más?"

Tracy empezó a sacudir la cabeza, pero se detuvo.

"Bueno, gente de la fundación estuvo aquí antes de la inauguración. Pero ningún otro médico o benefactor".

La Fundación McEwing, pensó Beckett. *Como en* Grant *McEwing.*

"Gracias", dijo, cogiendo el billete del mostrador y metiéndoselo en el bolsillo. "¿Y, Sally? No olvides marcar 'Donante de órganos' la próxima vez que renueves el carné".

Capítulo 17

Beckett acababa de salir de la unidad de trasplantes cuando su teléfono móvil empezó a sonar. En general, le resultaba molesto, más en principio que en la práctica.

¿Quién quería estar localizable a todas horas del día? Desde luego, ni él ni los residentes. Por eso solía pasar desapercibido y sugería a los demás que sólo llamaran a su móvil en caso de emergencia.

Pero con todo lo que estaba ocurriendo estos días, todo parecía encajar.

Respondió sin siquiera comprobar quién llamaba primero.

"Beckett".

"Hola, Dr. Campbell. Soy Trevor", respondió una voz masculina que no reconoció.

Beckett volvió la mirada hacia arriba. El sol estaba ya alto en el cielo y se dio cuenta de que había pasado más tiempo en la unidad de trasplantes de lo que pensaba.

"No me interesa hacer ninguna encuesta", dijo rotundamente.

"¿Qué?"

Beckett se apartó el teléfono de la oreja y miró el número que aparecía en la pantalla.

"¡Oh, Lab Guy! ¿Por qué no lo dijiste? Pensé que eras un vendedor telefónico".

"Sí, *umm*, de todos modos, cogí el corazón de tu mesa antes y conseguí hacer algunas pruebas en los órganos que tu TA trajo ayer".

Los ojos de Beckett se entrecerraron; cualquier cosa que el hombre pudiera decirle sobre a quién pertenecían los órganos podría acercarle a averiguar quién los había enviado.

"Sí, adelante. Te escucho".

"Bueno, no es mucho, pero ambos órganos pertenecían a un varón de entre 18 y 30 años más o menos. Varón sano, por lo que puedo decir".

Beckett se mordió el interior del labio. Los órganos de los jóvenes eran raros, pero en el caso de los varones solía haber una causa de muerte más común que todas las demás juntas: los accidentes de

coche.

Hizo una nota mental para investigar si había algún accidente de coche mortal reciente en Nueva York en el que estuvieran implicados hombres de esa edad.

"¿Son de la misma persona?", preguntó.

"No estoy seguro; todo lo que puedo decir es que ambos son de una persona o personas del mismo grupo de edad. Si realmente quieres saberlo, puedo hacer algunas pruebas genéticas para averiguarlo".

Beckett asintió.

"Quiero".

"No va a ser barato, Dr. Campbell."

"¿No puedes pasarlo por el fondo general del laboratorio?"

"En realidad no es un trabajo de laboratorio general. Además, ni siquiera sabría cómo facturar el servicio. Y algo así... algo en el rango de dos a cinco mil dólares será inmediatamente marcado".

Beckett frunció el ceño.

¿Cinco de los grandes por una simple prueba de comparación genética? Mierda, puedo enviar un hisopo bucal a un sitio web y obtener todo mi perfil de ADN por menos de un billete de cien.

Suspiró.

"Bien. Factúralo al departamento de patología, yo me encargo, y me aseguraré de que te paguen. Hablando de eso, ¿cuál es el estado de los órganos? ¿Siguen siendo viables?"

"El hígado está bien -criopreservándolo- diría que un ocho sobre diez. Pero el corazón está acabado".

"¿Y no tienes ni idea de dónde pueden haber venido?"

El Lab Guy hizo una pausa.

"Creía que estabas investigando eso".

Y ahí está mi respuesta.

"Mierda, está bien. Gracias, Lab Guy. Estaré en contacto."

"Dr. Campbell, yo sólo..."

Beckett colgó rápidamente el teléfono antes de que Lab Guy le pidiera una cita.

¿Cinco de los grandes? ¿En serio?

La idea le irritaba. Era increíble cómo una empresa privada podía

hacer algo tan rentable, mientras que una institución financiada con fondos públicos cobraba un orden de magnitud más por la misma tarea.

Esta línea de pensamiento me trajo a la memoria algo que había dicho el Dr. Singh, sobre cómo se había agotado la financiación para la nueva unidad de trasplantes.

Beckett sabía poco de la Fundación McEwing, aparte del hecho de que el Dr. Peter McEwing la había dirigido hasta su muerte y que ahora sus hijos estaban al mando. Pero recordó haber visto algo en el periódico que Delores le había enseñado ayer, no sobre Winston Trent, sino sobre la Fundación McEwing.

La suerte quiso que un chico con el pelo engominado y un parche en el alma se dirigiera hacia él con la cara hundida en un periódico. Era un espectáculo poco frecuente: un joven universitario leyendo un periódico de verdad.

Beckett sospechaba que el chico era un vegano-ecologista-hipster que salvaba el mundo utilizando la letra pequeña como papel higiénico cuando terminaba de maldecir a los cerdos capitalistas que la habían escrito.

Al pasar junto a él, Beckett alargó la mano y le arrebató hábilmente el papel de las manos.

"¡Eh!", gritó el hipster.

Beckett abrió mucho los ojos.

"¡Hay un... un... un incendio vegetal! ¡Rápido! Ve a salvar los kumquats!" exclamó Beckett, señalando hacia atrás por donde había venido.

El hombre le miró como si estuviera completamente loco.

"¿De qué coño estás hablando? Un kumquat no es una verdura, ¡es una fruta!".

Beckett soltó una risita y se dio la vuelta y empezó a alejarse. El hombre avanzó hacia él, pero luego cambió de idea y negó con la cabeza.

"Gilipollas", refunfuñó el hipster.

"No estás mintiendo", replicó Beckett.

Abrió el periódico e inmediatamente sonrió.

Lo que pasa con los periódicos es que cuando algo era popular un día, lo más probable es que publicaran exactamente lo mismo al día siguiente... y al día siguiente... y al día siguiente. Prácticamente de

forma continua hasta que ocurriera otra cosa sustancial.

Y ésta no fue una excepción.

La portada estaba dominada por la foto de Winston Trent.

Tienes lo que te mereces...

Pero eso no era lo que Beckett buscaba.

En la segunda página, vio una imagen en blanco y negro de Sir England y Grant y Flo-Ann McEwing cortando la cinta.

Beckett escaneó el texto, buscando algo a lo que el artículo había aludido el día anterior.

Lo encontró en el penúltimo párrafo.

Además de ser el principal financiador de la Unidad de Trasplantes McEwing, la Fundación McEwing también ha invertido recientemente otros dos millones en el Centro de Vida Renovada de Nueva York.

Tras encontrar la información que necesitaba, Beckett comenzó la monumental tarea de doblar el papel. Se dio por vencido después de un buen minuto de intentarlo: era como el cisne de origami más complejo del mundo. Al final, lo hizo una bola y lo tiró a la papelera más cercana.

Centro de Vida Renovada de Nueva York.

El lugar sonaba como uno que Sir Francis England frecuentaba cada noche para que le regeneraran la piel.

Entonces, ¿la Fundación McEwing no tiene suficiente dinero para abrir la Unidad de Trasplantes a tiempo, pero pueden financiar el Cuartel de Vida Regenerada o como demonios se llame? ¿Qué sentido tiene eso?

Claro que Beckett podía investigar el lugar y averiguar exactamente qué financiaba la Fundación. Pero para eso tendría que volver a su despacho y sentarse frente al ordenador.

Una idea mucho mejor era reunirse con un viejo amigo que estuviera al tanto y compartir una copa.

Con una sonrisa, Beckett sacó el móvil del bolsillo y marcó un número.

"¿Dr. Ron? ¿Cómo demonios has estado?"

Capítulo 18

El Dr. Ron Stransky ya estaba en el bar cuando Beckett llegó, lo cual no fue ninguna sorpresa; Ron *siempre* estaba en el bar. Un amigo desde sus tiempos de estudiante de medicina -Ron estaba en cuarto curso cuando Beckett acababa de empezar-, al hombre le gustaba tanto beber como que su cara apareciera en las portadas de las revistas de cirugía.

Beckett se acercó a su amigo y le dio una palmada en la espalda. Ron levantó la vista y Beckett lo miró dos veces. Nunca se le había acusado de ser una de las personas más atractivas de la medicina -Ron tenía la nariz estrecha y los labios finos, a juego con su pelo ralo-, pero lo que le faltaba de atractivo lo compensaba con seguridad en sí mismo.

Pero incluso cuando Ron le sonreía, había un vacío detrás de sus ojos. No desprendía carisma en aquel momento; en cambio, lo único que irradiaba era alcoholismo.

"Dr. Campbell, qué agradable sorpresa", dijo Ron, tendiéndole un abrazo. Beckett abrazó al hombre y se encogió al sentir sus costillas a través de la parte posterior de la camisa.

"No es una gran sorpresa, dado que habiamos planeado reunirnos aqui para tomar unas copas", replico Beckett, mientras sus ojos se desviaban hacia el vaso de piedra que Ron tenia en la mano. "Que veo que ya te has adelantado. No importa, siempre has necesitado una ventaja para seguirme el ritmo. También, en una nota relacionada, ¿por qué demonios te ves como la mierda?"

Ron soltó una risita, que rápidamente degeneró en un resuello.

"Mierda, tío, tienes una pinta horrible", dijo Beckett, su voz adquirió un tono más serio.

"Bueno, tú tampoco eres un melocotón de Navidad. Parece que no has dormido en un mes".

Beckett no tenía ni idea de qué demonios era un melocotón de Navidad, pero Ron tenía razón.

El sueño fue... *agitado*, como nunca lo había sido antes.

"Genial, me alegro de haberme quitado de encima las sutilezas", dijo Beckett mientras se sentaba en el taburete junto a su amigo. "Por favor, dime que no estás bebiendo un whisky de mierda".

"Me conoces; nunca podría mentirte".

"Jack Daniels", murmuró Beckett. "Sabes, con el dinero que ganas, deberías beber del estante de arriba".

Ron se encogió de hombros y Beckett llamó al camarero.

"Una cerveza, cualquier cosa servirá".

El camarero asintió y se retiró a servir su bebida.

"Ah, y veo que también te sigue gustando lo bueno".

"Touché".

Mientras esperaban a que el camarero volviera con la cerveza de Beckett, Ron se dirigió rápidamente al elefante del bar, cosa que solía hacer. Al igual que Beckett, Ron era cortante y directo. No había ceremonias entre ellos, dado lo profunda que era su amistad.

"Entonces, ¿finalmente te reincorporaste después de lo que pasó con Craig Sloan?"

Beckett ladeó la cabeza.

"Reincorporado... Nunca fui desincorporado. Pero sí, las cosas han vuelto a la normalidad. Todavía me usan poco como forense, pero sospecho que eso cambiará pronto. Los cadáveres se acumulan".

El camarero volvió con su cerveza y Beckett le pasó un billete de diez. Mientras bebía, miró directamente a Ron.

"Pero no es por eso que te pedí que vinieras. Para ser franco, Ron, necesito tu cerebro".

"Sí, bueno, yo también. No puedes tenerlo".

Beckett ignoró el comentario.

"Siempre has tenido un don para recordar conocimientos inútiles... y parece que por fin puede resultarte útil".

"¿Qué quieres saber?"

"La Fundación McEwing... ¿alguna idea de dónde sacan su dinero?"

Ahora le tocaba a Ron enarcar una ceja, aunque bastante más gruesa y tupida que la de Beckett.

"¿No estás en la junta directiva de la unidad de trasplantes?"

Beckett bebió otro trago de cerveza.

"Supuestamente. Pero dormí durante la mayoría de las reuniones y tuve resaca durante el resto. Además, no creo que de dónde sacan el dinero salga a relucir tan a menudo en ese tipo de cosas".

Ron terminó su bebida y pidió otra. El hecho de que el camarero no

esperara el pago como había hecho con Beckett sugería que Ron ya tenía una cuenta abierta.

Cifras.

"Bueno, estás de suerte: esa es una de las pocas cosas que mi cerebro atontado puede recordar estos días. La mayor parte de la fortuna de la familia McEwing procede de su bisabuelo, John D. McEwing. Era un banquero que invirtió en algunos de los primeros dispositivos y tratamientos médicos, principalmente máquinas de diálisis y vacunas, y ganó muchísimo dinero. A partir de ahí, continuó invirtiendo y se fue filtrando. Trabajé con el difunto Peter McEwing, que era un gran médico, como su padre. Es una putada lo que le pasó, siendo tan joven".

Beckett asintió y recordó sus propias interacciones con el Dr. McEwing. El hombre había sido aburrido y torpe, pero, por lo que parecía, tenía buenas intenciones. Además, era un médico excelente. En cuanto a cómo murió...

"Cáncer", dijo Ron, leyéndole el pensamiento. "Oh, quiero decir que *oficialmente la* causa de la muerte fue un fallo hepático, pero eso fue consecuencia de un cáncer de hígado que se extendió prácticamente por todas partes, incluidos el corazón y los pulmones. Fue irónico, la verdad, dado que necesitaba un hígado nuevo y no había ninguno disponible justo antes de que prometieran ocho cifras a la nueva unidad de trasplantes. No es que fuera candidato, de todas formas; el cáncer habría vuelto sin más... aun así, una mierda de forma de morir".

Beckett grabó este hecho en su registro mental.

"¿Qué hay de las otras cosas que hace la fundación? El Proyecto Nueva York Regenera la Vida o lo que sea".

Ron se rió y se limpió la boca con el dorso de la mano. Realmente tenía un aspecto horrible.

"Sí, salió en las noticias hace unas semanas. *El Centro de Vida Renovada de Nueva York*... suena a residencia de ancianos, pero en realidad está pensado para jóvenes, para ayudarles a readaptarse a la sociedad".

"¿Reajustar... quieres decir, como criminales?"

Ron inclinó el vaso y llenó sus mejillas de whisky barato antes de tragar.

"Eso y adictos, sobre todo. No les culpo por darle un nombre tan obtuso. ¿Te imaginas intentar conseguir donaciones si fueran francos sobre sus principales delegados? *New York Halfway House for Young,*

Drug-Addicted Criminals. Creo que estarás de acuerdo en que ese nombre no tiene el mismo atractivo".

"La honestidad... es una especie en extinción", replicó Beckett. "El cinismo, sin embargo, aparentemente está vivo y coleando. ¿Alguna idea de quién elige adónde va el dinero? ¿Quién toma las decisiones finales? ¿Ese tipo de chorradas?"

Ron se encogió de hombros.

"Eso no lo sé. Pero este tipo de fundaciones suelen estar dirigidas por un consejo de administración compuesto por personas que no hacen otra cosa que servir en *otros* consejos de fundaciones -nepotismo en estado puro-, con una pizca de familiares por medio."

La mente de Beckett se volvió hacia Grant McEwing, la forma en que se había mostrado tan seguro de la causa de la muerte de la mujer sumergida cuando ninguno de los demás residentes tenía la menor idea.

Todo apuntaba a que Grant era la persona que le había enviado los órganos; al fin y al cabo, tenía los conocimientos necesarios para extraerlos y acceso a los jóvenes del centro de reinserción social. Pero Beckett había mirado fijamente al hombre a la cara cuando sacó a relucir la nota: "El hogar *es donde está el corazón", y* sólo obtuvo una mirada vacía.

"¿Qué pasa con todas las preguntas sobre la fundación?" preguntó Ron, sacando a Beckett de sus casillas. "¿Estás pensando en montar la tuya propia? ¿La escuela de guitarra de cuatro dedos del doctor Beckett Campbell para jóvenes con problemas y adolescentes maricas?".

Beckett soltó una carcajada, rociando cerveza sobre la mesa. Levantó el dedo que le faltaba y lo agitó en el aire.

"No estoy seguro de que sea mucho más fácil conseguir donaciones para una Fundación que tiene las palabras dedo, jóvenes y adolescentes maricas en el nombre".

Dio un trago a su cerveza y le dio una palmada en la espalda a Ron.

"Debería irme. Nada me apetece más que cagarme de miedo contigo un martes por la mañana, pero..."

"-Tarde", corrigió Ron.

"Claro, por la tarde... pero tengo cosas que hacer. Algunos tenemos que trabajar para vivir, no podemos dormirnos en los laureles".

"Dormirnos en los laureles", repitió Ron con una risita. "Qué frase más estúpida: una planta para representar la victoria y el estatus.

Debería ser un rifle o una lanza. Hablando de victoria, ¿qué le pasó a tu dedo?"

Beckett sonrió ante el sinsentido.

"Accidente de caza", dijo, siguiendo con el tema. Le dio una segunda palmada en la espalda a Ron. "No olvides dar propina al camarero y gracias por tu ayuda".

Con eso, Beckett comenzó a dirigirse hacia la puerta.

"¿Accidente de caza? Creía que odiabas la caza".

Beckett se encogió de hombros y siguió caminando.

Es cierto que, aunque no era un fanático de la caza de animales indefensos, recientemente se había dado cuenta de que había un tipo de caza que le gustaba mucho.

El tipo de presa bípeda que ya había cazado por su cuenta.

Capítulo 19

Beckett aplazó el trabajo de la tarde. Tenía que dar el visto bueno a tres cadáveres que habían llegado a la morgue ese mismo día, pero ninguno de ellos era urgente.

De camino a casa, había recibido un críptico mensaje de Suzan diciéndole que tenía que quedarse hasta tarde después de la clase de anatomía. También le había pedido que la esperara, lo cual era extraño, ya que Suzan era independiente, pero Beckett se había negado.

La verdad era que sólo quería estar solo un rato. Una propuesta peligrosa, con sus pensamientos acelerados, pero necesitaba tiempo para relajarse.

Se lo escribió a Suzan y luego apagó el teléfono.

Suzan lo entendería, o al menos Beckett esperaba que lo hiciera. También esperaba que se pasara por allí más tarde y resolvieran sus "sentimientos".

Tras aparcar en la entrada de su casa, Beckett subió los escalones hasta la puerta principal.

Una vez dentro, inhaló profundamente.

"Hogar, dulce hogar", dijo.

Era cursi y tópico, pero cierto. En casa, podía ser él mismo. En casa, cuando Suzan no estaba, podía ser *realmente* él mismo.

Mientras se acercaba a coger una cerveza de la nevera, se quitó la camiseta y la tiró en el sofá. Contempló su cuerpo pálido y la pequeña barriga que se le había formado en el vientre, y pensó brevemente en ir al gimnasio a hacer ejercicio o a una clase de jiujitsu.

Pero en cuanto el líquido dorado llegó a sus labios, el pensamiento se desvaneció.

Le había dicho a Ron que tenía que irse del bar para trabajar, pero era mentira. Tenía que irse porque no se sentía cómodo bebiendo delante de él.

Ron parecía la puta encarnación de la muerte.

Beckett se estremeció y bebió otro trago de cerveza. Mientras rodeaba el respaldo del sofá y encendía la televisión, se dio cuenta de que la ventana situada encima del lavabo estaba abierta. Se acercó y

miró hacia fuera. Como era habitual en Nueva York, daba a un pequeño callejón y a otra fachada de ladrillo.

Beckett estaba mirando por la ventana, contemplando los ladrillos picados de viruela del domicilio de su vecino, cuando oyó un ruido detrás de él.

Lo primero que pensó fue que era la televisión, pero no podía ser; siempre la silenciaba antes de acostarse por si se levantaba temprano y le apetecía verla sin despertar a Suzan. No había nada más molesto que los resúmenes deportivos a todo volumen para despertar a una mujer de su sueño. Además, llevaba casi cinco años viviendo en aquella casa y conocía todos sus sonidos, desde el crujido del suelo hasta el zumbido del aire acondicionado en los calurosos veranos neoyorquinos.

Y esto era definitivamente lo primero. Beckett respiró hondo y miró el grifo que tenía delante.

Gracias a Dios por la limpieza de Suzan, pensó mientras miraba fijamente el material altamente reflectante.

Allí, a menos de dos metros detrás de él, se acercaba una figura vestida toda de negro.

Con un movimiento suave, Beckett alargó la mano, cogió un cuchillo del bloque y dio media vuelta. Sin embargo, no giró en un círculo cerrado, sino en un amplio arco que cogió al intruso por sorpresa.

Beckett agarró instintivamente la muñeca izquierda del hombre y se la retorció a la espalda antes de que pudiera siquiera aullar.

Luego se inclinó cerca de la oreja del hombre y presionó la punta del cuchillo contra su palpitante arteria carótida.

"¿Quién coño eres y qué coño haces en mi casa?" Beckett exigió.

PARTE II - Intervención quirúrgica

Capítulo 20

"¡Beckett! ¿Qué demonios estás haciendo?" Suzan gritó mientras irrumpía por la puerta.

Beckett se dio la vuelta y fulminó a Suzan con la mirada. Sus ojos pasaron del cuchillo de cocina que tenía en la mano a la escena que había detrás de él.

Y entonces se le cayeron las dos bolsas de plástico de comida china.

"¡Beckett!", gritó de nuevo mientras se apresuraba a pasar junto a él.

Beckett se puso delante de ella e intentó bloquearle el paso con la mano libre. Ella la apartó de un manotazo.

"Suzan, este maldito tipo rompió..."

"Quítate de en medio", espetó Suzan. Beckett, confuso ahora, se apartó a regañadientes, pero no aflojó la empuñadura del cuchillo.

¿Qué coño está pasando aquí?

"Este es Brent", dijo Suzan mientras se agachaba.

Durante toda la interacción, el hombre de la silla, que llevaba la cabeza rapada y tenía ojeras, no dijo nada en absoluto. Tenía un hilillo de sangre que le salía de una fosa nasal hasta la comisura de los labios, cortesía de una bofetada que le había propinado Beckett, pero desde que había entrado en la casa no había dicho más de dos palabras.

"¿Conoces a este hombre?" Beckett preguntó.

"Este es mi amigo, Brent Taylor", dijo Suzan, disipándose su propia ira. Antes de que Beckett pudiera orientarse y averiguar qué demonios estaba pasando exactamente, Suzan se agachó detrás del hombre y empezó a desatar el cable del teléfono que Beckett había utilizado para atarlo a la silla. "Te dije que iba a venir alguien y que podría quedarse con nosotros un tiempo".

Beckett se quedó boquiabierta.

A su mente exhausta le costaba asimilar el hecho de que Suzan

conociera a este hombre... a este "Brent Taylor". Y que ella pensara que él podía quedarse con ellos.

"¿Qué coño está pasando aquí, Suze?"

Suzan consiguió finalmente desatar al hombre y éste se puso en pie. Mientras Brent se frotaba las muñecas, enrojecidas y en carne viva, Beckett sintió que todos los músculos de su cuerpo se tensaban y se preparaba para atacar si aquel hombre intentaba algo.

Amiga de Suzan o no, Beckett no estaba de humor para dejarse aporrear por un joven macarra vestido con harapos.

"¿Por qué no vuelves a sentarte?", sugirió Beckett. Giró ligeramente la muñeca al decir esto, haciendo que la luz se reflejara en la hoja que llevaba en la mano.

"Guarda el cuchillo, Beckett. Te lo dije, es un amigo. Pensé que tal vez podría quedarse con nosotros unos días".

Beckett no escuchó, simplemente miró de Suzan a Brent y viceversa.

"Suzan, este maldito tipo irrumpió en mi casa. Me estaba espiando".

Suzan miró a Brent, que, increíblemente, aún no había dicho nada.

"¿Eres un maldito mudo? ¿Por qué no dices nada? ¿Por qué coño has entrado en mi casa?"

Brent desvió la mirada y bajó la barbilla hasta el pecho.

Suzan, con los ojos encendidos, se abalanzó sobre Beckett, lo agarró del brazo y tiró de él hacia la cocina. Beckett se dejó llevar, pero no apartó los ojos de Brent ni un segundo.

"Beckett, ¿lo ataste? ¿Ataste a Brent y le pusiste un cuchillo en la garganta?"

Beckett apartó finalmente la mirada de Brent y se volvió hacia Suzan.

"¿Qué demonios, Suzan? Llego a casa después de un largo día de trabajo y me encuentro con que este gilipollas ha entrado en mi casa. ¿Qué demonios querías que hiciera? ¿Dejar que se me acercara a hurtadillas?"

"Intenté mandarte un mensaje... y llamarte para avisarte, pero tu maldito teléfono estaba apagado. Brent... no está... no está bien, Beckett".

Beckett levantó los ojos para mirar de nuevo a Brent.

"No me digas. ¿Qué le pasa?"

"Él... mira, le conocí en el instituto. Entonces era normal. Pero algo pasó... dicen que se cayó de la bicicleta, pero su padre era un gilipollas de grado A y no me extrañaría que le hubiera dado una paliza. Después de eso -Suzan se inclinó hacia él y continuó en voz baja-, era diferente, lento. No pasó mucho tiempo antes de que la gente empezara a aprovecharse de él. Entonces, hace dos años, me enteré por otros amigos de que Brent iba a ir a la cárcel por traficar con drogas. No lo hizo... alguien le engañó, Beckett. Como dije, era un buen chico. Salió ayer, y pensé que podría ayudarle. Pero no podía ir con mi madre, no con el recién nacido y lo que pasó con Drake".

Beckett apenas podía creer lo que estaba oyendo.

¿"Drake"? ¿Estás preocupado por Drake? Con todo lo que está pasando en el hospital, con los gilipollas de Asuntos Internos, ¿pensaste que traerlo aquí era una buena idea? ¿Crees que necesito tener a un fugitivo en mi casa ahora mismo?"

Suzan negó con la cabeza.

"No es un fugitivo, Beckett. Cumplió su condena y está en libertad condicional. Pensé que podría quedarse con nosotros por un tiempo. Quería preguntarte, pero..."

Beckett volvió a mirar a Brent, cuyos ojos se posaron de nuevo en sus gastadas zapatillas de correr.

"De ninguna manera", dijo Beckett. No importaba cuáles fueran los problemas de Brent y lo unido que estuviera a Suzan, no había ninguna posibilidad de que dejara que el chico se quedara en su casa. No después de que se hubiera arrastrado por la ventana, no después de lo sucedido en Virgen Gorda, no después de lo sucedido con Winston Trent y, definitivamente, no después de recibir en su escritorio putos órganos al azar con notas crípticas.

Suzan le miró durante diez segundos antes de contestar.

"¿En serio? Beckett, necesita ayuda".

"Claro que sí. Pero no soy el hombre adecuado para ayudarle. Lo siento, Suzan, pero no puede quedarse aquí". De repente se le ocurrió una idea. "Pero hay un lugar donde *puede* quedarse. Hay un sitio, el... *uhh*... New York Revitalized Life, que ayuda a gente como él a recuperarse. No está muy lejos de aquí, y sé que puedo conseguirle una plaza".

Suzan se quedó boquiabierta.

"¿Un puto centro de reinserción social? A ver si lo entiendo: ¿quieres que vaya a un sitio lleno de ex convictos que sólo van a volver a manipularle? ¿Que lo arresten y lo vuelvan a meter en la

cárcel? ¿Es eso lo que propones?".

Beckett sintió que su ira aumentaba.

"Trato de ayudarlo, Suzan, pero como dije, no se quedará aquí".

Suzan apretó los labios con fuerza y luego se acercó a Brent y enganchó un brazo entre los suyos.

"Bueno, si él se va, entonces yo me voy con él. Porque si él no puede quedarse, entonces yo tampoco".

Beckett observó el rostro de Suzan en busca de algún indicio de que pudiera estar fanfarroneando.

No lo estaba.

Pero Beckett no estaba de humor para negociar.

"De acuerdo. Ve con él, pero no llegues tarde a clase mañana".

La puya era intencionada; Suzan odiaba que la tratara como a su TA y no como a su novia.

Condujo a Brent hasta la puerta y la abrió. Luego miró hacia atrás, dando claramente a Beckett la oportunidad de cambiar de opinión, antes de cerrarla tras ellos.

"¡Joder!" Beckett maldijo. "¿Qué coño acaba de pasar?"

Capítulo 21

Beckett se cernía sobre los cadáveres, con un bisturí reluciente en la mano. Llevaba su bata azul y una máscara blanca que le cubría la nariz y la boca. Ambas estaban manchadas de sangre. Se acercó al primer cadáver, un hombre de unos 30 años cuyo cuerpo estaba en relativamente buen estado.

Su cabeza no lo estaba.

El cráneo del hombre estaba hundido hacia dentro y su cara aplastada como si estuviera hecha de plastilina. Pero a Beckett no le preocupaba nada de esto.

Utilizó el bisturí y practicó una rápida incisión en Y y luego, con las manos enterradas en gruesos guantes de goma negra, separó la piel del pecho del hombre. Luego cogió la Sawzall de la mesa de al lado y empezó a cortar la caja torácica del hombre. La habitación se llenó de repente con el sonido de una cuchilla zumbando junto con un agudo quejido cuando Beckett cortó las costillas adyacentes al esternón.

Con un gruñido, Beckett agarró ambos lados de la caja torácica y los abrió como si fueran huesos de pavo.

Tras cambiar la Sawzall por su fiel bisturí, se dispuso a cortar primero la cavidad torácica y luego la pericárdica. Una vez expuesto el corazón, seccionó con cuidado la aorta, la arteria pulmonar y la vena cava superior. Tras deslizar la cuchilla por detrás del corazón para cortar todo el tejido conjuntivo restante, Beckett introdujo la mano en el cuerpo y extrajo el corazón del hombre.

Inexplicablemente, aún estaba caliente en su mano enguantada.

Beckett colocó el corazón en una bolsa de plástico de riesgo biológico y luego colocó el paquete sobre el hielo seco que casi llenaba la nevera de trasplantes de órganos.

Satisfecho, pasó al siguiente cadáver, el de Donnie DiMarco. A diferencia de Craig Sloan, la cara de este hombre estaba intacta, pero tenía los rasgos característicos de un hombre ahogado: ojos hundidos, labios azules, carne pálida.

Beckett repitió el proceso con este hombre, pero en lugar de extirparle sólo el corazón, le extirpó también el hígado.

El siguiente cadáver pertenecía a Ray Reynolds y, tendido a su lado estaba, el armatoste blanco: Bob Bumacher.

Les extrajo el corazón a ambos antes de pasar a los dos últimos cadáveres: Boris Brackovich, cuyo cuello estaba hecho jirones, y, por último, Winston Trent, cuya única señal de la tortura que había soportado eran unos pequeños cortes en las muñecas.

Les extrajo el corazón y el hígado y los colocó en el refrigerador de trasplantes de órganos.

Cuando terminó, Beckett suspiró y se secó el sudor de la frente mientras observaba su obra.

Seis hombres malos que habían hecho cosas malas y habrían seguido haciéndolas si Beckett no hubiera intervenido.

A veces incluso un médico tenía que quitar una vida para salvar otra.

O seis.

Beckett estaba a punto de dejar el bisturí cuando oyó un ruido detrás de él y se dio la vuelta.

Era Suzan y le miraba fijamente, con los ojos muy abiertos.

"¿Qué has hecho? Beckett, ¿qué demonios has hecho?"

Capítulo 22

Beckett se despertó empapado en sudor. Un peso le oprimía el pecho y apenas podía respirar.

Medio esperaba que fuera Brent Taylor el que estaba sentado encima de él y miró a su izquierda buscando la ayuda de Suzan.

Pero ninguno de los dos estaba en la habitación con él; estaba solo.

Con un suspiro, Beckett consiguió inflar completamente los pulmones. Y con ello, retazos de su sueño volvieron a su mente. Eran incompletos, sólo destellos de sangre, de la hoja de un bisturí, de una sierra para huesos, pero eran suficientes.

Beckett levantó el brazo derecho y pasó los dedos de la mano izquierda por los tatuajes que marcaban sus costillas.

Mientras lo hacía, murmuró los nombres de los que se había llevado.

"*Craig Sloan... Donnie DiMarco... Ray Reynolds... Bob Bumacher... Boris Brackovich... Winston Trent...*"

Lo hizo varias veces hasta que su respiración volvió a la normalidad.

Sólo entonces miró el reloj y se sorprendió al ver que eran casi las seis de la mañana.

A pesar de la horrible pesadilla, había conseguido dormir toda la noche, lo cual era una anomalía en él. Beckett se quitó la sábana sudada del cuerpo y se levantó. Con un gruñido, se dirigió lentamente al cuarto de baño y se miró en el espejo.

Esto se estaba convirtiendo en un hábito para él, una especie de introspección tangible que era relativamente nueva. Evidentemente, acabar con la vida de seis personas, criaturas asesinas y despreciables, te cambia en más de un sentido.

Beckett se sorprendió al ver su propio reflejo. No era su pelo enmarañado, ni sus mejillas pálidas, ni siquiera las ojeras lo que le hacía dudar; eran sus ojos. Normalmente de un azul vibrante, parecían más pálidos de lo habitual.

Más pálido y más vacío.

"Te estás poniendo melodramático", murmuró en voz baja.

Sé lo que eres... Sé lo que hiciste...

Por alguna razón, cuando las palabras de los trozos de papel amarillo resonaban en su cabeza, lo hacían con la voz de Suzan.

Beckett se duchó rápidamente y luego se preparó una cafetera. Tras apartar de su mente la debacle de Brent Taylor, pensó en lo que había descubierto ayer, que las bolsas procedían de la Unidad de Trasplantes McEwing y que los órganos pertenecían a un varón joven.

No era mucho, pero era algo. E incluso de niña, Beckett había sido buena resolviendo rompecabezas. Normalmente, sin embargo, las apuestas no eran tan altas.

***

"Buenos días, Delores", dijo Beckett al pasar por delante de su mesa.

La mujer levantó la vista cuando él se acercó, con cara de sorpresa.

"Un poco temprano para usted, ¿no es así, Dr. Campbell?"

En eso no se equivocaba. Típico madrugador, últimamente, dado su sueño irregular, Beckett había tenido el impulso de salir de su casa tan pronto como pudiera.

"Qué puedo decir, las malditas chinches me tuvieron despierto toda la noche", dijo, pero no había humor en su voz.

A pesar de todo, Delores sonrió.

"Oye, ¿has visto a Suzan aquí antes? Tengo clase dentro de media hora y esperaba que pudiera sustituirme para recuperar el sueño."

Delores negó con la cabeza.

"Lo siento, Dr. Campbell. Acabo de llegar hace veinte minutos y es usted la primera persona que veo. Además del Dr. Hollenbeck, por supuesto".

Beckett asintió. El doctor Hollenbeck, director del departamento de patología, tenía trescientos años si era un día, estaba al borde de la senilidad y pasaba cada momento que estaba despierto en el hospital.

Quizá puso los órganos en mi mesa. Quizá el doctor Hollenbeck esté pluriempleado como bata blanca en la unidad de trasplantes de órganos, pensó Beckett. *Y quizá, sólo quizá, se confundió y extrajo un corazón cuando se suponía que tenía que sacar el bazo y confundió mi despacho con el laboratorio.*

Era improbable, pero no imposible: el hombre tenía cataratas tan

gruesas como tapas de alcantarilla.

"Gracias", refunfuñó Beckett, sacudiendo la cabeza. "Si ves a Suzan, por favor, dile que venga a mi despacho".

Con eso, Beckett se apresuró hacia su despacho, al final del pasillo. Más tarde se dio cuenta de que no tenía que abrir la puerta.

Maletín en mano, entró en la habitación y se quedó inmóvil.

Allí, sobre su escritorio, había una simple caja de cartón.

El corazón de Beckett empezó a latir a tres tiempos y sintió como si su diafragma hubiera estado conectado a un cable con corriente.

Por favor, no seas otro, por favor, no seas otro, por favor, no seas otro...

Pero cuando Beckett se dirigió al frente de su escritorio, supo que la deidad que lo presidía no había respondido a sus súplicas.

Su corazón acelerado cayó en la boca de su estómago.

"Joder", susurró, mirando fijamente su nombre escrito en la parte superior de la caja.

Y entonces gritó la palabra. Antes de salir enfadado del despacho y volver con Delores, tiró su bolso contra la silla con tanta fuerza que casi se cae.

Ahora le hervía la sangre y, aunque Beckett sabía que estaba a punto de perder el control, no podía hacer nada para evitarlo.

Alguien le estaba jodiendo, jugando con él, practicando un juego sádico con la vida de los demás.

Alguien que sabía lo que había hecho, que sabía lo que era.

"¡Delores!", gritó. "¡Delores! ¿Quién coño estaba en mi despacho?"

Capítulo 23

"Yo... yo... no lo sé", balbuceó Delores. Parecía asustada, una expresión que Beckett no había visto antes en su rostro jovial.

Y, sin embargo, no pudo contener su rabia.

"Alguien estuvo en mi oficina", ladró. "Y quiero saber quién fue".

Delores se quedó mirándole, con los ojos parpadeando, la boca abriéndose y cerrándose como un guppy, pero no dijo nada.

"¿Hay cámaras en mi despacho?"

Cuando Delores volvió a parpadear, Beckett se inclinó sobre su escritorio.

"¿Pregunté si había cámaras en mi oficina?"

"No, no... no lo creo", consiguió decir por fin la secretaria.

Beckett rechinó los dientes con frustración y volvió los ojos hacia el cielo. Buscó una cámara en el techo abatible y finalmente vio un pequeño globo oscuro en la entrada del pasillo.

"Ahí", espetó Beckett. "Justo ahí. Eso es una puta cámara".

Más ojos parpadeantes y labios fruncidos.

"¿Puedes llamar a alguien? ¿Puedes llamar a alguien y conseguirme imágenes de esa cámara?"

"No sé si..."

"*¡Llama a alguien, joder!*" Beckett gritó.

Delores retrocedió y Beckett, aún humeante, regresó a su despacho y desgarró la caja de cartón. Una parte de él aún esperaba que *no fuera* otro órgano, pero cuando vio la bolsa de vinilo blanco...

"Maldita sea", dijo mientras abría la bolsa. Dentro había otro corazón.

Tres corazones, tres muertos.

Beckett intentó tragar, pero de repente tenía la garganta demasiado seca.

Víctimas: tres corazones, tres víctimas.

Se sacudió el pensamiento. No había pruebas de que fueran víctimas... *todavía*.

Beckett encontró la nota amarilla correspondiente pegada entre la caja de cartón y la nevera y la sacó.

Vayas donde vayas, ve con todo tu corazón, decía.

Frustrado por aquel dicho sin sentido, Beckett lo hizo bola y lo tiró a la basura.

Esta vez ni siquiera se molestó en buscar un mensaje oculto.

¿De dónde vienen estos malditos órganos?

Los ojos de Beckett se posaron en el corazón rosa pálido de la bolsa transparente de riesgo biológico mientras contemplaba qué hacer a continuación.

Llamar a la policía y denunciar los órganos estaba descartado: tanto si los corazones procedían de la chatarra como de personas vivas, quienquiera que los enviara sabía demasiado sobre Beckett.

Debatió si llamar de nuevo al tipo del laboratorio, pero la última vez que habían hablado, el hombre había sonado sospechoso, y con razón.

Sus pensamientos volvieron de repente a la razón más común por la que la unidad de trasplantes recibía órganos de jóvenes en primer lugar.

Quizá pueda *llamar a la policía, pero no para hablarles de los órganos,* pensó Beckett. *Quizá pueda hacerles una pregunta.*

Beckett sacó el móvil del bolsillo, sabiendo que por muy discreto que fuera, lo más probable era que la llamada volviera a atormentarle. Sobre todo teniendo en cuenta su relación con Damien Drake y los problemas a los que se enfrentaba.

Pero se estaba quedando sin opciones. Cuanto más tardara en averiguar de dónde procedían esos órganos y quién los enviaba, mayor sería el número de cadáveres.

Sin embargo, había una persona en la policía de Nueva York, alguien con quien había trabajado en el pasado y en quien pensaba que aún podía confiar.

Beckett recorrió sus contactos hasta dar con el nombre que buscaba. Tras una breve vacilación, pulsó marcar.

El teléfono sonó varias veces antes de que contestara una voz masculina.

"Detective Dunbar."

"Dunbar, soy Beckett... Beckett Campbell", respondió dubitativo.

"¡Beckett! ¿Qué tal estás? ¿Qué tal las vacaciones?"

Beckett cerró los ojos y una imagen del cuerpo de Donnie DiMarco flotando bajo la superficie del agua, con los ojos muy abiertos y la boca floja, llenó su mente.

"Fue... *agitado*. ¿Cómo lo llevas?"

Dunbar hizo una pausa y cuando volvió a hablar su tono se había vuelto menos entusiasta.

"Ehhh, vale, supongo. Estresado, lidiando con esta mierda de Drake. Ha sido-bueno, supongo que sabes cómo ha sido, dado que es tu amigo. Sólo... sólo estoy agotada."

En realidad, Beckett no sabía cómo era. De hecho, después de lo que había pasado con Ray Reynolds y la Iglesia de la Liberación, sobre todo cuando Beckett perdió el dedo y estuvo a punto de morir envenenado por etanol, había intentado distanciarse de Drake. Pero había tenido que volver a ocuparse de Bob Bumacher y Boris Brackovich, ambos implicados en una red de tráfico de personas y esclavitud sexual.

Quería a Drake como a un hermano, pero dada su nueva... *afición*... Beckett tuvo que cortar lazos con aquel hombre; la mala suerte y las malas noticias le seguían como la peste. Drake era como el Rey Midas de la escatología; en lugar de convertirlo todo en oro, todo lo que tocaba se convertía en mierda.

"Pero basta de hablar de mí", continuó Dunbar, "¿Qué pasa, Beckett?".

Beckett se mordió el interior del labio y eligió sus palabras con cuidado.

"Como probablemente habrán oído, hace poco se inauguró la nueva Unidad de Trasplantes McEwing, de cuyo consejo de administración formo parte. Estábamos hablando de la discrepancia entre nuestros registros de jóvenes que deciden ser donantes de órganos, la tasa de accidentes de tráfico y el número de órganos que realmente recibimos. Me pregunto si sus pegatinas no se estarán despegando accidentalmente de sus carnés de conducir".

Beckett se encogió de hombros; era una forma horrible y tortuosa de llegar a lo que realmente quería saber. Y también era bastante estúpido.

"Bueno, *uhh*, no estoy seguro de si puedo ayudarte en eso. Soy detective de homicidios, Beckett."

"Sí, lo sé, es que... me estoy agarrando a un clavo ardiendo,

Dunbar. Me gustaría ver una de las licencias de un joven que murió en un accidente de coche sólo para estar seguro. ¿Sabes de algún accidente de coche que haya ocurrido últimamente, específicamente de varones entre 18 y 35 años?"

Beckett cerró los ojos y sacudió la cabeza.

Concretamente... imbécil.

"Uhh, puedo comprobarlo si quieres. Hacer una llamada o dos. ¿Eso es todo? ¿Por eso llamaste?"

"Eso es. Sé que es una petición extraña, pero no estaba seguro de a quién acudir, dada mi conexión con Drake y sus actuales... *problemas*. Ah, y si tienes alguna marca en la piel o erupciones antiestéticas que quieras que examine, soy tu hombre. ¡Patología gratis para ti y tu equipo!"

Dunbar soltó una risita y Beckett respiró aliviada.

"De acuerdo, si descubro alguna verruga plantar, vendré a verte. Cuídate, Beckett. Estaré en contacto."

"Sí, tú también".

Al terminar la llamada, Beckett se quedó mirando el teléfono un momento antes de guardárselo en el bolsillo.

Luego se frotó los ojos y miró el horario que Suzan había pegado en su escritorio.

La clase empezaba en diez minutos y, aunque probablemente era el último lugar en el que Beckett quería estar ahora mismo, había una persona a la que necesitaba ver.

Tenía varias preguntas concretas para uno de los nuevos residentes, cuyo nombre coincidía casualmente con el de la nueva unidad de trasplantes.

Capítulo 24

De camino a clase, Beckett llamó a Suzan dos veces, dejando un mensaje la segunda. Sabía que su tono había parecido de disculpa, pero no llegó a disculparse de verdad.

Después de todo, lento o no, Brent Taylor *había* entrado en su casa y se había acercado sigilosamente. El joven tuvo suerte de que sólo le sangrara la nariz.

Otros habían recibido cosas mucho peores.

Aunque Suzan no había respondido a ninguna de sus llamadas, Beckett se sintió decepcionado al comprobar que no estaba en el aula con los residentes cuando él entró.

"Buenos días", refunfuñó. Varios de los residentes le respondieron con sus propios buenos días, pero Beckett los ignoró.

Sólo estaba aquí por una razón y sólo una razón: Grant McEwing. Todo lo demás que iba a hacer y decir era parte de una farsa.

Si Grant era quien le enviaba los órganos, jugando a este juego sádico, entonces Beckett le seguiría el juego, por el momento.

Pero cuando todo acabara, sería él quien llevaría la voz cantante.

Con una amplia sonrisa, levantó un montón de papeles.

"¡Hora de la prueba!", exclamó.

Casi de inmediato, las sonrisas se borraron de los rostros de los residentes y las manos se alzaron en el aire.

"Baja las manos, esto no es el Tercer Reich. Además, ya sé lo que vas a decir: *oh*, doctor Campbell, ayer nos dijo que esta residencia era diferente, que no iba a haber exámenes, bla, bla, bla. Pero esto es lo que hay: aunque yo no creo en esa mierda, el departamento y el jefe de departamento, el doctor Hollenbeck, están atrapados en la Era Jurásica. Así que esto de aquí -agitó la pila de páginas que tenía en la mano- es el examen teórico final de R-1. Y lo vas a hacer. Y lo harás hoy".

Era un terreno nuevo, incluso para él. Si bien es cierto que detestaba la estructura tradicional de las pruebas, el departamento decretó que todos los residentes debían aprobar los exámenes teóricos y prácticos finales para pasar al segundo año.

Aun así, nada decía que Beckett no pudiera *ayudarles* en su camino.

Bueno, en realidad, lo había. Beckett simplemente decidió ignorar este hecho, como hizo con la mayoría de las tonterías burocráticas y arcaicas que formaban parte integrante de una institución educativa.

"¿El final?", jadeó una de las dos mujeres de la clase, María, o María, o algo así. "¿Cómo vamos a hacer el final? Ni siquiera hemos estudiado!"

Beckett se encogió de hombros.

"Es mejor quitárselo de en medio para poder aprender algo de verdad. ¿Te pareció interesante lo de ayer? ¿Inteligente? Dios no lo quiera, ¿aprendiste realmente algo de valor?".

Varios residentes asintieron, gesto que Beckett imitó.

"Muy bien, veo que tenemos un par de halcones gallináceos en la sala. Bueno, lo de ayer fue sólo una muestra de lo que van a ser las clases este año. Y, si prestasteis atención, deberíais ser capaces de responder a todas y cada una de las muy básicas, y muy aburridas, preguntas del examen."

Margo empezó a protestar de nuevo, pero Beckett negó con la cabeza.

"Si no te gusta, ve a ver al Dr. Hollenbeck, llévale zumo de ciruelas y Metamucil. El problema es que soy titular, así que no hay mucho que él pueda hacer al respecto. Lo más probable es que te traslade a -Dios no lo quiera- otro de los profesores de patología forense." Beckett se estremeció. "Así que escribe el maldito examen, *por* favor. Confiad en mí, estoy seguro de que lo haréis bien. De hecho, *se lo aseguro*".

A continuación, repartió las pruebas y se sentó en su escritorio. Tras comprobar que todos los residentes empezaban a garabatear a regañadientes las hojas de papel que tenían delante, Beckett encendió el ordenador.

Se sorprendió al ver que le esperaba un correo electrónico del chico del laboratorio.

A Beckett no le gustaban los correos electrónicos. Tampoco le gustaban los mensajes de texto; prefería las llamadas telefónicas. Puedes rastrear un correo electrónico, había un registro de un texto, pero las llamadas telefónicas... no hay forma de saber lo que realmente ocurrió durante la llamada.

Afortunadamente, este correo electrónico era bastante sencillo.

Puedo confirmar que el primer hígado y el corazón procedían del mismo individuo. Además, alguien vino a recuperar el hígado. Alguien de la unidad de trasplantes dijo que encontraron una coincidencia.

El bastardo descarado incluso firmó como el Lab Guy.

¿Alguien vino a buscar el hígado? ¿El Dr. Singh, tal vez? ¿O ese tipo con dedos de ensalada, Sir England?

Beckett se planteó volver a escribir para aclararlo, pero decidió no hacerlo. No hay rastro de papel en este caso.

En lugar de eso, se levantó y salió al pasillo. Era consciente de que los residentes le miraban fijamente, pero no le importaba. Le importaba una mierda si copiaban en los exámenes, aunque no creía que lo hicieran. Le preocupaban más sus habilidades para resolver problemas que su capacidad para regurgitar datos inútiles que uno podría buscar en Internet en cuestión de segundos.

Una vez en el pasillo, sacó el móvil y empezó a marcar el número del tipo del laboratorio.

Quería saber quién había recogido el órgano y cómo era posible que hubiera coincidencia, dado que no estaba en el sistema UNOS ni en ningún otro.

Pero Beckett dudó. Llamar y preguntar sólo haría sospechar aún más al tipo del laboratorio. Tal vez lo suficiente como para empezar a hacer sus propias preguntas...

Sus pensamientos se dirigieron a la secretaria de la unidad de trasplantes, la que le había despreciado por intentar sobornarla.

Puedo preguntarle en persona, tal vez ofrecerle una galletita para que mantenga la boca cerrada.

Justo cuando Beckett volvía a guardar el teléfono en el bolsillo, vio que alguien se acercaba por su periferia.

Suzan.

El primer instinto de Beckett fue hacer una broma, quitarle importancia a la situación como solía hacer, pero decidió no hacerlo. Algo le decía que si hacía una broma ahora, probablemente al final del día le faltaría algo más que una parte del dedo.

Un apéndice de forma similar, tal vez, pero no un dedo.

"Suzan, lo siento. Sólo estaba..."

"Ahórratelo", espetó. "Brent se ha ido."

"¿Qué? ¿Cómo que *se ha ido*?"

Suzan frunció el ceño.

"Anoche le ingresé en el centro de reinserción social que me sugeriste, pero cuando esta mañana fui a llevarle a desayunar, se

había ido... y nadie quiso decirme adónde había ido".

Capítulo 25

"Ya está, dejad los lápices", dijo Beckett al entrar en el aula, esta vez con Suzan a cuestas.

Varios de los residentes le miraron como si estuviera bromeando, pero Beckett desechó rápidamente esa idea.

"Lo digo en serio. La prueba ha terminado."

Beckett escrutó sus rostros, esperando, deseando que alguno de ellos dijera que aún tenían más tiempo. Afortunadamente, nadie lo hizo, ni siquiera Margaret. Esto era inesperado, pero lo más sorprendente era Grant McEwing. El hombre estaba cómodamente sentado en su silla, con el cuaderno de pruebas cerrado delante de él y los dedos entrelazados encima.

"Suzan va a venir a recoger los exámenes, eso es todo por hoy. Lo sé, lo sé; ayer despedazasteis cadáveres durante unas horas y hoy habéis escrito el examen final. Te aseguro que la carga de trabajo aumentará con el tiempo; empezamos despacio, pero todo irá a más. Y aunque mis métodos pueden ser poco convencionales, casi todos mis residentes han ocupado puestos de prestigio -varios de ellos como jefes de departamento nada más acabar la residencia- en todo el país. Así que, quédate conmigo y serás recompensado".

A estas alturas, a pesar de su discurso, Beckett estaba casi seguro de que al menos uno de ellos se quejaría al doctor Hollenbeck, pero le importaba una mierda.

Al fin y al cabo, era titular y era tan probable que el bastardo senil se olvidara de la queja en cuanto el residente saliera de la habitación como que actuara en consecuencia.

Y, además, Beckett tenía cosas más importantes en las que pensar ahora.

Como averiguar de dónde venían los malditos órganos y qué le había pasado a Brent Taylor. Claro, el hombre había entrado en su casa, pero *era* amigo de Suzan. Y si ella estaba tan destrozada por él, entonces era el deber de Beckett ayudarla... ¿no?

Exhaló ruidosamente, lo que llamó la atención de un residente varón que pasaba por delante.

"¿Dr. Campbell?", preguntó con voz tentativa el hombre de rasgos altivos. Beckett esperó a que continuara y finalmente lo hizo. "¿Puedo

preguntarle algo?"

La respuesta de Beckett fue inmediata.

"No."

"Pero yo sólo..."

"He dicho que no. Ahora no es un buen momento".

Suzan, que estaba apilando las pruebas, le lanzó una mirada y Beckett se arrepintió inmediatamente de su respuesta.

Aunque sus métodos eran poco convencionales, Beckett siempre se preocupaba por los intereses de los residentes. Y aunque le gustaba reírse de ellos, tomarles el pelo, sus acciones no eran crueles, sino que tenían un propósito: principalmente, desafiarles a ellos y a sus suposiciones para generar un patólogo forense mejor y más capaz.

Pero últimamente... sólo había sido malo.

Beckett abrió la boca para volver a llamar al hombre, pero éste ya había salido de la habitación.

"¿Qué te pasa?" preguntó Suzan ahora que estaban solos. Beckett bajó los ojos hacia el dedo que le faltaba en la mano derecha y se frotó distraídamente la carne entumecida. "Desde... desde lo de Virgin Gorda, actúas de forma diferente. Tú no eres así, Beckett. Nadie te acusaría de ser el tipo más compasivo o empático de la sala, pero ayer rechazaste a Brent sin siquiera discutirlo. No te lo habría traído si pensara que ibas a hacer eso".

Beckett suspiró y se frotó los ojos. No se sentía muy bien por lo que había ocurrido con Brent, a pesar de que el hombre había irrumpido en su casa, pero tenía cosas más urgentes en la cabeza.

"Hubo otra entrega", dijo, sin levantar la vista. "Otro corazón."

Suzan retrocedió.

"¿Qué? Beckett... tienes que decírselo a alguien. Hay algo... esto no está bien".

Beckett levantó los ojos.

"Lo hice, *te* lo dije".

Suzan levantó las manos.

"La policía, Beckett; tienes que llamar a la policía. ¿No puedes ser serio, sólo por una vez?"

"*Hablo* en serio, Suzan. Y no puedo llamar a la policía, *ya sabes* por qué. Apuesto a que es uno de esos gilipollas que aspiran a mi puesto el que está enviando los órganos. Están esperando a que vaya a la

policía, para alertar a Asuntos Internos. Esta vez, AI no sólo "sugerirá" que me vaya de vacaciones, sino que lo hará permanente. Incluso podrían reabrir todo el asunto de Craig Sloan. Voy a tener que resolver esto yo solo".

Yo sola... las palabras fueron involuntarias, pero picaron a Suzan igualmente.

"Tú mismo", ¿eh? Entonces, ¿qué soy? ¿Sólo un AT? ¿Sólo un puto asalariado?"

Ella era más que eso para Beckett, mucho más. Pero Beckett no podía quitarse de la cabeza que, si iba a caer por las cosas que había hecho, ella caería con él. Era más que eso, también; cada vez que ella veía sus tatuajes, él se sentía culpable. No tanto por las vidas de los hombres que había arrebatado, sino como un recordatorio de que le estaba mintiendo.

Que no podía ser él mismo cerca de ella, su *verdadero* yo. Y una cosa que Beckett valoraba por encima de casi todo lo demás, era ser honesto.

"Supongo que sí", dijo. Y le dio los exámenes. "A ver si puedes marcarlos para el final del día".

El dolor en la cara de Suzan era casi más de lo que podía soportar, y era todo lo que podía hacer para mantenerse firme. Era hora de empezar a distanciarse de ella, Beckett lo sabía.

Suzan abrió la boca y parecía a punto de decir algo, pero entonces se le cerró la mandíbula. Cogió las pruebas, se las metió bajo el brazo y se marchó.

"Joder", gimió Beckett cuando por fin se quedó solo. Lo último que quería era hacerle daño a Suzan, pero un poco de daño ahora era mejor que mucho daño después.

Con una fuerte exhalación, se levantó y estaba a punto de dirigirse a la puerta cuando su teléfono empezó a sonar.

"¿Qué?"

¿"Beckett"? Soy Dunbar. Investigué los accidentes de coche como me pediste".

Beckett volvió a sentarse.

"Lo siento, es que ya ha sido un día largo. ¿Qué has averiguado, Dunbar?"

"Es extraño, pero en la última semana no ha habido accidentes mortales con jóvenes implicados. Hubo un anciano que tuvo un

derrame cerebral mientras conducía y se estrelló contra un árbol. Pronunciado muerte cerebral en la escena por uno de sus chicos. Su cartera estaba todavía en la evidencia, y eché un vistazo - él era un donante de órganos, y la etiqueta era, *uhh*, pegado bastante bien. No estoy seguro si eso ayuda".

Beckett sintió que se le hundía el corazón.

Aunque sabía desde el principio que era poco probable que los órganos procedieran de cadáveres *-sé lo que eres, sé lo que hiciste-, esto* prácticamente lo selló todo.

"Sí, ayuda, Dunbar", respondió Beckett. "Gracias. De todas formas, me estaba agarrando a un clavo ardiendo. Cuídate".

Dunbar empezó a decir algo, pero Beckett ya había colgado el teléfono.

Suzan tenía razón, por supuesto; *tenía* que decírselo a alguien; o eso, o tenía que *hacer* algo al respecto.

Mataban a la gente, a *los jóvenes*.

Beckett optó por lo segundo.

Capítulo 26

"¿Ron? Soy Beckett".

"¿Dos veces en otros tantos días? O estás colada por mí o necesitas un favor".

"Bueno, mi tipo no suelen ser hombres de aspecto enfermizo con problemas con la bebida. Pero, ya me conoces, siempre estoy buscando una nueva experiencia", dijo Beckett. No estaba de humor para bromas, pero sabía que eso formaba parte del juego.

Hacía tiempo que se había dado cuenta de que una de las principales razones por las que Ron apreciaba tanto a Beckett era que el hombre vivía a través de él. No se trataba sólo del estilo de vida, sino también de la capacidad de Beckett para decir lo que quisiera a quien quisiera. Este fue uno de los factores atenuantes para empujar a Beckett hacia una disciplina que no requiriera interacción con los pacientes. Ron, en cambio, tenía una profesión de cara al público, que le obligaba a poner cara constantemente.

Por eso se ahogó en la bebida, concluyó también Beckett. Mantener dos personalidades distintas era una tarea agotadora.

"Y como sabes, tengo una relación estable con mi amigo Jack... Jack Daniels. ¿Qué puedo hacer por ti, Beckett?"

"¿Todavía tienes tus contactos en UNOS?"

"Sí, los dos jefazos de allí me deben un favor. Esos gilipollas intentaron colarle un hígado plagado de metástasis a un niño de 14 años. ¿Qué pasa?"

"Sólo me preguntaba si puedes indagar un poco por mí... a ver si puedes averiguar si ha aparecido un hígado extraviado en los últimos días. Bajo el radar, por supuesto."

Ron se aclaró la garganta antes de contestar.

"¿Apareció, hmm? Claro, preguntaré por ahí".

"Gracias, Ron. Te debo una copa... o seis".

***

El Lab Guy se reunió con Beckett fuera del edificio principal del

laboratorio. Vestido con una bata blanca, su aspecto confirmaba su apodo: llevaba gafas gruesas y el pelo grasiento recogido detrás de las orejas.

Beckett se dio cuenta de que también tartamudeaba un poco, pero en persona parecía más evidente que por teléfono.

"¿Dr. Campbell?"

Beckett se saltó las sutilezas; ya había jugado a ese juego con Ron y no le apetecía volver a hacerlo tan pronto.

"¿Quién recogió el hígado?" preguntó Beckett mientras seguía al hombre al laboratorio. Se aseguró de que la puerta se cerraba tras ellos y de que estaban solos antes de continuar. "¿Quién fue?"

El tipo del laboratorio se encogió de hombros.

"Ni idea. Entró y salió en un minuto. Dijo que te conocía, dijo que estaba bien. ¿Debería...?"

Beckett negó con la cabeza. Ya tenía a Ron en el caso.

"No, está bien. No te preocupes".

"Pero por qué..."

Beckett volvió a sacudir la cabeza, esta vez más deliberadamente.

"Por encima de tu nivel salarial".

"Todo está por encima de mi nivel salarial", murmuró Lab Guy.

Beckett puso una mano en el hombro del hombre.

"Hablando de eso, tengo un par de cosas más que necesito que hagas por mí. Con discreción, por supuesto."

La cara de Lab Guy se contorsionó.

"No estoy seguro..."

"No tengo ningún problema en escribir una carta de recomendación, por si surge otro puesto -digamos, jefe de laboratorio-. Puede que hayas oído algunos rumores sobre mí, pero una cosa es cierta: todavía tengo cierta influencia aquí".

El Lab Guy parecía a punto de decir algo, pero cerró la boca y asintió.

"¿Qué necesitas que haga?", dijo con un suspiro.

"Incinera el corazón. Finge que nunca lo viste".

"¿Qué? ¿Por qué?"

"Por encima de tu nivel salarial", repitió Beckett, colocando sobre la

mesa la nevera para donantes de órganos que había traído consigo. "Quiero que hagas unas pruebas genéticas a los otros dos corazones y luego te deshagas de ellos también".

Los ojos de Lab Guy se abrieron de forma tan espectacular que Beckett prácticamente pudo oír cómo se aplastaban contra sus gruesas gafas.

"¿Estás...? Espera, ¿estás...?"

"Encima..."

"-mi nivel salarial," Lab Guy terminó para él.

Beckett le dio una palmada en la espalda y sonrió.

"Y quién dice que un perro viejo no puede aprender trucos nuevos".

Capítulo 27

Beckett regresó a su despacho tras reunirse con Lab Guy, pero al acercarse sintió que se le retorcía un nudo en el estómago.

Delores estaba sentada frente a su escritorio, con la cabeza gacha mientras utilizaba el primer dedo de cada mano para picotear el teclado. Conocía a la mujer desde hacía casi cuatro años -a diferencia de muchos otros médicos, él había optado por no tener secretaria personal- y siempre habían mantenido una relación agradable, aunque superficial.

Hasta que estalló contra ella por algo que no era en absoluto culpa suya. Y, desde luego, *no era culpa* suya; al fin y al cabo, ella no era una portera. La gente era libre de caminar por los pasillos tanto como quisiera, y el hecho de que ella no hubiera visto quién había entregado los órganos no era de su incumbencia.

Tampoco era muy propio de él explotar en absoluto; Beckett lidiaba con el estrés principalmente haciendo bromas y burlándose de los demás. Pero desde el Virgin Gorda...

"¿Dr. Campbell?" dijo Delores, asomando la cabeza desde su ordenador. Beckett levantó los ojos y se sintió consternado al ver que había miedo real en el pálido rostro de la mujer. "He encontrado..."

Beckett detuvo a la mujer levantando un dedo.

"Delores, ¿quién es tu actor favorito?"

La mujer le miró con los ojos entrecerrados.

"¿Perdón?"

"¿Quién es tu actor favorito?" Beckett repitió.

"Yo... no sé... ¿quizás Tom Hardy?"

Beckett hizo una mueca.

"Bien, ¿quién es tu actor favorito de nivel B, entonces?"

Delores volvió a hacer una pausa. Estaba claramente confundida por esta línea de preguntas, pero no quería molestar a Beckett de nuevo.

"¿Chris Hemsworth?"

Beckett se preguntaba si Chris Hemsworth era o no un actor de serie B - era un A menos en el peor de los casos - pero aún así era algo

que pensaba que podría conseguir.

Aparcó esta información en su cerebro y luego cambió de tema.

"Buena elección. Ahora, ¿qué ibas a decirme?"

La confusión desapareció de la cara de Delores y volvió a ponerse seria.

"¿Recuerdas el vídeo que pediste? ¿El vídeo de seguridad? Le pedí un favor al señor mayor del mostrador de seguridad y conseguí una copia. Debería estar en tu correo electrónico".

Beckett sintió que su corazón se aceleraba. Parecía que llegaría al final de este morboso misterio más pronto que tarde.

Y, si era totalmente sincero consigo mismo, una pequeña parte de él estaba decepcionada; Beckett había esperado un reto mayor.

Sin embargo, la mayor parte de su ser, incluidas las puntas de los dedos que ahora hormigueaban, estaba innegablemente excitada. Habían pasado tres días desde que había acabado con el bastardo enfermo que era Wilson Trent y podía sentir que volvían las ganas de matar.

Se sentía como una botella de Pepsi de 2 litros que se agitaba lentamente y la presión del CO2 estaba a punto de alcanzar un punto álgido.

"Gracias", dijo Beckett poniendo el brazo sobre la mano de Delores durante un breve instante antes de retirarlo.

"Oh, ¿y el Dr. Campbell?"

Beckett se volvió para mirarla.

"¿Sí?"

"¿Un alumno suyo vino a hablar con usted? ¿Dijo que le esperabas? ¿Se parece a Jay Baruchel con la cabeza rapada?"

Beckett se rió entre dientes.

Hablando de actores de nivel B y C y D...

"Grant McEwing", dijo en voz baja.

Delores asintió.

"Sí, es él. ¿Está... está relacionado con la nueva ala de trasplantes?"

Beckett se detuvo un momento, reflexionando sobre la curiosa forma en que Delores había formulado su frase.

¿Cómo de profundos son los *lazos de Grant con la Unidad?* se pregunta Beckett. *Estuvo presente en la ceremonia de inauguración y Ron*

mencionó que la Fundación solía colocar a miembros de la familia en el Patronato.

Sin embargo, Beckett no recordaba haberlo visto nunca en ninguna de las reuniones del consejo de la unidad de trasplantes.

"¿Es pariente?" Beckett dijo al fin. "Sí, definitivamente lo es".

***

Beckett entró en su despacho sin dirigir siquiera una mirada a Grant. En lugar de eso, fingió no darse cuenta de la presencia del hombre y tomó asiento en su escritorio. Estaba ansioso por ver el vídeo que Delores le había enviado, pero juzgó que no sería una buena idea con Grant en la habitación. En lugar de eso, encendió el ordenador y confirmó que el correo electrónico estaba en la bandeja de entrada. Luego cogió la pila de exámenes que tenía sobre la mesa, los que Suzan había corregido en un tiempo récord, y los revolvió sin rumbo.

Grant se aclaró la garganta y Beckett alzó por fin los ojos. El hombre parecía cansado y le había empezado a crecer el pelo, que era irregular y hacía juego con el de las mejillas y la barbilla.

"¿Por qué le dijiste a Delores que te estaba esperando?" Beckett preguntó de repente.

Las comisuras de los labios de Grant se crisparon.

"Lo siento, pero me dio la impresión de que no me dejaría entrar de otro modo".

Beckett entrecerró los ojos y acercó lentamente la mano al cajón superior de su escritorio. Lo abrió varios centímetros, lo suficiente para que pudiera vislumbrar el bisturí en su periferia.

Grant se parecía mucho a Jay Baruchel, al menos en estatura física, y no le cabía duda de que, llegado el caso, Beckett podría con él.

Aun así, nunca se es *demasiado* precavido.

"¿En qué más has mentido, Grant?"

"¿Qué? ¿Nada? Sólo... tenía que hablar contigo. Lo siento..."

"¿Sabes quién soy?" Beckett intervino.

Grant retrocedió ligeramente.

"Sí, usted es el Dr. Campbell, el jefe del forense..."

"¿Sabes lo que hago?" Beckett espetó rápidamente.

De nuevo, un pequeño retroceso.

"YO-YO-"

"¿Te pregunté si sabías lo que hice?"

"S-sí. Eres Médico Forense del Estado de Nueva York. También..."

Beckett ya no escuchaba; miraba fijamente la cara del hombre y, más concretamente, sus ojos. Había mirado los ojos de Donnie DiMarco momentos antes de que resbalara bajo la superficie del agua, y había visto cómo se abrían de par en par los de Craig Sloan antes de ser golpeado por la roca.

Y a los demás... se había empeñado en mirarlos a los ojos antes de acabar con ellos.

Beckett era médico y pragmático. No creía en el alma ni en la vida después de la muerte, pero era innegable que algo faltaba en los ojos de todas sus víctimas. Algo difícil de expresar, pero tangible.

Algo aburrido, una planicie que sólo había presenciado un puñado de veces.

Era lo mismo que veía en sus propios ojos cuando se miraba en el espejo.

"Una última cosa, Grant: *vayas donde vayas, ve con todo tu corazón*", dijo Beckett, concentrándose en las pupilas del joven.

Capítulo 28

Grant sacudió la cabeza y parpadeó rápidamente varias veces.

"Yo-yo-yo no-yo sólo vine aquí a-"

"¿A qué, Grant?"

Grant suspiró de repente y sus hombros se hundieron. Cuando volvió a hablar, lo hizo con la cabeza inclinada.

"Tengo que decirte algo".

Beckett sonrió satisfecho y metió una mano en el cajón superior de su escritorio. Su mente empezó a trabajar, tratando de idear un escenario mediante el cual pudiera despachar a Grant sin que Delores hiciera preguntas.

No tiene que ser ahora, no tiene que ser aquí...

Los dedos de Beckett hormigueaban tanto ahora que casi temblaba.

"Adelante", dijo con una sonrisa.

Otro gran suspiro.

"Tengo... tengo este recuerdo", dijo Grant. La respuesta fue tan inesperada que Beckett retrocedió esta vez.

"¿Qué?"

"Tengo memoria eidética", los ojos de Grant se desviaron hacia las pruebas que Beckett aún tenía en la mano. "Quería decírtelo antes de que marcaras las pruebas, pero veo que ya están hechas".

Beckett estaba confuso. Había visto *algo* en los ojos del hombre, eso era seguro, y estaba a punto de actuar en consecuencia cuando Grant hizo un giro de 180 grados.

¿Una memoria eidética? ¿Qué coño?

"Si leo algo, lo recuerdo perfectamente", continuó Grant. "Me han acusado de hacer trampas demasiadas veces en el pasado... así que pensé en avisarte".

"Sé lo que es una memoria eidética. También sé que es extremadamente rara en adultos".

"Pregunta diecinueve", dijo Grant, mirando a un lado. "¿Cuáles son los factores de riesgo más comunes de disección aórtica aguda en jóvenes?".

Beckett no quería mirar el examen, pero al final se apoderó de ella la curiosidad. Efectivamente, la pregunta diecinueve era palabra por palabra tal y como Grant la había pronunciado.

"¿Y la respuesta?" Preguntó Beckett, con una ceja levantada.

"Síndrome de Marfan, válvulas aórticas bicúspides y mayores dimensiones aórticas", respondió Grant inmediatamente.

Beckett no necesitó mirar el test para esto; sabía que la respuesta era correcta.

"¿Y la pregunta cincuenta y cuatro?" preguntó Beckett.

De nuevo, Grant miró a un lado antes de responder.

"¿Qué estructuras son las más comúnmente afectadas por la enfermedad de Vogt-Koyanagi-Harada?".

Beckett confirmó que así era.

"Y el..."

Grant ni siquiera esperó a que terminara.

"Uveítis bilateral difusa".

¿Quién coño es este tío? se preguntó Beckett. *¿Doogie Howser?*

Era posible que Grant se las hubiera arreglado para obtener una copia de la prueba de antemano; después de todo, Beckett daba tan poca importancia a estas cosas que normalmente se limitaba a guardarlas localmente en su disco duro. Además, reciclaba los exámenes año tras año.

"Y esta memoria tuya... ¿sirve para todo?".

Grant negó con la cabeza.

"No. Sólo para temas relacionados con la medicina. Creo... creo que lo heredé de mi padre".

Capítulo 29

Beckett había pasado de planear la muerte de Grant en un momento a sentir auténtica curiosidad por el hombre en el siguiente. Pero eso no hizo más fácil frenar su impulso.

Y esto asustó a Beckett.

Claro, había visto los ojos del hombre... Grant tenía un secreto -*otro* secreto- del que Beckett estaba seguro.

Pero no fue suficiente. Ni *de lejos*.

¿Realmente iba a sacar el bisturí? se preguntó. *¿Realmente iba a matar a Grant aquí en mi oficina?*

La parte racional de su cerebro le dijo que eso era ridículo, que al igual que con Wilson Trent y los demás, necesitaba pruebas sólidas de que habían cometido un asesinato, necesitaba que ellos lo dijeran. Pero su cerebro de lagarto seguía ardiendo y sus dedos seguían sintiendo un cosquilleo feroz.

Cálmate, Beckett. Averigua si todo esto de la memoria eidética es un juego de manos, una pista falsa. No te precipites, sé calculador. Ten cuidado.

Tragó saliva con fuerza y entrelazó los dedos sobre el escritorio, apretándolos con fuerza.

"¿Por qué no me hablas de él?" Beckett comenzó, haciendo su mejor esfuerzo para dilatar. "¿Sobre tu padre, quiero decir?"

Grant se tomó su tiempo antes de contestar.

"Mi padre era un buen hombre y un cirujano aún mejor. Pero al crecer... no tenía mucho tiempo para nosotros. A menudo, cuando yo era joven, me dejaba solo en su despacho mientras él estaba fuera trabajando de espaldas en la residencia. No tenía otra cosa que hacer que mirar libros de medicina durante horas y horas. Pero enseguida me quedé sin material... Descubrí que bastaba con leer un libro una vez para recordarlo todo", Grant hizo una pausa. "Hablaba de ti, por cierto".

Esta última parte cogió a Beckett por sorpresa.

Había conocido a Peter McEwing en varias ocasiones; incluso había pasado un mes entero con él en una rotación durante su residencia. Pero de eso hacía más de una década. Parecía improbable que Peter se

acordara de él, a menos, claro, que compartiera el supuesto recuerdo de su hijo.

¿"Sí"? ¿Y qué dijo de mí, Grant? Todas cosas buenas, espero".

Grant se aclaró la garganta.

"Dijo... dijo que eras diferente. Que no eras como los demás, que no eras un médico egocéntrico que había sido forzado a la profesión por sus padres".

Beckett enarcó una ceja.

"¿Él dijo esto?"

Grant asintió.

"Él y un colega solían hablar de ti".

"La adulación te llevará... a todas partes. ¿Quién era el colega?"

Grant se encogió de hombros.

"No me acuerdo."

Beckett intentó mantener la compostura. Si Grant era realmente la persona responsable de colocar los órganos en su escritorio, estaba tejiendo un hilo muy intrincado para cubrir sus huellas.

Lo que había empezado como un intento de Beckett de interrogar a Grant, de averiguar si era como los demás, se había convertido en un asunto de ego sobre un cirujano veinte años mayor que él.

Y era condenadamente confuso... todo.

Pero eso no cambiaba el hecho de que Grant seguía conteniéndose, que tenía un secreto.

"Grant, tu padre murió de cáncer de hígado, ¿es correcto?"

"Sí. Le diagnosticaron un cáncer de hígado en estadio IV que se extendió rápidamente a los huesos y, finalmente, al cerebro y al corazón. Murió en seis meses".

El tono de Grant era extrañamente plano y uniforme, a diferencia de cuando relataba las otras partes de la historia. Fuera lo que fuera Grant, estaba claro que quería a su padre.

Pero el cariño patriarcal no salvaría al hombre si hubiera hecho lo que Beckett creía que había hecho.

Nada lo haría.

"¿Y no había posibilidad de un trasplante? ¿Reemplazar su hígado antes de que el cáncer se extendiera?"

contestó Grant con la misma voz monótona.

"No. No era candidato. ¿Puedo... puedo irme ahora? No me encuentro bien."

Beckett asintió y vio a Grant salir de su despacho, más confuso que cuando el hombre había llegado.

Claro, Grant tenía un secreto, pero ¿tenía un motivo?

Si Peter McEwing había sido candidato a un trasplante de hígado pero no lo había conseguido, Beckett podía imaginarse a Grant desquitando su frustración con los demás. Era inverosímil, desde luego, pero teniendo en cuenta que su apellido figuraba sobre un centro de trasplantes de última generación, resultaba cuando menos comprensible.

Pero tanto Beckett como Grant sabían que una persona con cáncer de hígado en estadio IV nunca sería candidata.

El teléfono de Beckett zumbó en su escritorio y lo contestó rápidamente.

"¿Dr. Campbell?", dijo una voz chirriante.

¿"Lab Guy"? ¿Qué pasa?"

"Conseguí...", bajó la voz antes de continuar. "Terminé las pruebas de ADN de los dos corazones que me diste. ¿Qué quieres que haga con los resultados?".

Los ojos de Beckett se desviaron hacia su ordenador. Se oponía a dejar un rastro de papel, pero volver al laboratorio por segunda vez podía levantar sospechas.

"Envíamelos por correo electrónico. Y luego incinera ambos órganos".

"Claro... y sobre esa recomendación, ¿crees..."

"Sí, sí; estoy en ello", dijo Beckett al colgar el teléfono.

Sacudiendo la cabeza, Beckett abrió el correo electrónico que le había enviado Delores, que contenía varios archivos de vídeo. El primero mostraba el pasillo que conducía a su despacho con una marca de tiempo de poco después de las siete del día anterior, no de la entrega más reciente, sino de la segunda. El segundo corazón. Alrededor de un minuto después, una figura encapuchada apareció de repente en la pantalla y Beckett sintió que su ritmo respiratorio aumentaba. Aunque la cámara sólo mostraba la parte trasera del traje oscuro del hombre, la postura era obviamente la de un hombre. Y escondida bajo su brazo había una caja de cartón de aspecto familiar.

"Te tengo", susurró Beckett mientras abría el segundo vídeo.

Ésta resultó ser menos útil, ya que sólo mostraba un rápido vistazo de la sudadera oscura del hombre al pasar por el encuadre.

Pero a mitad del tercer vídeo, la figura encapuchada se volvió y miró directamente a la cámara.

La visión sólo duró una fracción de segundo, pero a Beckett le pareció una eternidad, dado que su respiración se había detenido por completo.

Capítulo 30

Beckett vio el vídeo varias veces más, congelando varias veces la imagen de la persona que había llevado el órgano a su despacho, para estar completamente seguro.

No había duda de quién era.

Y, sin embargo, a Beckett le costaba creerlo.

No era tanto *a quién había* visto, sino las implicaciones subyacentes.

"No puede ser", dijo en voz baja. "No puede ser".

Y, sin embargo, lo *era*. La prueba de vídeo estaba ahí, en su ordenador.

"Pensé que podía confiar en ti", susurró en voz baja.

Apareció una nueva notificación de correo electrónico y Beckett la abrió instintivamente, minimizando el vídeo.

Tal y como le había ordenado, el contenido del correo electrónico de Lab Guy era escaso y ambiguo. Pero los archivos adjuntos eran cualquier cosa menos eso: dos perfiles de ADN, uno de cada uno de los corazones más recientes que le habían dejado sobre la mesa.

Aunque conocía la identidad del hombre que había entregado los órganos, no era suficiente. Beckett seguía necesitando pruebas concretas de que realmente había matado a las personas y les había extraído el corazón, y no solo profanado un par de cadáveres.

Mucha gente hizo cosas malas, cosas que requerían castigo. Pero el tipo de castigo de Beckett estaba reservado sólo para un acto específico.

Asesinato.

Cogió el teléfono y marcó el número del detective Dunbar.

Sé lo que eres. Sé lo que hiciste.

"Dunbar, soy Beckett... Dr. Beckett Campbell. Tengo que pedirte un favor más."

Hubo una pausa incómoda y Beckett se preguntó si se estaba extralimitando.

"¿Qué necesitas, Beckett?"

"Escucha, tengo unos desconocidos -dos de ellos- muertos y estoy

intentando averiguar todo lo que pueda sobre ellos antes de firmar la causa de su muerte. Necesito su historial médico, pero ni siquiera tengo sus nombres. ¿Crees que puedes ayudarme?"

Hubo otra pausa durante la cual Beckett oyó al hombre teclear furiosamente en su ordenador.

"¿Son recientes? No veo ningún registro de homicidios en el sistema de los últimos días".

"No, no homicidios", mintió Beckett. "Lo más probable son muertes accidentales. Pero necesito estar seguro... usarlos como prueba para nuevos residentes, por eso necesito su historial médico. Me las arreglé para convencer al laboratorio de conseguirme un par de perfiles de ADN. La cosa es que aún no puedo encontrar sus nombres. ¿Crees que puedes pasar los perfiles por CODIS o personas desaparecidas?"

"Personas desaparecidas y muertes accidentales... este no es realmente mi departamento", respondió Dunbar.

Joder.

Beckett se planteó presionar al hombre, pero decidió no hacerlo. Dunbar ya sabía demasiado para su gusto.

"Comprendo. Gracias de todos modos".

"Espera un segundo, espera. ¿De qué va esto realmente? No sé nada de ti desde... el *incidente*... ¿y ahora llamas por accidentes de coche y personas desaparecidas? ¿Qué está pasando?"

Beckett tragó saliva.

"Nada, yo sólo..."

"¿Esto es?", Dunbar bajó la voz. "¿Esto es sobre lo que pasó con Drake y el alcalde... el *club*?"

Y ahí estaba; el propio Dunbar acababa de darle un out a Beckett.

Se aclaró la garganta.

"No puedo... no puedo revelar información confidencial, como estoy seguro de que comprenderás, Dunbar", dijo Beckett. "Pero... hipotéticamente hablando, esto podría estar relacionado con algo mayor".

No era mentira, no exactamente. Aquí estaba pasando algo más grande y, a pesar de lo mucho que detestaba la idea, Beckett se encontraba en medio de ello.

Otra vez.

Sus propias palabras se repitieron entonces en su mente, algunas de

las últimas que recordaba haberle dicho a su amigo Damien Drake.

No importa cuánto intentes hacer lo correcto, terminas arrastrando a todos al fango contigo. A todos, desde Jasmine a Clay, a mí, a Screech, nos hundes.

Beckett no pudo evitar sentir que estaba haciendo lo mismo...

"Sí, claro, lo entiendo. Envíeme los perfiles y veré lo que puedo hacer. No prometo nada, pero comprendo el carácter delicado de la petición", respondió Dunbar al fin.

Capítulo 31

Suzan llamó media docena de veces, pero Beckett se limitó a dejarla sonar.

Por una vez, estaba indeciso sobre qué hacer a continuación. Lo último que quería era precipitarse, como casi había hecho con Grant, y cometer un error con el que nunca podría vivir.

En cuanto a la persona del vídeo, tendría que esperar a la oscuridad para actuar.

Pero Beckett necesitaba hacer algo... necesitaba despejar la mente durante unas horas. Tal como lo veía, sus opciones eran dos: podía ir al bar y emborracharse, pedirle a Ron que lo acompañara -el hombre no necesitaría que lo convencieran- o podía ver si alguno de los médicos forenses subalternos necesitaba su ayuda.

Él preferiría hacer lo primero, pero si Beckett quería recuperar su estatus de Médico Forense Principal, tenía que dedicarle algo de tiempo. Además, tenía que devolverle un favor y no había mejor momento que el presente.

Con un suspiro, Beckett se conectó al portal de médicos forenses. Había cuatro casos activos, dos de los cuales eran suicidios, mientras que uno era un homicidio por arma de fuego y el otro era desconocido. Pero él no buscaba un caso en concreto, sino un forense en particular.

Y, por suerte, en la columna en la que figuraba el nombre del forense junto al caso en el que la causa de la muerte seguía siendo "desconocida", vio a *Karen Nordmeyer*.

Beckett hizo clic en el pequeño icono del portapapeles para acceder a notas más detalladas.

El sujeto era un hombre de ochenta y cuatro años llamado Armand Armatridge, si podía creerlo. Tenía laceraciones en el cuero cabelludo y el informe policial decía que lo habían encontrado en un charco de sangre al pie de una escalera. A Beckett le pareció un caso sencillo, pero ya habían pasado catorce horas y Karen aún no había dado el visto bueno.

Beckett recogió sus cosas y salió del despacho. Al pasar junto a la mesa de Delores, sintió una pesadez en el pecho.

Odiaba la forma en que había actuado con ella, la forma en que

ahora le miraba con miedo en los ojos.

"¿Chris Hemsworth?" Beckett preguntó. "¿Seguro?"

Delores pareció momentáneamente confusa, pero luego asintió.

"Sí... ¿por qué me preguntas esto?"

"Por nada", dijo Beckett mientras seguía de largo.

***

Karen Nordmeyer levantó la vista cuando Beckett entró en la morgue. Era una mujer tímida, de rasgos pequeños y pelo castaño que le caía hasta los hombros. Bajita, fornida, pero intuitiva e inteligente.

"Dr. Campbell", dijo de una forma curiosa que era a partes iguales pregunta, afirmación y acusación.

"Dra. Nordmeyer", respondió Beckett, haciendo lo posible por imitar su tono.

"¿Cometí... cometí un error? ¿Es sobre el caso de Winston Trent? ¿Estaba...?"

Beckett negó con la cabeza.

"No, lo has hecho genial, gracias por cerrarlo tan rápido como lo has hecho. Los medios... malditos buitres, te digo. Si hubieras dudado en informar de que la causa de la muerte fue un suicidio, te habrías pasado el año siguiente respondiendo preguntas. Créeme en esto".

Karen asintió, pero la expresión de confusión permaneció en su rostro.

"¿Te falta un informe, o..."

Beckett se puso un par de guantes de látex.

"No, sólo estaba aburrido y decidí pasarme para ver si necesitabas una mano. Ya sabes, devolverte el favor".

La confusión se convirtió en alivio para *ambos*.

Parecía que no todo el mundo en la comunidad ME odiaba a Beckett, o le temía, después de lo que había pasado con Craig Sloan.

Beckett se acercó al cadáver y se quedó mirando al octogenario desnudo.

"Gracias a Dios, porque me vendría bien toda la ayuda posible en este caso", dijo Karen.

Capítulo 32

Karen tenía razón; éste era un caso más difícil de lo que Beckett había pensado en un principio. Y sólo se volvió más confuso cuando ella compartió con él las fotografías de la escena del crimen.

En la mayoría de ellos, Armand Armatridge, de ochenta y cuatro años, yacía al pie de la escalera, con los pies extendidos en el pasillo y el cuello y la cabeza apoyados en el penúltimo escalón. No era algo inusual, pero sí lo era el volumen de sangre.

Estaba untado en las paredes, en las últimas escaleras y se acumulaba alrededor de su cabeza en un charco viscoso.

"Ya le he afeitado la cabeza", dijo Karen, indicando la parte superior del cráneo del hombre. "Como puede ver, hay siete incisiones largas... pero parece que al menos dos de ellas son de un solo impacto".

Beckett estiró el cuello para ver mejor.

Efectivamente, había siete incisiones, cada una de ellas de entre cuatro y cinco pulgadas de largo, lo bastante profundas como para dejar al descubierto el hueso que había debajo. Eran largas y profundas, pero no perfectamente rectas; parecían tener una curva natural, observó Beckett.

"¿Y los traumatismos por objeto contundente?", preguntó, aunque estaba bastante seguro de conocer ya la respuesta.

"Ninguno; no hay evidencia de hemorragia subdural".

Beckett se acercó a la cara la fotografía de la escena del crimen y se fijó en cada uno de los escalones. En total, había unas quince o dieciséis -era difícil saberlo con certeza, por el ángulo de la imagen-, pero solo parecía haber sangre en las tres o cuatro inferiores.

"Definitivamente murió por pérdida de sangre, de eso no hay duda. Pero lo que no entiendo es por qué no hay sangre en las escaleras cerca de la parte superior. Quiero decir, incluso si hizo un salto mortal desde el rellano superior, el primer impacto no habría sido más allá de la mitad", dijo Karen.

"Si cayó desde lo alto, esperaría lesiones por objeto contundente en el cráneo y el cerebro", le informó Beckett.

"Sí... pero no podemos descartarlo del todo. Quiero decir, mira las

heridas, ¿ves cómo están curvadas?"

Beckett asintió.

"Ya lo veo, pero sin duda son de las escaleras".

"¿Pero redondeado así?"

"Sí. Un objeto redondo moviéndose perpendicularmente a un borde plano -como el borde de una escalera- dará la impresión de que fueron causados por un objeto curvo".

"Huh. No sabía eso. ¿Pero la sangre? ¿Por qué sólo en la parte inferior? Si se cayó por las escaleras como dijo la mujer que lo encontró..."

Beckett se mordió el interior del labio.

"¿La esposa dijo eso? ¿Que se cayó *por las escaleras*?"

Karen cogió una carpeta de la mesa que tenían al lado y la abrió. Luego empezó a leer la declaración.

"La mujer entró en casa después de pasar la tarde en el porche y encontró a su marido al pie de la escalera. No podía saber si respiraba e inmediatamente llamó al 911", Karen pasó a otra página. "Ah, aquí está, en la llamada al 911: Por *favor, mi marido... se cayó por las escaleras y hay mucha sangre... necesitan enviar a alguien..."*

"Bueno, eso no es cierto".

Karen dejó el trozo de papel y lo miró, con una ceja levantada.

"¿No se cayó por las escaleras? ¿Cómo puedes saberlo?"

Beckett rodeó el cuerpo del hombre y señaló una pequeña marca en la barbilla. Luego utilizó dos dedos para abrirle la boca y se los pasó por los dientes inferiores. Beckett dudaba de que fueran los verdaderos dientes del señor Armatridge, pero eso no importaba; eran lo bastante ásperos como para casi cortarle los guantes.

"Porque el primer impacto fue en su barbilla-no hay forma de que eso ocurra si se cayó por las escaleras. Apuesto a que encontrarás un pequeño punto de sangre correspondiente en el séptimo u octavo escalón. Se golpeó la barbilla lo suficientemente fuerte como para astillar sus dientes inferiores y luego voló *hacia atrás.* Así que, se golpeó la barbilla en el escalón ocho, digamos, y luego cayó hacia atrás. Basado en su estatura - 1,65 m, tal vez - el siguiente punto de contacto sería cerca de donde su cabeza se detuvo. Por eso no se ve sangre en ninguno de los escalones superiores".

Karen parecía impresionada.

"Por lo tanto, se cayó *por* las escaleras, no *hacia abajo.* Pero aún

podría ser sólo un accidente. Quiero decir, su esposa estaba angustiada y la gente dice que se cayó por las escaleras todo el tiempo, independientemente de la dirección de la caída."

Beckett no respondió de inmediato. En lugar de eso, puso al hombre de lado y le miró la espalda. Luego palpó la carne junto a la columna.

"Esto no fue un accidente. Siente aquí", instruyó.

Karen hizo lo que le decían, usando sus propias manos enguantadas para pinchar la carne del muerto.

"Yo no..." de repente retiró las manos, sus ojos se abrieron de par en par. "Sus costillas... están rotas".

"Sí, y si esperas otro día o así, verás unos moratones que se parecerán sospechosamente a las huellas de las manos".

El teléfono de Beckett zumbó, se arrancó uno de los guantes y lo sacó del bolsillo.

"Entonces, lo empujaron... pero eso no puede estar bien".

Beckett miró su teléfono. Era el detective Dunbar.

"¿Y eso por qué?" Preguntó Beckett mientras se dirigía hacia la puerta.

"Porque su mujer... Beckett, la mujer del Sr. Armatridge está en silla de ruedas."

Ahora le tocaba a Beckett sorprenderse.

"Bueno, entonces supongo que había alguien más allí después de todo", dijo Beckett mientras abría la puerta. "Era el manco o manca, *mon cheri*".

Capítulo 33

"Dunbar, dime que tienes algo". Beckett caminaba a paso ligero mientras hablaba, en dirección a su despacho.

"Bueno, introduje sus perfiles de ADN en el sistema y... ¿Beckett?"

Beckett asintió a un médico con bata blanca que pasó y bajó la voz.

"¿Sí? ¿Qué pasa?"

Medio esperaba que Dunbar dijera que la cerilla procedía de víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Sólo que eso no tenía sentido, porque los órganos aún estaban frescos.

"Me preguntaba si lo que te digo está cubierto por la confidencialidad médico-paciente o algo así. Porque..." dejó escapar la frase.

Beckett puso los ojos en blanco. Dunbar no sólo no era su paciente, sino que la información ni siquiera era sobre él. De todos modos, no importaba; en realidad, sólo había un tipo de confidencialidad que se mantuviera en los tribunales: la confidencialidad entre abogado y paciente. En el mundo de la medicina, las órdenes judiciales a menudo rompían los registros sellados de los hospitales.

"No necesitas darme nombres, Dunbar. Sólo dime lo que puedas sobre estas personas, si están desaparecidas o no... lo suficiente para que pueda construir un historial médico adecuado".

"Vale, pero aún así, no lo has sacado de mí, ¿vale?"

"Claro".

La mente de Beckett ya estaba acelerada, preguntándose qué podría ser tan condenatorio. Al fin y al cabo, estaban en el mismo bando, ¿no?

Dunbar se aclaró la garganta y continuó.

"Bueno, el Sujeto A -llamémosles sujetos a partir de ahora- salió del reformatorio hace sólo dos semanas. Pasó tres años allí por robar una tienda y golpear al dueño hasta casi matarlo".

Los ojos de Beckett se entrecerraron al asimilarlo.

"¿Qué pasa con el Sujeto Dos o B o lo que sea?"

"El sujeto B era mayor, pero también acababa de salir de una condena de dos años por posesión con intención de distribución.

Heroína".

Beckett inhaló bruscamente.

Dos jóvenes criminales recién liberados, asesinados por medios desconocidos, cuyos órganos fueron posteriormente extraídos y enviados a mi mesa, pensó.

A Beckett no le importaban mucho las coincidencias y no creía que las similitudes entre las víctimas fueran aleatorias.

Dos criminales, ambos...

Algo en su mente hizo clic.

"Dunbar", dijo, su voz apenas un susurro. "Cuando estos criminales fueron liberados, ¿fueron enviados a una especie de centro de reinserción social?"

Dunbar emitió un *sonido hmph*. Estaba claro que se adentraban en aguas más profundas, en las que Dunbar no estaba tan preocupado por vadear como por ahogarse.

Beckett no culpaba al hombre. Al fin y al cabo, a pesar de que se conocían bastante bien y estaban definitivamente del mismo lado en la mayoría de las cosas, Beckett sabía que su reputación había cambiado en los últimos tiempos.

No todos en la Policía de Nueva York habían llegado a la misma conclusión que Asuntos Internos en lo que respecta a la muerte de Craig Sloan.

"Vale, bien. Entiendo. Déjame preguntarte esto... si fueron liberados al mismo tiempo, ¿qué posibilidades hay de que fueran liberados en el mismo centro de reinserción? Incluso si uno no era técnicamente un reformatorio".

"Hay una gran posibilidad".

"¿Y este lugar en concreto se llamaría...?" Beckett se maldijo por no ser capaz de recordar nombres. "¿La Casa de Vida Renovada de Nueva York?"

Se encogió de hombros; el nombre no era exacto, lo sabía, pero esperaba que se pareciera lo suficiente como para que Dunbar entendiera lo que quería decir.

Dunbar no dijo nada. Normalmente, esto habría sido suficiente para Beckett. Pero antes casi se había precipitado y no iba a volver a cometer el mismo error.

"Dunbar, no tienes que contestar. A veces, cuando no contestas, puede interpretarse como un 'sí'", dijo Beckett lentamente. "A los

efectos de mi clase de residencia, ¿los Sujetos A y B fueron ambos liberados en la Casa de Reinserción Social NYC Renewed Life?".

Beckett dejó que el aire muerto se prolongara durante diez segundos antes de asentir.

"Gracias, Dunbar, te debo una."

Beckett colgó el teléfono y miró a su alrededor. Estaba a medio camino de su despacho, pero había cambiado de idea.

Ya no iba a ir allí. No, Beckett de repente tenía asuntos más urgentes que atender.

Capítulo 34

Vete a la mierda, Suzan, pensó Beckett mientras miraba el número que iluminaba su móvil. No sabía cuántas veces le había llamado a lo largo del día -al menos una docena-, pero se había abstenido de contestar a ninguna de ellas.

La verdad era que Beckett ya no estaba seguro de poder confiar en ella.

No después de que su supuesta "amiga" hubiera irrumpido en su casa.

No después de que el mismo hombre hubiera sido puesto en libertad en el centro de reinserción social en el que Beckett estaba sentado en su coche, esperando a que se pusiera el sol.

No después de haber visto en vídeo la cara de Brent Taylor, tan clara como el día, llevando la caja de cartón a su despacho.

Beckett se había dado un capricho de comida rápida grasienta entre que fue a casa a recoger provisiones y se dirigió al centro de reinserción social, cuyos restos estaban en el suelo del asiento del copiloto.

Y ahora, se había resignado a ver a la gente ir y venir, esperando a una, o tal vez dos, personas en particular.

No le bastaba con acabar con los responsables de extraer y entregar los órganos; Beckett tenía que averiguar qué tenía ese hombre encima y si Suzan estaba realmente implicada.

Sé lo que eres. Sé lo que hiciste.

"Sí, y yo también sé qué coño eres", refunfuñó.

Beckett echó un vistazo al asiento del copiloto y sus ojos se posaron en el maletín de cuero que había sobre él. Dentro había algunas herramientas rudimentarias para forzar cerraduras, dos escalpelos nuevos y varias jeringuillas. Sólo que esta vez no estaban llenas de midazolam, sino de una mezcla de midazolam y succinilcolina, un potente agente paralizante.

Había optado por el mismo estilo de chándal que se había puesto para su encuentro con Winston Trent, pero había renunciado a la envoltura de sarán que llevaba debajo. Le resultaba demasiado caluroso y restrictivo. Además, con toda la gentuza que ya había visto

entrar y salir del centro de reinserción social, en el raro caso de que dejara algo de ADN, sería sólo una de cientos de muestras.

Y, en el peor de los casos, que hubiera una coincidencia con su perfil del incidente de Craig Sloan, tenía una razón para que estuviera allí: había tenido un altercado con Brent Taylor en su casa y Grant McEwing había estado en su despacho ese mismo día.

Beckett cogió su pasamontañas y, con las manos enguantadas, lo convirtió en un sombrero. Era un look ecléctico, que normalmente habría estado fuera de lugar durante una cálida tarde de finales de verano, pero basándose en lo que ya había visto, desde una Princesa Bolsa de Papel hasta un hombre con esmoquin, pensó que encajaba perfectamente.

Su teléfono volvió a sonar.

Entiende la indirecta, Suzan.

Beckett exhaló profundamente y dejó que saltara el buzón de voz.

Su mente divagaba mientras esperaba, y Beckett se preguntó si habría rellenado la tinta de su kit de tatuaje casero desde Winston Trent.

Pensaba que sí, lo cual era bueno. Bien, porque tenía la sensación de que en breve añadiría otro tatuaje a su colección.

Beckett se echó hacia atrás y cerró los ojos un momento.

Los últimos días le habían afectado más de lo que pensaba. La falta de sueño tampoco ayudaba.

Pero todo eso cambiaría.

Basándose en experiencias anteriores, sabía que después de terminar con esto, su recompensa sería una noche completa e ininterrumpida de sueño.

Beckett no dudaba de que las pesadillas llegarían más tarde, pero no esta noche.

No después de que mató a Grant McEwing.

Aunque en la grabación había aparecido la cara de Brent, Beckett ya se había encontrado cara a cara con el hombre.

No había forma de que Brent tuviera la habilidad, o la previsión, para extraer un hígado y ponerlo en hielo seco.

No, puede haber sido el mensajero, pero el fenómeno eidético, Grant, estaba detrás de todo esto.

Beckett hizo una mueca.

Y tal vez Suzan.

La idea le produjo un escalofrío.

Beckett oyó hablar a una pareja y abrió lentamente los ojos.

Una pareja, vestida con ropa bonita pero no ostentosa, se acercó a la fachada del centro de reinserción social. Había un hombre joven apoyado contra la pared cerca de la entrada -llevaba allí más o menos media hora, fumando en cadena- que parecía ajeno a todo excepto a sus cigarrillos. Pero cuando vio a la pareja, apagó el cigarrillo y se irguió.

Beckett se inclinó más hacia el parabrisas e intentó ver las caras de los recién llegados.

Y entonces, justo cuando el hombre fumador se acercó a la puerta y tiró de ella, la pareja se giró.

Beckett sonrió.

Había tenido razón todo el tiempo; *era* Grant.

Grant McEwing fue el responsable de asesinar a esos niños.

Beckett respiró hondo por última vez, cogió el maletín de cuero del asiento del copiloto y se lo metió en el bolsillo interior de la sudadera. Estaba a punto de salir del coche cuando vio que otra persona empezaba a acercarse a la puerta aún abierta.

Alguien a quien reconoció.

La sonrisa se le borró inmediatamente de la cara.

"No, no puede ser. Por *favor*."

PARTE III - A mitad de camino

Capítulo 35

Grant y Suzan... están trabajando juntos, pensó Beckett.

Era el mismo pensamiento que ya había tenido una docena de veces y del que no podía deshacerse.

Dos veces había salido de su coche, sólo para volver a entrar. Su asociación tenía sentido, de una manera enfermiza.

Sé lo que eres.

Suzan definitivamente sabía de él, de lo que era. No creía que ella conociera todos los detalles, pero tal vez sólo se refería a lo que le había sucedido a Craig Sloan.

Sé lo que hiciste.

Bueno, Suzan también lo sabía. Sabía que Beckett había descerebrado a Craig Sloan, que le había golpeado el cráneo con una piedra hasta matarlo. No podía saber cómo le hormigueaban los dedos después, la abrumadora sensación de euforia que abrazaba todo su ser, pero no tenía por qué.

El autor de las notas sólo había dicho que sabían lo que había hecho y lo que era.

Lo que Beckett había hecho era matar, lo que le convertía en un asesino.

Claro, tenía sus reglas, su código moral, pero seguía siendo un asesino.

Y aunque Suzan no supiera nada de los demás -de Ray Reynolds, Donnie DiMarco, Bob Bumacher, Boris Brackovich y Winston Trent-, sólo hacía falta una muesca en el cinturón para ser calificado de asesino.

"Joder", dijo Beckett apretando los dientes. Seguía sin entender su conexión con Grant McEwing ni la razón por la que le estaban poniendo órganos en la mesa.

Y no podía imaginar a Suzan cometiendo un asesinato. Claro, ella era sarcástica y luchadora, pero ¿una asesina?

Beckett conocía a los asesinos; había mirado fijamente a los ojos de Winston Trent hacía menos de una semana.

También se miraba al espejo todos los días desde entonces.

Ni Grant ni Suzan compartían la misma mirada perdida, los ojos vacíos.

Pero las pruebas...

Hoy no, pensó Beckett. *Ahora no. Vete a casa, descansa un poco. No puedes cometer un error, no con las apuestas tan altas. No cuando se trata de Suzan.*

Tras lo que parecieron horas de deliberación, pero que no podían haber sido más de diez minutos desde que Suzan había seguido a Grant y a su cita hasta la casa de acogida, Beckett volvió a guardar su maletín de cuero en la guantera.

Después arrancó el coche y se fue a casa.

***

Para consternación de Beckett, la aparición de Suzan en el centro de reinserción social no fue la última sorpresa de la noche.

Había un hombre sentado en la entrada de la casa de Beckett cuando entró en ella.

"¿Puedo ayudarle?", preguntó.

El hombre levantó la cabeza y le tendió a Beckett una botella de whisky.

"Te prometo que no estaba abierto cuando llegué... pero diablos, Beckett, trabajas hasta tan tarde que tuve que investigarlo".

Trabajar... es una forma de verlo.

A Beckett no le apetecía una visita social, no ahora, pero estaba claro que el hombre llevaba un rato esperando.

"Ron, ¿estás bien?"

Ron se encogió de hombros y Beckett lo vio bien a la luz por primera vez. Deseó no haber preguntado; Ron definitivamente no parecía "estar bien". Estaba pálido y húmedo.

Y a juzgar por el hedor a alcohol que desprendía, estaba borracho.

"No importa, no contestes. ¿Quieres entrar a tomar algo?"

Ron esbozó una débil sonrisa y se ayudó de la barandilla para ponerse en pie. Gruñó tan fuerte que Beckett se acercó a su amigo para echarle una mano, pero fue rechazado.

"Creí que nunca me lo pedirías", dijo Ron entre respiraciones agitadas.

Capítulo 36

"¿Has mirado eso que te pregunté?" dijo Beckett mientras se quitaba la sudadera y la tiraba al sofá. Olió la axila de la camiseta que llevaba debajo y retrocedió.

Olía a rancio.

Cogió uno nuevo del cajón superior de su cómoda.

"Lo hice, en realidad. Parece que tu amigo el Dr. Singh lo recogió y le puso un número UNOS. Estoy pensando que ha encontrado un nuevo hogar en alguien muy merecedor. Tal vez incluso alguien famoso ".

Beckett, que se estaba quitando la camisa, hizo una pausa.

"Famoso, ¿eh?"

Ron se rió entre dientes.

"Tal vez, quién sabe".

Beckett sonrió a su pesar.

Tal vez incluso Chris Hemsworth. ¿No sería irónico? No tendría problema en tenderle una trampa a Delores si ese fuera el caso.

Ron extendió un dedo con el vaso en la mano hacia el lado de Beckett mientras se ponía la camiseta.

"¿Tatuajes nuevos?"

Beckett miró las líneas horizontales que tenía bajo el brazo y se bajó rápidamente la camisa.

"Los hice yo mismo. Intento armarme de valor para algo un poco más elaborado".

Ron dio un sorbo a su whisky.

"Bueno, sigue practicando".

Beckett cogió la botella de whisky de la mesa y se sirvió un vaso. Bebió con avidez, sin apenas saborear el líquido mientras éste se deslizaba por su lengua. Conociendo el gusto de Ron, esperaba que fuera algo barato y potente.

No le decepcionó.

"No puedo creer que bebas esta mierda", dijo Beckett en voz baja.

Luego levantó los ojos para mirar a Ron una vez más. Bajo las brillantes luces de su casa, Beckett se dio cuenta de que Ron no sólo tenía un aspecto enfermizo, sino terrible. Tenía los ojos hundidos y las mejillas cetrinas. "De hecho, no creo que debas beber mucho".

"Sí, me siento un poco mal estos días. Pero pasará; siempre pasa".

Beckett se lo pensó un momento.

"Estas cosas pasan... hasta que no pasan; hasta la última".

"Gracias, Aristóteles", respondió Ron con una risita.

"Me considero más un marxista de Sócrates, para ser sincero", replicó Beckett, tragándose otro sorbo.

A pesar del sabor a queroseno, o quizá debido a él, el alcohol estaba haciendo su trabajo. Y, como siempre ocurría, los dos hombres hablaban más libremente con cada trago.

"Oye, he oído el rumor de que algunos de tus alumnos no están muy contentos contigo".

Beckett se encogió de hombros.

"Qué más hay de nuevo. Están acostumbrados a que les mimen, a que les den un libro de texto que puedan regurgitar para aprobar un examen. La patología forense no es así; no hay respuestas tajantes. Cada caso es diferente, cada uno requiere que usen sus míseros cerebros para resolverlo. Pero intenta decirle eso al Dr. Hollenbeck".

Ron se rió.

"Bueno, eso es exactamente de quien lo escuché, de hecho. El Dr. Hollenbeck murmuraba para sí mismo cuando vino a verle a su despacho, algo sobre abusar de sus alumnos. Hablando de eso, ¿tienes al chico McEwing en tu clase?".

La mención de Grant provocó algo en Beckett y se tomó un momento para responder.

"Sí, es uno de mis R-1. Es... un gato diferente".

Ron se inclinó hacia él.

"¿Cómo es eso?"

Esta vez, cuando los ojos de Beckett se entrecerraron, se quedaron así.

"Tiene una memoria increíble... ¿Por qué estás tan interesado en el chico McEwing?"

Ron se recostó y dio un sorbo a su bebida.

"Financiación... siempre se trata de financiación. Además de conseguir tu hígado perdido, parece que el Dr. Singh está haciendo algunas averiguaciones sobre la financiación de la nueva ala de trasplantes. Una mierda aburrida, a decir verdad".

Beckett recordó su reunión con el Dr. Singh y la franqueza con la que se había referido a los problemas de financiación.

"¿Y la financiación?"

Ron se encogió de hombros.

"Estás en la junta, ¿no?"

"¿Qué quieres que haga al respecto?"

"Se rumorea que la Unidad va a recibir más fondos, suficientes para abrir las puertas. Estoy pensando que tal vez puedas dirigir al chico McEwing en otra dirección, sólo por un tiempo".

Beckett tardó un momento en comprender lo que Ron estaba diciendo.

"...para que el Dr. Singh quede como un imbécil durante toda la ceremonia de inauguración cuando el lugar permanezca cerrado. Y, tal vez - sólo *tal vez - que* empezar a buscar un nuevo director? "

Ron sonrió y levantó la copa.

"Sabía que eras especial incluso cuando eras una joven estudiante de medicina en ciernes".

Beckett terminó su bebida y dejó el vaso vacío sobre la mesa.

"Veré lo que puedo hacer. No quiero ser un capullo, pero estoy cansadísimo y parece que a los dos nos vendría bien descansar. ¿Qué me dices?"

Creo que Grant McEwing va a tener más de qué preocuparse que de la financiación en un futuro próximo, pensó Beckett.

Ron cogió la botella y la inclinó hacia un lado. Luego vació el contenido, repartiéndolo entre los dos vasos.

"¿Uno para el camino?"

Capítulo 37

"Suzan... Suzaaaaaan... despierta, Suzan".

Beckett se quedó mirando la cara de Suzan, la flojedad de su mandíbula, su boca ligeramente abierta, la piel relajada alrededor de los ojos.

Ella se agitó y Beckett se inclinó hacia delante. Al hacerlo, la luz de la luna se reflejó en el bisturí que tenía en la mano.

"Suzaaaaan..."

Los ojos de la mujer se abrieron de golpe y miró a Beckett, con una expresión de sorpresa en el rostro.

El instinto se apoderó de ella y trató de moverse, de incorporarse.

Sólo que no pudo.

Suzan apretó la barbilla contra el pecho y Beckett siguió su mirada. Observó los pesados cinturones de cuero que sujetaban sus piernas y brazos a la cama.

Sus ojos volvieron a posarse en los de él.

¿"Beckett"? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué está pasando?"

Beckett tragó saliva.

"¿Por qué estoy atado? ¿Por qué estás sujetando eso... Beckett, qué demonios está pasando?"

Beckett apartó la mirada; no podía seguir mirándola sin que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Miró su cuerpo, el sujetador de encaje que cubría sus pechos, su ropa interior blanca. Estaba en plena forma, pero la luz de la luna le daba un tono extraño a su piel de gallina.

Azul... como el de un cadáver.

"¿Beckett? ¿Por qué haces esto?"

Mientras acercaba el bisturí a su muñeca, Beckett no podía mirarla a la cara. La mano de Suzan se cerró en un puño, pero las ataduras se mantuvieron firmes.

"¿Por qué?", suplicó.

"Porque sí", dijo Beckett mientras presionaba el bisturí contra su piel, dibujando una fina línea roja de sangre. "Porque mataste, Suzan. Y ahora tienes que pagar".

Capítulo 38

Beckett se despertó empapado en sudor. Las sábanas estaban tan húmedas que, cuando intentó incorporarse sobre los codos, volvió a caer sobre la almohada.

Cerró los ojos e inmediatamente los volvió a abrir al ver el rostro de Suzan que le devolvía la mirada.

"Por favor", dijo en la oscuridad. Tenía la lengua espesa y se sentía mareado, como siempre que había bebido demasiado la noche anterior. ¿O aún era la noche anterior?

Beckett giró la cabeza hacia el reloj de la mesilla de noche.

Los números verdes brillantes marcaban *las 5:35*.

Beckett, que tradicionalmente no era una persona madrugadora, se despertaba cada día más temprano. Como resultado, había quedado relegado a unas pocas horas de sueño irregular cada noche.

Pero eso era lo bonito del cuerpo humano: podía adaptarse a un gran número de escenarios diferentes, ya fueran tensiones ambientales o autoimpuestas.

Pero la mente... la mente no era tan plástica como el cuerpo.

Con un gemido, Beckett consiguió incorporarse y esperó a que el mundo dejara de girar. Cuando la sensación desapareció, se dirigió al cuarto de baño y bebió un vaso de agua tibia.

No eran sólo las pesadillas las que no le dejaban dormir, los rostros aterrorizados de sus víctimas que aparecían en su sueño. También era la gravedad de lo que había hecho.

Quitarle la vida a una persona, por mucho que mereciera morir, te cambia de forma irreversible.

Y, sin embargo, eso no era lo peor; lo peor era la expectativa, no la *necesidad* de volver a hacerlo, que era casi paralizante.

"Joder", refunfuñó mientras se quitaba la camiseta y los calzoncillos empapados y se metía en la ducha.

Esta noche, pensó Beckett. *Tengo que ocuparme de esto esta noche si quiero volver a dormir a pierna suelta.*

***

Un café caliente y un bollo con mantequilla después, Beckett empezó a sentirse un poco mejor. El paso del tiempo, por pequeño que fuera, también ayudaba.

Aparcó en su plaza frente al hospital de la NYU y entró con la cabeza gacha.

Una vez dentro del edificio, varios compañeros saludaron, pero Beckett contuvo las posibles conversaciones manteniendo la cabeza gacha. No tenía ganas de hablar con nadie.

La única persona con la que no podía pasar sin comprometerse era Delores.

"Buenos días", dijo, levantando su taza de café en señal de saludo.

Delores asintió, claramente resentida por la forma en que él la había reprendido injustamente.

"El Dr. Hollenbeck te estaba buscando", dijo secamente.

Beckett se rascó la cabeza.

"¿Alguna vez duerme? ¿Y tú?"

Lo había dicho en broma, pero Delores no se lo creía. Apretó los labios con fuerza.

"Podría preguntarte lo mismo".

Beckett asintió.

"Ojalá pudiera", dijo mientras avanzaba por el pasillo hacia su despacho.

"¿Dr. Campbell?"

Beckett se giró.

"¿Sí?"

"Hay un estudiante esperándole en su despacho".

Beckett sintió que se le curvaban los labios y que el corazón se le aceleraba.

No se sentía de humor para hablar con nadie, y menos con Grant McEwing. Ya hablarían, pero no ahora. Ahora tenía que guardar las apariencias. Ahora tenía que prepararse para ir a clase para que la gente no notara nada fuera de lo normal... *más fuera de lo* normal.

Se planteó dar media vuelta y marcharse en ese momento, ir directamente a su clase aunque no empezara hasta dentro de una hora, pero pensó que eso levantaría más sospechas.

Había demasiados hilos por ahí, demasiadas cosas que apuntaban directamente a él si algo siniestro le ocurría a Grant.

Con un suspiro, volvió a dar las gracias a Delores.

"Para tu información, Suzan también está en tu oficina. Y no parecía... *ella misma.*"

Beckett se paró en seco.

"S-S-Suzan... ¿Suzan está ahí con él?"

Delores le miró con curiosidad.

"No con él... con *ella*".

Capítulo 39

"¿Qué puedo hacer por usted?" dijo Beckett al entrar en su despacho. Aunque estaba agradecido de que Grant no fuera el estudiante en cuestión, habría elegido al chico de los McEwing antes que a Suzan sin pensárselo dos veces.

Suzan, atada a la cama, vestida sólo con su ropa interior.

"¿Por qué haces esto, Beckett?"

María le miró con el ceño fruncido.

"No es justo", empezó la mujer como una niña petulante.

Beckett frunció el ceño. Le encantaba enseñar, pero odiaba hacer de canguro.

"¿Qué más hay de nuevo?", refunfuñó.

Suzan, con la misma expresión en el rostro que él, le fulminó con la mirada.

"¿Qué le ha pasado a tu teléfono?", preguntó. En ese momento quedó claro que su presencia aquí no tenía nada que ver con María.

Ella estaba aquí para verlo.

Beckett apartó los ojos: no podía soportar mirarla, sabiendo lo que había hecho.

Mantén la calma, Beckett. No puedes permitirte cometer ningún error.

"Se me cayó en el retrete esta mañana después de cagar", dijo, mirando a María mientras hablaba.

Los párpados de la mujer se retrajeron al máximo cuando Beckett se interpuso deliberadamente entre Suzan y María, y luego se acuclilló sobre sus ancas.

"Lo siento, por favor, dime cuál es tu problema".

Claramente confundida por la dinámica de la sala, María se tomó un momento para orientarse.

"No me parece justo... no nos enseñas nada el primer día y luego el segundo, ¿nos haces un examen final? No estaba preparada. Tengo una rutina muy específica antes de cada examen, y como el final fue una sorpresa, no pude hacer nada de eso. Creo... creo que esto afectó significativamente a mi rendimiento".

Beckett se quedó mirando a la mujer como si fuera una niña de cinco años en lugar de una veinteañera.

"¿Sabes qué? Creo que tienes razón".

Beckett se volvió hacia Suzan y chasqueó los dedos antes de señalar la pila de exámenes que tenía sobre la mesa.

"Suzan, muñeca, ¿serías tan amable de pasarme la prueba de María?".

Suzan frunció el ceño, pero hizo lo que le pedía y se lo entregó.

"Muy bien, María, vamos a ver", Beckett miró el papel que tenía en las manos. Intentó mantener una cara seria, pero cuando vio lo mal que lo había hecho, vaciló por un momento. "Suzan, ¿el bolígrafo rojo, por favor?"

Suzan se lo lanzó y él apenas consiguió agarrarlo después de que rebotara en su pecho.

Beckett añadió un cero después del diez por ciento que había sacado y luego pasó la página para que María la viera. Con una sonrisa tranquilizadora, dijo: "Problema resuelto. Enhorabuena, has aprobado".

De nuevo, la misma expresión de ojos saltones.

¿Cómo consigue entrar en uno de los programas de residencia más exclusivos del estado y obtiene un diez por ciento en un examen que al menos podría aprobar un estudiante de medicina de primer año? ¿Es su primera introducción a la patología? Mierda, ¿a la anatomía? ¿A la medicina?

Algo dentro de la cabeza de Beckett hizo clic de repente.

Si Grant estaba detrás de todo esto, entonces este no era su primer crimen. Nadie pasa directamente de multas de aparcamiento a asesinato y extracción de órganos.

En algún lugar... en algún lugar hay un registro de otros crímenes menores. De un patrón de escalada.

Beckett se dio cuenta de que, con Suzan en la habitación con él, estaba tratando de racionalizar su salida de lo que estaba por venir.

Pero eso no era malo... ¿verdad?

"¿Es... es un truco?" preguntó María.

Beckett negó con la cabeza y le tendió la prueba.

"Toma, cógelo".

María dudó, pero al final cogió el papel.

"Bien. Así que eso lo arregla... así que es justo, ¿no?". María levantó una ceja con gesto expectante. "Estoy segura de que si hago una encuesta a los demás residentes, estarán de acuerdo, ¿no?".

María abrió la boca para decir algo, pero no le salió ninguna palabra.

"Sí, creo que en la clase de esta mañana voy a preguntarles qué les parece que hayas pasado del diez por ciento al cien sólo por quejarte. *Es* justo. Quiero decir, vienes aquí, a mi oficina... de hecho, fuiste primero al Dr. Hollenbeck, ¿no?"

María se quedó boquiabierta.

"Por supuesto que sí", continuó Beckett. "Porque eso también es justo. Es justo que acudas directamente al jefe del departamento, en lugar de venir a hablar conmigo primero. Así que veremos qué tienen que decir tus compañeros".

"No lo harías", jadeó María.

Beckett levantó las manos a la defensiva.

"¿Por qué no? Déjame adivinar... *¿no es* justo?"

Capítulo 40

Cuando por fin se quedaron solos en su despacho, Suzan fulminó a Beckett con la mirada.

"En serio, Beckett, ¿cuál es tu problema?"

Beckett hizo todo lo posible por evitar sus ojos. En su mente, levantó un muro, separando a la antigua Suzan de esta nueva versión.

"¿Qué? ¿Ninguna respuesta ingeniosa? ¿Ningún comentario sarcástico? ¿Qué demonios te pasa, Beckett?"

Beckett no pudo contener la lengua por más tiempo.

"¿Qué *me pasa*? ¿Te importaría decirme dónde estuviste anoche, Suzan?"

Ahora le tocaba a Suzan desviar la mirada.

"Estaba fuera."

"Sí, no me digas que estabas fuera. Te vi. Te vi en el maldito centro de reinserción social".

Los ojos de Suzan se dispararon entonces, clavándose de nuevo en su alma.

"¿Me has *seguido*?"

Beckett empezó a negar con la cabeza, a decirle que iba a ir allí de todos modos, pero luego cambió de opinión. Sería difícil de explicar.

"Sí, claro que sí. ¿Pero quieres saber por qué estaba allí?"

Beckett moderó su excitación. Sí, tenía muchas ganas de saber por qué estaba allí. Pero dudaba que las siguientes palabras que salieran de su boca fueran la verdad.

"Porque estaba buscando a mi amigo, a Brent. El hombre al que echaste de tu casa, el hombre que no tenía a dónde ir. *Eso es* lo que estaba haciendo".

Beckett enarcó una ceja.

"¿Estás segura de eso, Suzan? ¿Estás segura de que *realmente* estabas allí por eso?"

Suzan se levantó tan deprisa que su silla estuvo a punto de caerse.

"¿Qué estás diciendo, Beckett? ¿A dónde quieres llegar?"

"¿Estás segura de que no fuiste allí para ver a Grant?"

La cara de Suzan se hundió.

"¿Quién coño es Grant?"

"Oh, vale, así que ahora vas a fingir que no le conoces, como si no hubieras estado a mi lado durante la ceremonia de inauguración de la unidad de trasplantes que lleva su nombre".

¿"Grant *McEwing*"? Ahora sí que has perdido la cabeza".

"Sí, yo también lo vi allí. Llegó unos minutos antes que tú, de hecho".

Suzan abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla. Tras una breve pausa, por fin habló, pero esta vez con una voz anormalmente tranquila.

"Me *estabas* espiando", me acusó.

"Sólo estaba..."

De repente, Suzan se abalanzó sobre él.

"¿Sabes qué? He terminado con esto. Consigue a alguien más para corregir tus exámenes. Renuncio."

Beckett sintió entonces una mezcla de emociones, tristeza, pero también alivio.

"Eso es lo que querías, ¿verdad? ¿Una salida?" Suzan escupió mientras cogía el pomo de la puerta. Cuando tiró de ella, se volvió por última vez. "Por cierto, tienes otra entrega. Puedes ocuparte de ella tú sola, como de todo lo demás. Porque así es como trabajas, ¿verdad? Guárdatelo todo para ti. Beckett y sus pequeños putos secretos".

Capítulo 41

Beckett se quedó congelado en el centro de su despacho mucho después de que Suzan se hubiera ido.

Al final, el timbre de su teléfono sobre la mesa le sacó de su estado casi catatónico. Se acercó, pero en lugar de contestar, se agachó y miró debajo del escritorio.

Pensó que estaba preparado para lo que había debajo, pero no lo estaba.

Era otra caja con exactamente las mismas dimensiones que los tres paquetes anteriores.

Por alguna razón, Beckett había pensado que, al descubrir quién los enviaba, los paquetes dejarían de llegar.

Está claro que no fue así.

Tres días, tres paquetes diferentes.

Respirando entrecortadamente, Beckett cogió el paquete y lo puso sobre su escritorio. Pero esta vez no lo abrió, sino que se quedó mirándolo.

Suzan y Grant eran cada vez más descarados; mierda, ella incluso se lo había señalado.

Beckett sacudió la cabeza repetidamente, intentando comprender lo que estaba ocurriendo.

Se dio cuenta de que fue un error irse a dormir anoche. Fue un error irse a dormir sin ocuparse del problema. Y porque lo había hecho, otra persona había muerto.

Decidido, Beckett cogió la caja y se dirigió hacia la puerta. Mientras avanzaba por el pasillo, se esforzó por regular la respiración.

"Delores, por casualidad no sabrás quién ha entregado este paquete hoy, ¿verdad? Estoy harta de que me manden flores, ya que soy alérgica".

Sonaba como un robot, pero era lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias.

"Lo siento, Dr. Campbell, pero me he retrasado esta mañana. Si realmente quiere saber quién lo entregó, puedo conseguirle de nuevo las imágenes de seguridad", vaciló antes de añadir. "Y, por cierto, no

soy alérgica, así que...".

"Sí, por favor envíame el vídeo. En cuanto a las flores, créeme, no son tu tipo. Están llenas de bichos".

***

Beckett estaba sentado solo en su laboratorio, que tenía aproximadamente el tamaño de un gran cubículo completamente cerrado con una puerta opaca. En el escritorio había un ordenador, normalmente reservado para imprimir formularios de solicitud, así como todas las herramientas que un patólogo necesita para procesar muestras.

Y eso es lo que era, en ese momento; Beckett ya no era un asesino, ya no era alguien que buscaba desesperadamente a la persona que le había enviado los órganos, sino un patólogo.

Abrió la caja que tenía delante y dobló el cartón. Como era de esperar, además de la bolsa blanca de trasplantes que había dentro, encontró una nota en papel amarillo: *UN LATIDO, DOS LATIDOS, TRES 'TURBA'*.

Beckett curvó el labio superior y se debatió entre poner la nota en el escáner para descifrar el mensaje oculto, como había hecho antes. Al final, decidió no hacerlo.

Había terminado con los acertijos y los rompecabezas.

En su lugar, Beckett abrió la bolsa de vinilo y se quedó mirando otro corazón humano.

Tras sacarlo de la bolsa de plástico de riesgo biológico, lo levantó con ambas manos y lo expuso a la luz. Por el tamaño y el color, rosa oscuro y sin grasa, parecía ser de otra persona joven. Lo giró en la mano, examinando la precisión con la que había sido extirpado. Los cortes no eran perfectos para un trasplante; la aorta era ligeramente demasiado larga y la arteria pulmonar demasiado corta. La vena cava superior, quizá el vaso más difícil de extirpar para una mano inexperta, estaba dentada, recordándole a las marcas de vacilación.

Beckett frunció el ceño.

Esperaba que hubiera algo en esta nueva entrega que descartara a Suzan y a Grant; aún se aferraba a la fugaz idea de que se había equivocado con respecto a su implicación.

Pero los cortes eran consistentes con los de un estudiante de

medicina de segundo año. En cuanto a Grant, había tenido más formación, más experiencia con autopsias. De hecho...

La espalda de Beckett se enderezó.

¡La autopsia!

Beckett metió primero el corazón en la bolsa y luego lo metió en la nevera de trasplantes. Luego se quitó los guantes y salió corriendo del laboratorio.

Capítulo 42

"¡Fuera! ¡Todo el mundo fuera!" gritó Beckett al entrar en la morgue. Un forense subalterno llamado John Knox se volvió para mirarle. Cuando vio quién había entrado, se quitó la máscara de la nariz y la boca.

"¿Perdón?"

Beckett frunció el ceño.

"Necesito la habitación durante diez minutos. ¡Fuera!", repitió. Junto a John había una mujer que Beckett no reconoció.

La mujer se volvió y miró a John expectante, un acto que sólo sirvió para enfurecer aún más a Beckett. Con reputación mancillada o sin ella, él seguía siendo el forense jefe.

"¡He dicho que *fuera*!"

Durante una fracción de segundo, pareció que John iba a negarse, pero al final decidió no hacerlo y cerró de golpe la taquilla con el cadáver que estaba inspeccionando. Mientras se dirigía hacia Beckett, hizo un gesto a la mujer para que le siguiera.

"Es sólo cuestión de tiempo, Beckett", le susurró John al oído al pasar.

Beckett frunció el ceño y se mordió la lengua.

Es sólo cuestión de tiempo que te ahogue hasta dejarte sin vida, pensó.

Cuando John y su secuaz abandonaron la sala, Beckett se apresuró a acercarse a la fila de taquillas del fondo. Miró los nombres pegados en el exterior y encontró lo que buscaba: taquillas identificadas con el nombre "Patología forense" y etiquetadas con los números R1 a R8.

Estos contenían los cadáveres que Beckett había utilizado el primer día de clase, los que los residentes se habían encargado de determinar la causa de la muerte.

Se devanó los sesos y recordó que Grant McEwing había tenido el segundo cadáver, al que había diagnosticado correctamente una insuficiencia hepática.

Beckett agarró el asa de la taquilla en la que ponía R-2 y tiró de ella para abrirla. Al hacerlo, se encendió un ventilador y corrió aire fresco hacia él. Luego sacó la bandeja en la que yacía el cadáver.

La piel del hombre estaba más pálida que cuando Grant lo abrió, lo cual era de esperar, ya que había pasado dos días en la taquilla. Su caja torácica seguía abierta, pero los colgajos de piel de la incisión en Y se habían doblado hacia atrás como un regalo mal envuelto.

Beckett se puso un par de guantes y fue retirando lentamente la piel del hombre. Era obeso y le costó un esfuerzo retirar la gruesa capa de grasa amarilla para descubrir la cavidad corporal que había debajo. Como era de esperar, los órganos habían sido sustituidos después de que Grant los extirpara inicialmente para determinar la causa de la muerte.

Arrugando la nariz contra el olor -el proceso de enfriamiento y el ventilador no podían hacer mucho-, Beckett metió la mano en el cuerpo y sacó el corazón.

Era mucho más grande que el de su laboratorio y estaba cubierto de grasa, pero ahí acababan las diferencias.

Como en el parto especial, la aorta era demasiado larga y la arteria pulmonar demasiado corta.

Pero esto podía atribuirse fácilmente a la inexperiencia, errores que incluso un residente de trasplante junior podría cometer. Pero cuando dio la vuelta al corazón, vio algo único: marcas de vacilación en la vena cava superior.

Esta era una firma quirúrgica si Beckett alguna vez había visto una.

"Ya te tengo", susurró a los muertos.

Capítulo 43

Tras volver a colocar el corazón en el pecho del cadáver y cerrar la taquilla, Beckett se apresuró a regresar a su laboratorio. Ahora estaba más seguro que nunca de que Grant McEwing era quien le enviaba los órganos y quien se los extraía, pero seguía sin saber *por qué*.

En cuanto a las notas... tenían que ser obra de Suzan, era lo único que tenía sentido. Pero, ¿cuál era la conexión entre ellas?

¿Fue sólo el hecho de que conociera a Brent Taylor y que éste fuera liberado en el centro de reinserción social financiado por la Fundación McEwing?

Pero eso no tenía sentido... el momento tendría que haber sido perfecto, dado que los primeros órganos -el hígado y el corazón- se entregaron el día en que Brent fue dado de alta.

Eso fue demasiado... *coincidente*.

Beckett abrió la puerta de su laboratorio y entró. Se dirigió hacia el ordenador cuando sus ojos se posaron en el escritorio.

Su escritorio *vacío*.

Beckett se giró brevemente para confirmar que se trataba efectivamente de su laboratorio.

Lo era.

"¿Qué coño? ¿Qué coño le ha pasado a la nevera?"

Su corazón volvió a acelerarse y miró hacia el pasillo. No había nadie en ninguna dirección.

"¿Qué demonios está pasando?"

¿Fue John? ¿Vino y robó el maldito órgano?

Beckett volvió a entrar en su despacho y parpadeó varias veces, intentando que la nevera volviera a existir. Pero no estaba allí. Sus herramientas seguían colocadas como las había dejado, pero faltaba toda la bolsa, incluso la caja.

Beckett, agarrándose a un clavo ardiendo, se puso a cuatro patas y miró debajo del escritorio.

Nada.

Levantó las manos, frustrado.

¡Qué coño!

Levantándose de nuevo, Beckett buscó la caja por todo el laboratorio, sabiendo que si no estaba en el escritorio donde la había dejado, no estaba allí en absoluto, pero no pudo evitarlo.

Al cabo de un minuto, Becket se rindió.

No era más que otro hilo que le vinculaba a esos crímenes y al que tendría que dar cuerda más tarde.

Sin embargo, ahora necesitaba encontrar un vínculo entre Suzan y Grant anterior a la salida de Brent de la cárcel.

Se acercó a su ordenador e hizo una búsqueda rápida sobre Grant McEwing. Esta era la parte fácil: le habían dedicado un comunicado de prensa tras la ceremonia de inauguración.

Grant McEwing, hermano de Flo-Anne e hijo del difunto Peter McEwing y de Mary Beth McEwing, fallecida hace mucho tiempo, era un joven de veinticinco años recién licenciado por la Facultad de Medicina McGill de Montreal (Quebec).

Beckett tamborileó con los dedos sobre el escritorio, pero se detuvo cuando no sonó bien al faltarle un dígito.

McGill... McGill... ¿A quién conozco en McGill?

Beckett chasqueó los dedos, lo que también resultaba incómodo sin un dedo corazón de cuerpo entero.

¡Diego!

Otra búsqueda rápida y Beckett encontró el número de teléfono de su antiguo compañero de residencia.

"¡Diego!", exclamó cuando el hombre respondió, tratando de apartar el cansancio y todo lo demás de su mente.

"Sí, soy el Dr. Diego López. ¿Quién habla?"

"*Tsk, tsk, tsk*. Diego, se supone que pasas de ser un niño abandonado a ser coqueto, no al revés. Todo el mundo lo sabe".

Casi podía oír la sonrisa de su amigo al otro lado de la línea.

"Dr. Beckett Campbell, el único patólogo tatuado que conozco que conduce una moto".

"Sí, sólo otra cara bonita. ¿Qué tal estás? ¿Todavía recuperándote de nuestra noche en Montreal?"

"Siempre estoy recuperándome de una noche de fiesta en Montreal".

"Buen punto. ¿Cómo estás?"

"Vivir el sueño", respondió Diego. "La última vez que hablamos, me engañaste para que te hablara de uno de mis pacientes. Supongo que esta vez quieres algo parecido. Después de todo, eres un bastardo necesitado".

"Qué puedo decir, soy hijo único", dijo Beckett con una risita. "Sólo que esta vez no necesito saber de un paciente, sino de un estudiante".

"¿De verdad? ¿Se trata de esa joven que enviaste aquí a hacer prácticas hace un tiempo?".

Beckett negó con la cabeza.

"No, es sobre una estudiante de medicina. Se llama... espera, ¿qué chica? Las chicas tiendo a recordarlas, los nombres, no tanto".

"Dijiste que era un favor para una amiga policía o algo así. Suzanne o Suzan Cuthbert o algo así. Jesús, Beckett necesitas alejarte de la bebida. ¿Beckett? ¿Tierra a Beckett?"

Beckett se quedó con la boca abierta.

Ahora que Diego lo mencionaba, recordaba haber enviado a Suzan a Montreal cuando se enteró de que estaba interesada en la medicina, unos años atrás. Como un favor a Drake.

Y esa es la conexión, pensó, con el corazón hundiéndose en la boca del estómago.

"¿Beckett? ¿Sigues ahí?"

Beckett seguía al teléfono, pero de repente tenía la boca tan seca que parecía que se hubiera tragado un puñado de bolas de algodón.

"Sí", consiguió graznar. "Todavía estoy aquí."

"¿Cómo se llama el estudiante del que quiere saber?".

De nuevo, a Beckett le costó tragar saliva.

"Grant McEwing; era estudiante de medicina; se graduó el año antepasado".

"Nunca he oído hablar de él."

Beckett empezó a rasguear los dedos de nuevo.

"¿Estás seguro? Tiene una memoria rara, posiblemente eidética".

"No sé el nombre, pero puedo preguntar por ahí si quieres".

Lo que Beckett quería era salir de esta pesadilla. Lo que quería era, en primer lugar, no recibir nunca un corazón cualquiera en su mesa.

Lo que quería era que Suzan *no* estuviera involucrada.

"De acuerdo, gracias. Te lo agradezco, Diego".

"No hay problema. Avísame cuando vuelvas a Montreal para que volvamos a vernos".

"Suena como un plan. Cuídate, Diego".

Beckett colgó el teléfono y se desplomó en su silla.

Capítulo 44

Lo único que hacía que Beckett siguiera adelante era saber que si no actuaba ahora, mañana por la mañana habría otra entrega esperándole.

Lo que significaba que había habido otro asesinato.

Esta noche, tenía que eliminar a Grant. Después de eso, pensaría qué hacer con Suzan.

Al salir de la morgue, pasó por delante del laboratorio principal, en cuyo interior vio al forense subalterno, John Knox, acercándose a la mujer que estaba antes con él.

Sin pensarlo, Beckett abrió la puerta y se asomó al interior.

"John, si no vuelves a poner la puta caja en mi mesa para cuando llegue mañana, no trabajarás ni un día más como forense en Nueva York".

John se dio la vuelta.

"¿Qué? ¿De qué demonios estás hablando?"

Beckett se enfureció.

"Un día; tienes un día para poner la caja en su sitio".

A continuación, Beckett cerró la puerta de un portazo, lo bastante fuerte como para hacerla vibrar sobre sus goznes. Mientras continuaba por el pasillo, vio que alguien se acercaba a él.

"¿Ron?" dijo Beckett, invadido por la confusión. Desde luego, se parecía a Ron, con la piel del color y la textura del papel encerado y los ojos hundidos.

El hombre sonrió cuando Beckett se acercó, sus finos labios se estiraron y crujieron. Efectivamente, era Ron.

"Beckett, justo el hombre que estaba buscando. He oído que el Dr. Hollenbeck te está buscando. Aparentemente, ¿has faltado a clase hoy? Beckett, me siento un poco como tu madre".

Beckett se había olvidado por completo de la clase y del Dr. Hollenbeck.

"Gracias, tío. Pero ahora estoy ocupado... ¿podemos charlar más tarde?", preguntó mientras pasaba junto a Ron.

El hombre le miró con curiosidad, pero asintió.

"No hay problema. Pero la próxima vez que te vea, será mejor que tengas una botella de whisky en la mano. Me lo debes".

"Claro", dijo Beckett al salir de la morgue.

***

Cuando la oscuridad descendió sobre la ciudad de Nueva York, Beckett se encontró de nuevo en el centro de reinserción social. Hoy estaba más concurrido, lo cual era un buen presagio para él: era más fácil perderse entre la multitud.

Mantuvo los ojos fijos en la puerta durante varias horas, y finalmente, como ayer, Grant regresó. Y una vez más, le acompañaba una mujer que Beckett no reconoció en la penumbra.

Esperó a que entraran, salió del coche y les siguió.

El hombre fumador estaba allí de nuevo, apoyado contra la pared, con un cigarrillo fresco colgando de entre los labios.

Beckett inclinó la cabeza hacia abajo mientras asía la puerta principal y entraba en el *Centro de Vida Renovada de Nueva York*.

Lo primero que le llamó la atención fue el olor. A juzgar por la clientela, Beckett medio esperaba que el local apestara a olor corporal y orina, pero se llevó una grata sorpresa.

Olía a limpio, no a hospital, sino a sanitario, aunque le pareció detectar el olor de albóndigas fritas en algún lugar a su izquierda.

El vestíbulo principal en el que se encontraba Beckett tenía varias filas de mesas metálicas que le recordaban a sus días de instituto.

Mirando a su alrededor para orientarse, se dio cuenta de que las paredes estaban casi vacías, aparte de un grupo de fotografías de jóvenes sonrientes.

Los que lograron salir... vivos, pensó Beckett con morbo.

Beckett se metió las manos enguantadas en el bolsillo delantero de la sudadera y agachó la cabeza al pasar junto a un grupo de adolescentes tatuados que discutían sobre el partido de los Yankees de anoche.

Levantó la vista sólo el tiempo suficiente para confirmar que ni Grant ni su compañero se encontraban en la sala principal, y se dirigió a toda prisa hacia unas puertas que acababan de cerrarse a la

izquierda.

En las gruesas puertas dobles ponía *"Sólo para estancias largas"*, fuera lo que fuera lo que eso significara, pero a nadie pareció importarle, ni siquiera darse cuenta, mientras Beckett caminaba hacia ellas. No estaban cerradas y Beckett abrió una de ellas lo suficiente para pasar.

En lugar de otra habitación, las puertas conducían a una escalera que se extendía en ambas direcciones. Abajo, Beckett vio una puerta roja que parecía conducir a una especie de sala de calderas. Había una segunda puerta junto a la roja -también marcada como *Sólo empleados-, pero* ésta tenía un grueso candado que sería casi imposible de romper.

Hacia arriba, pensó, mientras empezaba a subir. En el segundo escalón, vio un folleto de colores y se inclinó para recogerlo.

En el anverso había una imagen del *Centro de Vida Renovada de Nueva York,* debajo de la cual figuraba un eslogan escrito en negrita.

El hogar está donde está el corazón.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Beckett mientras subía las escaleras.

Sí, Grant era definitivamente culpable. Culpable de asesinato. Y como los demás -como Craig Sloan y Donnie DiMarco, Ray Reynolds, Bob Bumacher, Boris Brackovich y Winston Trent- iba a pagar.

Cuando Beckett subió las últimas escaleras que conducían a otra puerta, ésta, al igual que las puertas dobles, marcada con las palabras *Longterm Only*, sintió que los dedos empezaban a hormiguearle con una sensación familiar.

Capítulo 45

Longterm Only evidentemente se refería a los dormitorios, pero si fuera por Beckett, podría haberlos llamado *Jail Cells (celdas de la cárcel)*.

A ambos lados de un largo pasillo que se duplicaba sobre la sala principal, había pequeñas celdas con una mesa y un catre. Las puertas eran de una especie de plexiglás, pero estaban tan manchadas de grasa que mirar a través de ellas producía una especie de efecto espejo.

Y esto es lo que les espera cuando salgan *de la cárcel,* pensó Beckett.

Se apresuró a pasar por delante de estas habitaciones, con la cabeza todavía inclinada. La mayoría estaban desocupadas, pero las pocas personas que vio dormían o estaban enfrascadas en una partida de cartas con otros personajes de aspecto sospechoso.

Beckett se concentró en la puerta del fondo, la que decía *"Sólo empleados".* Cuando llegó a ella, sin embargo, se sintió consternado al comprobar que estaba cerrada con llave. Pero después de lo que había pasado con Bob Bumacher, después de casi morir estrangulado por el armatoste blanco, había venido preparado.

Beckett sacó del estuche de cuero un pequeño dispositivo para forzar cerraduras. El centro de reinserción social era antiguo, al igual que las cerraduras de las puertas. Tras unos segundos de jugar con el dispositivo de cierre en la vieja cerradura de tambor, oyó que los pasadores se alineaban y el mecanismo se desenganchaba.

Volvió a guardar el dispositivo en el bolsillo, miró a su alrededor una vez más para confirmar que estaba solo y abrió la puerta de un tirón.

La intención de Beckett había sido deslizarse rápida y discretamente dentro de esta habitación como había hecho con las otras, pero se detuvo en seco.

Era como si hubiera abierto la puerta a una especie de portal.

Estaba mirando hacia un despacho inmaculadamente cuidado que parecía tan fuera de lugar en el lúgubre pasillo, que llegó a mirar hacia atrás para confirmar que lo que veía era real.

El escritorio que daba a la puerta era de granito o de alguna otra piedra preciosa, y sobre él descansaba un flamante ordenador portátil. Sólo la lámpara de escritorio parecía haber costado tres cifras, y eso

sin hablar del ornamentado portalápices que tenía al lado.

"Bueno, esto es interesante", murmuró Beckett mientras entraba y cerraba la puerta tras de sí.

En cada pared, detrás del escritorio, había otras dos puertas.

Beckett se dirigió primero a la de la izquierda. Había una ventana rectangular empotrada en la puerta de madera y se asomó por ella. El interior era casi idéntico al de la habitación de *larga duración* del pasillo, sólo que no había catre. En su lugar, había una gran mesa que ocupaba la mayor parte de la habitación.

Beckett no necesitaba ver las correas de cuero en cada esquina para saber para qué servía aquella mesa; cuatro hombres habían perdido el corazón sobre aquella misma superficie.

"Tsk, tsk, tsk", dijo Beckett en voz baja. "Tienes un buen montaje aquí, Grant."

Tiró de la manilla, pero la puerta estaba cerrada. Pero en lugar de intentar forzarla, se fijó en la otra puerta de la habitación. A diferencia de la primera, ésta no tenía ventana -era un sólido trozo de metal azul-, lo que resultaba más intrigante.

Pero el entusiasmo de Beckett duró poco; estaba bien cerrada con un nuevo candado. Tras intentar abrirla sin éxito con su herramienta, se dio por vencido y dio un paso atrás, buscando otra forma de entrar. Las bisagras eran gruesas y resistentes, pero con el equipo adecuado, Beckett pensó que no tendría ningún problema para desmontar toda la puerta.

Pero no había venido preparado con una caja de herramientas completa; sólo tenía su rudimentario dispositivo para forzar cerraduras y sus utensilios para matar.

Podría volver...

Beckett desechó inmediatamente la idea.

La última vez que había decidido "volver", otro chico del centro de reinserción había perdido la vida.

No me iré de aquí sin el corazón de Grant McEwing en mi mano.

Justo cuando llegó a esta conclusión, Beckett oyó que la puerta que tenía detrás empezaba a abrirse.

Capítulo 46

"¿Dr. Campbell?" Grant McEwing jadeó. "¿Qué estás... qué estás haciendo aquí?"

Beckett se sorprendió igualmente al ver a Grant, pero se recuperó rápidamente. Instintivamente metió la mano en el bolsillo, cogió la herramienta para forzar cerraduras y se la apretó en la palma. Prefería el bisturí, pero las hojas nuevas seguían guardadas en el estuche de cuero.

Beckett alargó la mano, agarró a Grant por el cuello y presionó la herramienta de apertura de cerraduras contra la garganta del hombre antes de que éste se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

"¡Eh!" Grant gritó cuando la puerta se cerró detrás de él.

"Sé lo que hiciste", le siseó Beckett al oído mientras apoyaba a Grant contra el escritorio. Lo miraba directamente a los ojos mientras hablaba.

"¿De qué estás hablando?"

Beckett no dijo nada; se limitó a reajustar su agarre en el cuello del hombre y a apretar con fuerza. Cuando quedó claro que Grant no iba a oponer resistencia, soltó al hombre, pero mantuvo la ganzúa preparada.

"Estoy aquí... me llamaste, y ahora estoy aquí. *Sé lo que hiciste. Sé lo que eres*".

Beckett esperaba que los ojos de Grant se endurecieran entonces, que adquirieran la mirada acerada de un asesino que sólo había sido capaz de identificar una vez que él mismo había cometido el acto.

Pero nunca llegó.

Beckett volvió a agarrar a Grant por el cuello, esta vez tirando de él hacia delante hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros.

"*Sé lo que hiciste*", volvió a acusar Beckett.

Y entonces, los ojos de Grant cambiaron, pero no de la forma que Beckett esperaba.

Inexplicablemente, se ablandaron.

"Vale, vale", dijo Grant en voz baja. Beckett aflojó el agarre, pero no lo soltó del todo. "Es verdad. Todo es verdad".

Sus ojos empezaron a lagrimear y Beckett se apartó.

No era así como había esperado que reaccionara el hombre una vez enfrentado; después de todo, los mensajes ocultos dejaban claro que *quería que* Beckett supiera quién era.

Lo que había hecho.

Pero esto... esto era simplemente confuso.

O tal vez sea una treta, pensó Beckett mientras metía lentamente la mano en el bolsillo para sacar el estuche de cuero.

"¿Qué han hecho? ¿Qué hicieron para merecer morir?" Beckett exigió.

Los ojos de Grant se levantaron de repente y se centraron en los de Beckett.

¿"Morir"? ¿De qué estás hablando? Acabo... acabo de mentir en mi solicitud de patología forense. Ni siquiera fui a la escuela de medicina".

Beckett se quedó tan estupefacto ante esta respuesta que dio un paso atrás.

"¿Tú *qué*?"

"Sí, sé que estuvo mal y probablemente ilegal, pero nunca fui a la facultad de medicina".

Los ojos de Beckett se abrieron de par en par.

"¿De qué coño estás hablando?"

"Falsifiqué los expedientes, dije que fui a la escuela en Montreal. Conseguí que un amigo de mi padre me escribiera una carta de recomendación".

Beckett negó con la cabeza.

"Pero... pero esa habitación", dijo en voz baja, indicando la puerta con la ventana justo detrás de Grant.

"Este ni siquiera es mi despacho", contestó Grant rápidamente.

La mente de Beckett nadaba ahora.

Tenía que ser Grant.

Él era el que conocía a Suzan, el que empezó la residencia el día que todo esto empezó. Grant estuvo en la ceremonia de inauguración, formó parte de la fundación que financió este lugar... todo apuntaba a que fue él quien mató a esos niños.

Y los cortes... los cortes en el corazón eran los mismos.

"¿No lo es?" preguntó Beckett en un tono estrangulado que no reconoció.

Grant negó con la cabeza.

"No... es de mi hermana".

Capítulo 47

"¿Tu... tu hermana?" tartamudeó Beckett, alejándose más de Grant.

"Flo-Ann", dijo Grant con un movimiento de cabeza. "Este es *su* despacho".

Beckett estaba tambaleándose. Recordaba haberla visto en la ceremonia unos días antes y...

Una imagen de Grant entrando en el centro de reinserción social con una mujer a su lado pasó por su mente.

¿Era... era *ella*? ¿Podría haber sido ella todo el tiempo?

"¿Fue... fue Flo-Ann a la facultad de medicina?" Beckett preguntó.

Grant asintió.

"Pero sólo durante dos años... La ayudé en todo lo que pude, y cuando no pude, papá intervino. Ella no estaba... hecha para eso".

Beckett se quedó estupefacta.

Eso explicaba por qué los cortes eran iguales; Grant nunca había tenido una formación reglada. Lo que había aprendido en los libros de texto, se lo había enseñado a su hermana. Tenía sentido que sus cortes fueran casi idénticos.

Y también por eso Grant no tenía la mirada de los otros asesinos, porque él no era uno de ellos.

"¿Vas a echarme de la Universidad? ¿Llamar a la policía?" preguntó Grant.

Beckett tuvo que pensarlo un momento, tuvo que repasar todo lo que acababa de decirle a Grant.

¿Me he implicado?

Al final, no importaba; a pesar de las posibles consecuencias, Beckett no estaba dispuesto a romper su código moral y hacer daño a este chico, incluso si eso significaba salvarse a sí mismo.

"Fuera de aquí", siseó Beckett, evitando deliberadamente la pregunta. "¡Fuera de aquí, ahora!"

Grant tardó un momento en reaccionar, pero cuando lo hizo, salió corriendo hacia la puerta.

Pero antes de irse, Beckett pensó en algo.

"Las llaves... ¿tienes las llaves de esta habitación?", preguntó señalando la gruesa azul de la derecha.

Grant asintió y sacó un llavero del bolsillo.

"Dámelo", me ordenó.

El hombre asustado lanzó las llaves a Beckett y éste las cogió.

"¡Ahora vete!"

Grant, que parecía un ciervo sorprendido por los faros, salió corriendo de la habitación.

Cuando volvió a quedarse solo, Beckett se dirigió a la gruesa puerta de metal y empezó a probar las llaves una a una. Al cuarto o quinto intento, el candado se abrió.

Tras respirar hondo, Beckett abrió la puerta.

Lo primero que le llamó la atención fue el olor; la habitación apestaba a carne dejada al aire libre en un caluroso día de verano. Lo segundo que notó fue el zumbido de las moscas.

Parpadeando contra el aire húmedo para aclarar su visión, Beckett finalmente vislumbró lo que había detrás de la puerta número dos.

Y entonces jadeó.

Beckett no era ajeno a la muerte y, sin embargo, la escena que tenía ante sí le dejó sin aliento.

Allí, al fondo de la habitación, cubiertos desordenadamente con una lona azul, estaban los contornos de tres cuerpos. Quienquiera que los hubiera cubierto lo había hecho tan mal que Beckett pudo distinguir una mata de pelo castaño oscuro cubierto de sangre que asomaba por una esquina. Conteniendo la respiración, Beckett se acercó a la lona y tiró de ella de un tirón.

Entonces se tambaleó, resbaló sobre un limo indiscernible y cayó de culo.

No había tres cuerpos debajo, sino cuatro.

Y reconoció al cuarto.

El hombre tenía la boca abierta, congelada por el miedo, y los ojos ordeñados. Fue una instantánea de terror que conmocionó a Beckett hasta la médula.

Era Brent Taylor, el hombre que había entrado en su casa, el amigo de Suzan que, según ella, se había golpeado la cabeza en el instituto.

El mismo hombre que Beckett había alejado.

Entonces cayó en la cuenta de que, después de todo, Suzan podría no estar implicada en nada de esto. Si Grant mintió sobre su asistencia a la facultad de medicina y Diego no se acordaba de él, lo más probable era que no hubiera ninguna relación entre los dos. Y Beckett no podía imaginar que ella le hiciera algo así a su amigo, sobre todo después de su interacción en su casa.

Flo-Ann debió de toparse con Brent y convenció a aquel hombre sencillo para que la ayudara, para que le llevara las cajas a su despacho. Y entonces, o se había hartado de él, o le preocupaba que la delatara y lo había convertido en su cuarta víctima.

Pero si el cuarto corazón que recibí era el de Brent, ¿quién trajo ese a mi oficina?

Sin embargo, antes de que pudiera pensarlo, Beckett oyó el sonido de unos pasos que se acercaban por el pasillo. No eran los sonidos de unas zapatillas de correr, sino de unos zapatos de tacón.

Todavía de culo, Beckett se deslizó por el suelo resbaladizo, respirando por la boca para evitar el hedor a carne podrida. Y entonces hizo lo único que se le ocurrió en ese momento. Se acurrucó junto al cuerpo destrozado de Brent y tiró de la lona sobre ellos.

Entonces Beckett esperó.

Capítulo 48

El hedor era tan intenso bajo la lona que a Beckett se le humedecieron los ojos. Oyó el ruido de los tacones sobre el duro suelo de cemento cuando la mujer entró en la habitación, pero luego se detuvieron. Beckett supuso que Flo-Ann acababa de darse cuenta de que la puerta de su habitación de la muerte estaba abierta.

De la forma más sutil posible, se metió la mano en el bolsillo y sacó el estuche de cuero. Luego, trabajando a ciegas, consiguió sacar una jeringuilla precargada. Mientras ajustaba el primer y el tercer dedo en las guardas -algo a lo que aún se estaba acostumbrando sin el dedo corazón-, Flo-Ann murmuró una maldición en voz baja.

Un segundo después, oyó los clacs cuando ella se acercaba a la puerta azul.

La presión en la habitación cambió de repente y parte del hedor de la muerte salió al abrir la puerta.

Beckett contuvo la respiración y esperó mientras los lentos clacs se acercaban... y se acercaban... y se acercaban...

El movimiento se detuvo y, tras una breve pausa, oyó que la lona se arrugaba mientras alguien agarraba una esquina.

A diferencia de cómo había tirado de la lona, Flo-Ann la retiró lentamente, revelando poco a poco el rostro sonriente de Beckett.

El bonito rostro de Flo-Ann se puso blanco e intentó retirarse hacia la puerta. Pero sus tacones resbalaron y cayó al suelo al igual que Beckett minutos antes.

Fue entonces cuando Beckett se abalanzó con la jeringuilla. Flo-Ann ni siquiera levantó las manos antes de que él la inyectara en un lado del cuello.

"Sé lo que eres", le susurró al oído mientras ella empezaba a forcejear bajo él. "Sé lo que *hiciste"*.

Capítulo 49

Beckett se colocó encima del cuerpo de Flo-Ann mientras sus ojos se agitaban lentamente y acababan por abrirse.

Una característica mirada de confusión bañó sus bonitas facciones, pero éstas acabaron convirtiéndose en una mueca de desprecio. Intentó incorporarse, pero lo más que consiguió fue mover la cabeza.

Sus ojos se desviaron hacia las correas de cuero que le sujetaban los brazos a los lados y luego hacia las que le separaban las piernas. Beckett la había desnudado hasta dejarla en sujetador y ropa interior, y cuando se dio cuenta, su rostro pasó de una mueca de desprecio a una sonrisa.

"Bonito montaje el que tenéis aquí", dijo Beckett, mirando la habitación.

Era casi apropiado que la matara aquí, en la misma habitación en la que había acabado con la vida de los cuatro hombres y jóvenes recién puestos en libertad condicional.

"¿Por qué no puedo moverme?" preguntó Flo-Ann.

Beckett levantó la jeringuilla medio vacía.

"Succinilcolina", dijo. "La droga asesina perfecta. Sólo inyecté la mitad de la dosis requerida, no lo suficiente para paralizar tu corazón o diafragma. Sólo tus músculos".

Aunque Flo-Ann tenía los ojos fríos de una asesina, Beckett necesitaba que lo dijera. Necesitaba que ella dijera que había matado a aquellos hombres y niños antes de que él lo hiciera.

Beckett cogió un bisturí y lo acercó a las luces incandescentes de arriba. Se reflejó con dureza en el rostro de Flo-Ann.

"¿Por qué los mataste, Flo-Ann?" preguntó Beckett en un tono casi aburrido.

Volvió la mueca de desprecio.

"Mi padre era un buen hombre... no, un *gran* hombre. Lo que hizo por los demás, incluida la gente de este centro de reinserción y las personas que salvó como cirujano... Se merecía algo mejor. Pero cuando necesitó ayuda, cuando necesitó un hígado nuevo, ¿crees que pudo conseguirlo?".

Beckett escuchó atentamente, esperando la confesión que

necesitaba oír.

"Estuvo seis meses en la lista de donantes, pero cuando apareció su nombre ya estaba casi muerto. El cáncer se le había extendido al corazón y al cerebro. Se había convertido en un idiota incapaz de limpiarse el culo y mucho menos de salvar a nadie".

Beckett se mordió la lengua. Éste era un estribillo común entre los sociópatas y psicópatas como Flo-Ann; justificaban sus actos como podían. Pero aunque Peter McEwing hubiera muerto de viejo a los 103 años, Flo-Ann habría encontrado otra razón para matar.

Beckett lo sabía porque sentía el mismo impulso.

Sentía un hormigueo tan intenso en los dedos que apenas podía mantener firme el bisturí. Tenía la cara enrojecida y empezaba a sudar.

"¿Sabes por qué te envié los órganos, Beckett?"

Beckett negó con la cabeza y se inclinó hacia delante. Colocó el bisturí sobre la piel de Flo-Ann, justo debajo de donde la clavícula se unía con el hombro.

"Te escucho".

"Porque eres como yo", dijo ella. Beckett empezó a deslizar la hoja en su carne, deleitándose en la forma en que cortaba el tejido conjuntivo con la misma facilidad con que un cuchillo caliente atraviesa la mantequilla. Flo-Ann ni siquiera se dio cuenta; la succinilcolina la había adormecido por completo.

Por ahora.

"Yo no soy como tú", respondió Beckett con un tono plano.

Empujó la hoja más profundamente y la movió hacia el centro de su pecho.

"Oh, sí que lo eres. Fue sólo un accidente que te viera fuera de la casa de Winston Trent, sólo un accidente. Ni siquiera suelo ir a ese barrio, pero estaba siguiendo a uno de los delincuentes juveniles que salvó mi padre, que estaba robando en el centro de reinserción social."

Beckett acercó el bisturí al ombligo, partiendo la carne y dejando un rastro de sangre. Luego volvió a empezar desde el hombro opuesto, completando la incisión en Y.

"Al principio no me lo podía creer. De hecho, ni siquiera te habría reconocido si no estuvieras en la junta directiva de la Unidad de Trasplantes McEwing. Por eso te envié los órganos, porque sabía que eras como yo. Podemos trabajar juntos, podemos..."

Los ojos de Flo-Ann se agitaron de repente y se pusieron en blanco mientras la sangre se derramaba por la incisión en Y y cubría su carne de alabastro.

Beckett se asombró de que aún no se hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando.

"Todavía podemos... trabajar... juntos..."

La mujer gruñó cuando Beckett le arrancó la piel y luego gimió cuando le partió el esternón. No sólo la sala de cadáveres de Flo-Ann estaba bien equipada para extraer órganos, sino que Beckett incluso había encontrado una de las bolsas de trasplante de órganos que había robado de la Unidad de Trasplantes McEwing.

Cuando metió la mano en la cavidad de su cuerpo, su boca se abrió y la sangre se derramó sobre sus mejillas.

Y, sin embargo, no gritó, lo que Beckett supuso que se debía en parte al paralizante y en parte a que sabía lo que se avecinaba. *Debía de* saber que estaba destinada a acabar así.

"Eres... como... yo..." Flo-Ann logró entre toses y salpicaduras de sangre.

Beckett trabajaba ahora con rapidez, sabiendo que, con la cantidad de sangre que estaba perdiendo, sólo sería cuestión de tiempo que muriera.

Pero, a diferencia de Flo-Ann, Beckett tenía formación, bastante más que dos años de medicina.

Cuando introdujo la mano en la cavidad torácica de Flo-Ann y finalmente extrajo el corazón, lo levantó para que la mujer lo viera un segundo antes de que se le pusieran los ojos en blanco. Luego, cubierto de la sangre de la mujer, Beckett se acercó a su oído.

"Tú y yo no nos parecemos en nada".

Capítulo 50

Beckett se duchó primero con la ropa puesta, limpiándose de cualquier resto de ADN de Flo-Ann, antes de guardarla en una bolsa mientras seguía en la ducha. Luego se frotó con jabón antiséptico como si fuera un cirujano preparándose para operar.

Luego ató la bolsa y la dejó en la bañera. La incineraría más tarde en el laboratorio.

Después de secarse, Beckett fue a su mesilla de noche y sacó un maletín de cuero negro. Sólo que éste no estaba lleno de jeringuillas ni bisturíes, sino de un kit casero para tatuajes.

Respirando hondo, preparó la tinta y levantó el brazo derecho. Mientras miraba fijamente las seis líneas que ya estaban allí, Beckett recitó los nombres que representaban.

"Craig Sloan, Donnie DiMarco, Ray Reynolds, Bob Bumacher, Boris Brackovich, Winston Trent."

Y entonces, con una mueca de dolor característica, empezó a tatuarse una nueva línea, esta vez añadiendo otro nombre a su colección.

"Flo-Ann McEwing."

Cuando terminó, Beckett colocó papel de seda sobre el nuevo tatuaje.

Agotado, se dirigió a su cama y, por primera vez en mucho tiempo, desde la noche en que había matado a Winston Trent, Beckett durmió profundamente y sin pesadillas.

***

"Buenos días, Delores", dijo Beckett con una sonrisa. Dio un sorbo a su café y puso otra taza sobre el escritorio de la mujer.

Delores le miró con expresión curiosa.

"¿Qué es esto?", preguntó.

"Moca extra alto con nata, como a ti te gusta", respondió con un guiño.

Delores se le quedó mirando como si tuviera tres cabezas.

"Ah, ¿y conoces a Chris Hemsworth? Porque yo sí", dijo. "Bueno, en realidad no. La última vez que estuvo aquí rodando en la ciudad uno de los directores vino a verme para solucionar un problema... ladillas, ya sabes cómo es. En fin, la suerte ha querido que esta noche esté en la ciudad para una gala y se ha traído a Chris. Le pedí un favor y puse su nombre en la lista de invitados".

Delores parpadeó varias veces y Beckett pensó por un momento que podría desmayarse.

"Siento mucho lo del otro día, Delores", dijo Beckett, su tono se volvió serio. "De todas formas, ¿por qué no te tomas el resto del día libre y te compras algo bonito que ponerte para esta noche?".

Beckett se dio la vuelta y se dirigió a su despacho.

"¿Dr. Campbell?"

"¿Sí?"

"Conseguí imágenes del pasillo el otro día, tal y como me pediste", dijo Delores, tendiéndole una llave USB.

Beckett frunció el ceño y lo cogió.

"Gracias", respondió vacilante y se dirigió a su despacho.

Beckett tomó asiento detrás de su ordenador y cargó el vídeo.

A medio camino, la taza de café se le resbaló de la mano y cayó al suelo.

"De ninguna puta manera".

Capítulo 51

Beckett esperó en la oscuridad. Hacia las nueve y media, la puerta se abrió y se encendió una luz.

El hombre que entró dejó caer su maletín y se dirigió hacia la cocina. A medio camino, vio a Beckett cómodamente sentado en su sillón, con una cara botella de whisky agarrada en una mano.

"Veo que ha traído la botella que me prometió", dijo el Dr. Ron Stransky, con una sonrisa en la cara.

Beckett se puso en pie y le tendió la botella.

"Mejor que esa bazofia que bebes", dijo.

Ron asintió y empezó a decir algo, antes de que sus ojos se desviaran hacia el otro objeto que Beckett había llevado consigo a la casa de aquel hombre.

"¿Es esto lo que creo que es?" preguntó Ron mientras miraba la bolsa de vinilo blanco.

"Sí."

"Me lo imaginaba", dijo Ron. "Me imaginé que todo se reduciría a esto".

Beckett seguía sin decir nada mientras se acercaba a su viejo amigo y le levantaba el dobladillo de la camisa. Debajo, vio una gran sección de gasa que cubría la mayor parte de la parte derecha de su estómago.

"Todos esos años bebiendo te pasaron factura, ¿verdad?"

Ron asintió.

"He vivido una buena vida, Beckett. No lo negaré. Y no pondré excusas".

Fue una curiosa elección de palabras, y Beckett las dejó asimilar por un momento.

"No fue difícil encontrar a alguien como Flo-Ann para que me ayudara", continuó Ron. "Pero ella simplemente no podía controlarse. Un hígado, le dije. Sólo uno. Para ser honesto, si no la hubieras sacado cuando lo hiciste, probablemente lo habría hecho".

Beckett sacó lentamente el bisturí del bolsillo. Se preparó por si Ron echaba a correr o intentaba luchar contra él, pero el hombre ni se inmutó; estaba demasiado frágil por su reciente trasplante de hígado.

Beckett no tuvo que buscar demasiado para averiguar quién le había quitado el hígado a Lab Guy: había sido Ron.

Beckett no podía creer que se hubiera tragado la historia de Ron de que el doctor Singh venía a por ella... el hombre era cuadriculado como ellos solos, preocupado por la financiación y el protocolo y todo tipo de tonterías que en realidad no importaban en absoluto.

"Entonces, ¿la coaccionaste, hiciste que Flo-Ann hiciera tu voluntad?"

Ron se encogió de hombros.

"Sabes tan bien como yo que si no me acercara a ella, encontraría otra razón para matar".

Beckett se encontró asintiendo a pesar de todo lo que había pasado.

No puedo creer que pensara que era Grant cuando todo el tiempo era Flo-Ann.

El resto de la historia encajó entonces. Beckett recordó cómo le había preguntado a Grant con quién había estado hablando su padre sobre Beckett. En aquel momento, Grant había dicho que no lo recordaba. Pero eso era lo que le gustaba a Grant: recordar. No quería decírselo a Beckett, porque había sido Ron todo el tiempo. Y Ron había escrito la falsa carta de apoyo para que Grant entrara en el programa de residencia de Beckett.

Todo esto llevó a la pregunta de cuánto tiempo Ron había planeado esto realmente, cuánto tiempo sabía lo que Beckett había hecho, quién era.

"¿Por qué yo? Entiendo por qué involucraste a Flo-Ann, pero ¿por qué a mí? ¿Fue sólo porque me vio con Winston Trent?"

Ron suspiró y sacudió la cabeza.

"¿Recuerdas en la residencia? ¿La noche que estuvimos solos en el 'merge'? Se suponía que había un adjunto, pero se había ido a follar con una de las enfermeras. Estábamos solos tú y yo, ¿recuerdas?".

Beckett se devanó los sesos, pero sólo consiguió un recuerdo entrecortado.

Ron asintió.

"Esa noche vino la policía y se llevó a un hombre implicado en un allanamiento de morada. Pero no era una víctima; fue él quien irrumpió en la casa e intentó secuestrar a una niña de siete años. ¿Lo recuerdas? El padre le disparó y el hombre de la 'merge devolvió el fuego. Pero mientras el padre murió en el lugar de los hechos, el

intruso fue trasladado a nuestro hospital".

Las imágenes empezaron a inundar la mente de Beckett con imágenes de un hombre cubierto de sangre, gritando que se estaba muriendo, que le habían disparado en la pierna.

Para... *por favor, Dios, ¡sálvame! ¡No quiero morir!*

"Sí, lo recuerdo".

"Te di el caso y asumí un papel de supervisión. Era una operación sencilla: fusionar la arteria femoral. Probablemente habría perdido la pierna, pero habría sobrevivido. Pero, ¿qué hizo usted? Lo retrasaste, pediste más pruebas, citaste tonterías sobre alergias o alguna otra mierda. ¿Te acuerdas de eso?"

Beckett cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza.

"No lo recuerdo", dijo.

"Pues yo sí. Nunca olvidaré el día en que dejaste que un hombre se desangrara allí mismo, en la mesa de operaciones, cuando podías haberlo salvado. Nunca lo olvidaré porque entonces vi algo en tus ojos. Fue entonces cuando supe cómo eras, cómo eras *realmente*. Me sorprende que hayas tardado tanto en darte cuenta".

Una lágrima recorrió la mejilla de Beckett mientras levantaba el bisturí. Ron le sorprendió alzando una mano.

"He hecho las paces, Beckett; sólo espero que me permitas una última cosa antes de quitarme la vida".

Beckett bajó la hoja un cuarto de pulgada.

"¿Qué?"

Los ojos de Ron se desviaron hacia la botella que Beckett tenía en la mano.

"Sólo un *trago*, un trago. Es una pena desperdiciar algo tan bueno. Déjame tomar un trago antes de que todo termine".

Epílogo

"¿Suzan? ¿Qué estás haciendo aquí?" Beckett preguntó.

Suzan estaba sentada en los escalones del porche, con la cara entre las manos. Cuando sacó la cara, tenía los ojos en carne viva y las mejillas húmedas de lágrimas.

Beckett corrió entonces hacia ella, rodeándola con sus brazos.

"¿Qué ha pasado?"

Suzan no contestó; en lugar de eso, cogió el periódico que estaba a su lado en la entrada y se lo tendió. Becket sólo tuvo que leer el titular para saber por qué lloraba.

En él, había una foto de un joven Dr. Ron Stransky. El titular decía: *Prestigioso cirujano asesina a cinco -incluida una rica heredera- para extraer órganos para sí mismo.*

Parecía sacado de una novela.

A Beckett se le cortó la respiración.

"Brent... Brent fue una de las víctimas del doctor Stransky", dijo Suzan entre sollozos. Beckett la apretó aún más fuerte. Al cabo de unos instantes, ella lo apartó y se frotó los ojos.

"Te importa", dijo en un susurro. "Finges que no, pero sé que te importa. Estabas allí aquella noche, fuera del centro de reinserción social, porque te importa, porque le estabas buscando, por Brent, ¿verdad?".

Beckett se quedó mirando su bonita cara, sus mejillas empapadas, antes de contestar.

Asintió con la cabeza.

Ya estaba rota; no tenía sentido destruirla por completo.

Suzan asintió y Beckett acunó su cabeza entre los brazos.

Al cabo de unos minutos, el teléfono de Beckett zumbó en su bolsillo y lo sacó.

Era un mensaje de su amigo Diego de Montreal.

No hay registro de que Grant McEwing haya asistido a la escuela de medicina aquí, lo siento amigo. ¿Cuándo vienes de visita?

"¿Quién es?" preguntó Suzan.

Beckett apagó el teléfono y se lo volvió a meter en el bolsillo.

"Nadie", respondió él, poniéndola de pie. "Oye, ¿qué tal si nos tomamos el resto de la semana libre y nos vamos de mini vacaciones?".

Suzan le miró con el ceño fruncido.

"¿Pensé que odiabas las vacaciones?"

"Odio el sol y la playa, pero me encanta Montreal. ¿Qué me dices?"

Suzan le rodeó la cintura con el brazo. Cuando sus dedos rozaron su costado, Beckett hizo un gesto de dolor.

"Supongo que deberíamos empezar a empacar, entonces. ¿Qué le pasa a tu lado, de todos modos?"

Beckett subió los escalones de su casa.

"Nada. Sólo me hice dos tatuajes nuevos. Vamos, vamos a empacar. "

FIN

Nota del autor

Beckett es un *mamajama* malo. Fue muy divertido escribir sobre su particular estilo de venganza, sobre su crecimiento como asesino. No es frecuente que el asesino sea el protagonista de mi libro o de cualquier otro. Hasta ahora, ha sido un viaje único y satisfactorio, y espero que te hayas divertido tanto leyéndolo como yo escribiéndolo.

Tengo muchas más historias de Beckett y su creciente pandilla de inadaptados -pienso que Grant podría quedarse un tiempo, a pesar de lo que le pasó a su hermana-, pero sólo dispongo de un tiempo limitado para escribirlas. Por eso insisto en que, si te ha gustado este libro, dejes una reseña en Amazon. Esto me ayudará a medir vuestro interés por Beckett y sus aventuras y a seguir escribiéndolas. Con esta serie, la de Drake y la de Chase Adams, tengo las manos ocupadas. Ah, y por si no lo sabíais, Beckett tiene un papel destacado en la serie de Drake. Mi intención era escribir DONANTE DE ÓRGANOS de forma que no *tuvieras* que leer ninguna de las otras series para entenderla o disfrutarla. Dicho esto, si te gusta Beckett, quizá quieras echarle un vistazo a la serie del detective Damien Drake.

...todo esto para decir que habrá al menos un libro más en la serie de Beckett (aunque nada me gustaría más que escribir un par de docenas protagonizadas por él). Se titula INJECTING FAITH e implica a Beckett viajando al sur para enfrentarse a un charlatán que tiene a todo el mundo convencido de que hace milagros médicos. Puedes pedir tu ejemplar haciendo clic AQUÍ.

Como siempre, sigue leyendo y yo seguiré escribiendo.

Patrick

Montreal, 2018

Y ahora, para echar un vistazo al LIBRO 2 de la serie de thrillers médicos del Dr. Beckett Campbell, *INYECTANDO FE,* sigue leyendo...

Inyectar fe

Dr. Beckett Campbell Médico Forense

Libro 2

Prólogo

"Pasa y siéntate, por favor", dijo la mujer, mientras se acomodaba en un cómodo sillón de gran tamaño. El chico la siguió, pero mantuvo la cabeza gacha todo el tiempo, negándose a mirarla a los ojos. Se desplomó y cruzó los brazos sobre el pecho, desafiante. "Bueno, ¿vas a contarme qué ha pasado?".

El chico negó con la cabeza.

"Vale, vale, no tienes que hablar de ello ahora, pero en algún momento tendrás que asumir la responsabilidad de tus actos. Es la tercera vez que te portas mal esta semana. Y esta vez, le pusiste un ojo morado a Charlie. Este tipo de comportamiento no es aceptable aquí; no puedes atacar a la gente sin provocación. Tú lo *sabes*".

El chico resopló, su pequeño pecho subiendo y bajando dramáticamente bajo sus delgados brazos.

La mujer suspiró, se quitó las gafas y las dejó sobre su regazo. No podía creer que un niño tan pequeño, de sólo cinco años, pudiera tener tanta rabia contenida en su interior. Tanta hostilidad. Tanto odio no correspondido.

"Sé que es duro, sé que esta no es la vida a la que estás acostumbrado y que te va a costar adaptarte. Pero no puedes pegar a los otros niños... y si no me dices por qué estás tan alterada todo el tiempo, no puedo ayudarte. Y eso es lo que quiero hacer; quiero ayudarte".

El chico volvió a respirar hondo y abrió la boca para hablar. Ella pensó que por fin lo había convencido, pero el chico cerró la mandíbula y se limitó a negar con la cabeza.

"Tienes que hablar, usar tus palabras. La violencia no..."

De repente, el chico levantó los ojos y la fulminó con la mirada.

"Quiero matarlo", susurró.

Las palabras fueron dichas con tal furia, que la mujer tuvo que aclararse la garganta antes de hablar.

"¿Disculpe?"

"Quiero matarle", repitió el chico. "*Necesito matarle*.

La siguiente pregunta debería haber sido "¿por qué?" (toda la formación de la mujer así se lo indicaba), pero no pudo resistirse a preguntar algo más.

"*¿Quién?* ¿Matar a quién? ¿A Charlie? ¿Quieres matar a Charlie?"

Otro violento movimiento de cabeza.

"Entonces, ¿de quién estás hablando? Este comportamiento..."

"No Charlie, quiero matar al hombre que asesinó a mi padre. Quiero matar al hombre de pelo rubio y tatuajes".

PARTE I - La muerte es una enfermedad

Capítulo 1

"¿Has visto La *naranja mecánica*, Wayne?" preguntó el Dr. Beckett Campbell mientras rodeaba la silla y encendía el proyector. Era del tamaño de un disco duro externo y, cuando se encendió, emitió la luz suficiente para iluminar la pared de hormigón.

La respuesta amortiguada que siguió fue completamente ininteligible.

Beckett se dirigió a su ordenador y lo conectó al proyector. Luego cargó un archivo de vídeo y pulsó play.

"Bueno, esto es más o menos así". Balanceó la cabeza de un lado a otro. "Vale, me has pillado; *en realidad* no es como *La naranja mecánica.* Quiero decir, sólo tienes algunas cosas en común con esa película. Como esas cosas que te separan los párpados... se llaman espéculos. *Los* tenían en la película*, es* para que no puedas parpadear. Sólo que, en la película, usaban lo que se llama un espéculo *Barraquer*. Tienes razón, tienes razón... en realidad no importa cómo se llama, basta con decir que en realidad son bastante cómodos. Ah, pero me temo que no tuviste tanta suerte, no tenía ninguno de esos artilugios a mano. Así que hice tus espéculos con un par de perchas que tenía por ahí".

De nuevo, más protestas detrás de la cinta adhesiva que cubría la boca del hombre. Beckett hizo una pausa mientras el vídeo se iniciaba y se reproducía la escena inicial. Era un escenario playero, que al principio sólo mostraba olas ondulantes y una arena suave que parecía increíblemente cálida y acogedora, dado el frío otoño neoyorquino del exterior. Pero entonces apareció un niño, un chaval que sólo llevaba un bañador azul y huía de la cámara. Se reía y mostraba unos dientes nuevos que apenas habían empezado a crecer.

"Pronto, tus ojos se van a poner increíblemente secos. Créeme, lo vas a odiar. Vas a rogar por gotas para los ojos, harías cualquier cosa por un chorrito de agua en ellos. No te voy a dar nada, por supuesto, pero créeme, vas a tener la sensación de que tus ojos antes eran uvas gordas y jugosas y ahora son ciruelas pasas disecadas. Tiene que ser una de las sensaciones más incómodas imaginables... pero divago. Oh,

esta es otra cosa que tienes en común con "*La naranja mecánica"; vas* a ver una película. Meta, ¿no?"

El hombre siseó en su cinta, pero Beckett no le hizo caso. En la pantalla, la cámara se hundió en la arena y apareció un hombre persiguiendo a su hijo.

"¿Pero la principal diferencia?" Beckett continuó. "En esa película, en el libro también, pero la mayoría de la gente ya no lee los libros; seamos sinceros, ¿quién tiene tiempo para leer libros cuando tienes podcasts, Amazon Prime y Netflix? *Nadie*. De todos modos, en *La naranja mecánica*, el protagonista -se llama Alex, para tu información- se cura al final".

Beckett hizo una pausa y la escena del proyector cambió. Fueron transportados a un escenario nevado. El niño patinaba, y la verdad es que lo hacía bastante bien para tener ocho años. Sin embargo, cuando se estrelló contra un banco de nieve, era evidente que aún estaba trabajando en su parada.

"Al final de esta película, sin embargo, no estarás curado, Wayne. Estarás muerto".

Los gritos ahogados del hombre se intensificaron e intentó mover la cabeza de un lado a otro. De hecho, consiguió moverse un poco, a pesar de la correa que le cruzaba la frente y estaba atada al respaldo de la silla. Sin arriesgarse, Beckett se colocó rápidamente detrás de la cabeza del hombre y la tensó. Luego cogió un bisturí y se puso delante del hombre. Los ojos de Wayne ya estaban a punto de salírsele de la cabeza, pero cuando vio la brillante hoja que Beckett sostenía convenientemente en la trayectoria de la luz del proyector, parecieron ensancharse aún más. Esto hizo que los bordes dentados de los espéculos improvisados le rebanaran los párpados inferiores. Lágrimas sangrientas se derramaron por las mejillas pastosas del hombre.

"Ah, qué lindo; pero no llores por mí, Argentina. Spoiler Alert: ¿quieres saber cómo sé que estarás muerto al final de la película?".

Wayne resopló contra la cinta, con las mejillas hinchadas a cada respiración.

"Sí, lo has adivinado; es porque voy a matarte".

La respiración de Wayne se volvió tan rápida y su pecho se agitó de forma tan espectacular bajo su sucia camiseta blanca, que Beckett pensó que podría hiperventilar y sufrir un paro cardíaco.

Más le vale que no. Será mejor que no se me muera.

"¿Qué te pasó, Wayne? Estabas..."

El sonido de algo goteando sorprendió a Beckett, que inmediatamente miró a Wayne. Luego empezó a sonreír.

Se había formado un charco bajo la silla del hombre.

"Oh, vamos. ¿Te has meado encima? Dame un puto respiro, Wayne. Ah, no importa, está bien. Está bien porque puse una lámina de plástico debajo de tu silla. Quiero decir, su propósito principal es recoger la sangre, pero el pis también servirá. De todos modos, como iba diciendo -Beckett señaló la pared con el bisturí antes de golpearse la palma de la mano con el lado desafilado. Los dedos le hormigueaban tanto que apenas los sentía. "Eras un niño tan mono y, sin embargo, te convertiste en un jodido animal. Un *salvaje*. ¿Qué te ha pasado?"

El niño del vídeo estaba en un tobogán, con la clara intención de aterrizar en un cisne hinchable en la piscina de abajo. Se pasó de la raya y aterrizó en el agua.

"Un chico tan guapo... ¿qué coño te ha pasado?"

Wayne intentaba hablar de nuevo, más empeñado que nunca en que salieran las palabras.

Beckett puso los ojos en blanco y agarró la esquina de la cinta. La arrancó de un tirón.

"Eso... eso... eso... no..."

Wayne gritó, pero Beckett le hizo callar.

"Al día, Junior."

"Ese no soy yo, ese no soy yo." Las palabras de Wayne salieron apresuradas. Su voz era aguda, y la baba le goteaba en la barbilla.

Beckett hizo una mueca.

"Sigue vigilando", me ordenó.

De repente, las imágenes granuladas se volvieron más claras al pasar de la definición estándar a la alta definición.

Pero a Beckett no le interesaba la calidad de la película.

El vídeo mostraba ahora una vista en primera persona de un bosque. Había hojas grises y marrones apagadas esparcidas por todas partes, y se oía el sonido de pasos desde el ordenador de Beckett.

"No sé qué..."

"Shh, esta es la parte buena. O la parte mala, según se mire".

Wayne se quedó callado.

Además de los pasos, también se oía una respiración agitada, y la cámara rebotaba arriba y abajo con cada paso. Poco a poco, un objeto que estaba parcialmente enterrado entre las hojas se enfocó. Era una mochila granate con el nombre *Will* cosido en ella.

"Puedo explicar..."

Beckett extendió el bisturí.

"Ni una palabra más, Wayne", dijo en tono llano.

Observaron el resto del vídeo en silencio. Después de la mochila, la cámara enfocó un par de calzoncillos blancos.

Un par de pasos más y el cuerpo desnudo de Will Kingston entró en escena. Sus pálidas nalgas, casi blancas, sobresalían de entre las hojas, pero la mitad superior de su cuerpo estaba enterrada bajo ellas. Se podía ver algo de su sucio pelo rubio asomando entre la vegetación seca, pero no mucho más. El operador de cámara se arrodilló de repente. Una mano apartó las hojas de la cara del chico, revelando una expresión congelada de terror. Por un momento, los ojos lechosos de Will parecieron clavarse en la cámara, y con cada segundo que esta imagen permanecía en pantalla, aumentaba el cosquilleo en las yemas de los dedos de Beckett.

Lentamente, la cámara empezó a girar, deteniéndose sólo cuando el rostro de Wayne Cravat llenó el encuadre.

Sonreía, mostrando una boca llena de dientes apiñados.

"No", dijo Beckett mientras se colocaba de nuevo delante de Wayne. "Ese niño *no eras* tú; era una de tus víctimas. Seamos sinceros, es imposible que algo tan repugnante como tú hubiera sido tan mono de niño".

Beckett se puso en cuclillas frente a la silla.

"No es lo que parece... Yo no... yo no..."

Beckett alargó la mano y le puso un dedo en los labios.

"*Yech."* Beckett retiró su dedo, ahora cubierto de baba, y lo limpió en los vaqueros de Wayne. Luego se inclinó hacia delante y clavó el bisturí directamente en el cuello gordo del hombre, justo debajo de donde la mandíbula hacía un giro de cuarenta y cinco grados antes de dirigirse hacia el norte.

Capítulo 2

"Mierda", refunfuñó Beckett mientras buscaba su teléfono. Tenía la mano cubierta de sangre y se esforzó por limpiar la mayor parte en la camiseta ya manchada de Wayne. No había dejado de sonar en los últimos diez minutos, lo que significaba que sólo podía ser una persona.

"Hola", dijo.

"¿Qué vas a hacer esta noche?", preguntó una voz femenina.

Beckett miró el cadáver de Wayne y la sangre que seguía saliendo de él. Su corazón se había parado hacía más de cinco minutos, pero el hombre estaba tan gordo que la sangre seguía rezumando por la herida del cuello. Había tanta sangre, de hecho, que Beckett empezaba a preocuparse de que el paño de plástico que había colocado no pudiera contenerla toda, sobre todo teniendo en cuenta que estaba medio lleno de orina.

"Oh, ya sabes, leer libros de texto y hablar con los colegas en *Reddit* sobre los últimos avances científicos", dijo con acento de empollón.

"Sí, claro. En serio, ¿qué vas a hacer esta noche?"

Beckett miró fijamente los ojos de Wayne, que seguían abiertos por los trozos de percha.

"Probablemente escucharé un episodio de *Casefile* y me tomaré un whisky. Nada especial. ¿Y tú?"

"Te estás convirtiendo en un viejo, ¿lo sabías?"

Beckett colocó el bisturí que aún sostenía en el plato con las demás herramientas y lo dejó empapar en el alcohol.

"Culpable de los cargos. Tengo treinta y cinco años, pero tengo el cuerpo de un octogenario. Un desgarrado, 'roided hasta las branquias, de ochenta años de edad. ¿Qué pasa, Suzan? No me llamas para charlar. ¿Es una llamada para tener sexo? Porque me siento usada. No soy sólo un pedazo de carne, ya sabes".

"Hablando de carne, estoy cansado y hambriento de estudiar. Podríamos cenar. Ya sabes, como la gente normal".

Beckett enarcó una ceja.

Normal... Yo fui normal una vez, ¿no?

"Sí, yo no..."

Beckett oyó una campanada desde lo alto.

Qué raro, juraría que he apagado la tele.

"Demasiado tarde. Voy a traer comida china".

Ahora fueron los ojos de Beckett los que se abrieron de par en par.

"Suzan, yo..."

Otra campanada.

"¿Dónde coño estás? La comida se está enfriando".

Beckett tragó saliva.

"Estoy en la *oficina*...", quiso decir, pero Suzan le cortó.

"Tus luces están encendidas y sé que estás en casa. Sólo ven a la maldita puerta. No me hagas dejar la comida y sacar las llaves del bolsillo".

"¿Estás... estás *aquí*? ¿En mi casa?"

"¿Qué te pasa? ¿Por qué suenas tan sorprendido? ¿Tienes a otra mujer ahí dentro o algo?"

No, pensó Beckett con el ceño fruncido. *No es una mujer, sino un cadáver... el cadáver de un hombre al que acabo de matar.*

Capítulo 3

El sargento Henry Yasiv sacó un cigarrillo del paquete y se lo llevó a los labios. Cuando había vuelto a fumar hacía un año, después de cinco sin hacerlo, se había prometido a sí mismo que lo dejaría cuando se resolvieran todos los problemas con el alcalde de Nueva York y todo el asunto de la red de tráfico de heroína.

Por supuesto, incluso después de que todos los implicados en ANGUIS Holdings Corporation estuvieran en la cárcel o muertos o hubieran huido del país, Yasiv se había dicho a sí mismo que lo dejaría después de su siguiente caso.

Su siguiente caso fue el de un capitán del ejército que había sido asesinado a tiros en su propia subasta benéfica momentos antes de que la policía de Nueva York, incluido él mismo, emitiera una orden de arresto contra él.

El hombre había sido tiroteado por un desconocido en el jardín trasero de su hija. No tenían ninguna pista, a pesar de que había más de cincuenta invitados a la subasta. Pero, con el caos que se produjo con la llegada de la policía de Nueva York, nadie vio nada.

Ahora era un caso sin resolver y estaba destinado a congelarse. No es que le importara. El capitán Loomis estaba implicado en la distribución de heroína con carfentanilo por toda la ciudad. En opinión de Yasiv, el hombre tenía lo que se merecía.

Así que se había prometido a sí mismo que dejaría de fumar cuando resolviera su *siguiente* caso.

Yasiv inhaló profundamente, saboreando la sensación del humo caliente al entrar en sus pulmones. Luego se metió las manos en los bolsillos y hundió el cuello en el peto.

Puede que el calentamiento global esté en pleno efecto, pero parece que este año se ha saltado la ciudad de Nueva York. Con sólo el otoño, ya parecía febrero.

No ayudaba que se estuviera haciendo mayor; que *se sintiera* mayor.

Al sargento Henry Yasiv le faltaba una semana para cumplir treinta años, pero se sentía el doble. Y se le notaba. Tenía nuevas arrugas en los ojos y surcos profundos alrededor de la nariz. Incluso se había acostumbrado a encontrar una o dos canas, siempre que se las cepillaba.

Pero esto no le molestó.

Hubo un tiempo en que a Yasiv le importaba su aspecto, pero eso fue antes*; antes* de que Craig Sloan empezara a escenificar sus asesinatos para que parecieran un suicidio. Hubo un tiempo en que le interesaban mucho los insectos, pero eso fue antes de que Marcus Slasinsky pusiera orugas en la boca de sus víctimas. La lectura había sido una de sus aficiones, pero eso fue antes de que Ryanne Elliot escribiera sobre sus víctimas de asesinato y publicara las historias en Internet.

Sí, ahora era un hombre diferente. Antes, sus colegas, como Chase Adams, ahora en el FBI, y Damien Drake, ahora fugitivo y muy probablemente muerto, habían pensado que estaba demasiado verde para ir a ninguna parte en el departamento.

Era una pena que hubiera demostrado que estaban equivocados.

Después de que Chase Adams dejara vacante el puesto de sargento, él había sido nombrado en cuestión de días. Su ascenso en la 62ª División de la Policía de Nueva York fue meteórico, pero Yasiv no era ingenuo: su ascenso no se basó únicamente en sus méritos.

Tras las acusaciones, era uno de los pocos policías que quedaban que no estaban sucios.

Yasiv dio otra fuerte calada, disfrutando del sonido del envoltorio del cigarrillo al quemarse.

También era *joven* y una cara nueva. Una señal para el pueblo de Nueva York de que la corrupción que supuraba en el seno de la policía de Nueva York durante tantos años había desaparecido.

Pero lo que no le habían dicho era que el número de cadáveres aumentaba cuanto más se ascendía en el escalafón. Y sin embargo, con el aumento de la presión y la responsabilidad, más impersonal se volvía todo por el camino.

El más *entumecido*.

La puerta se abrió detrás de él y Yasiv se volvió para ver al detective Dunbar asomado. Otra cara joven y verde.

"¿Hank? Tengo al agente Salzman esperándote".

Yasiv asintió y dio las gracias a Dunbar.

"Iré en un minuto, en cuanto termine de fumar".

Normalmente, un sargento no se involucraría en una infracción de orden público. Normalmente, Yasiv se mantendría lo más alejado posible de una infracción tan leve.

Dio una última calada a su cigarrillo, exhaló una espesa nube de humo y tiró la colilla a la acera.

Pero Wayne Cravat no era un preso en libertad condicional normal.

Capítulo 4

"¡Oh mierda, oh mierda, *oh mierda!*" gritó Beckett mientras subía corriendo las escaleras e irrumpía por la puerta del sótano. Intentó cerrarla de golpe, pero tuvo que volver corriendo al darse cuenta de que seguía entreabierta. Entonces se miró a sí mismo. Llevaba un delantal que estaba literalmente cubierto de sangre. Se lo arrancó rápidamente y lo metió debajo del fregadero.

"¿Beckett?" oyó decir a Suzan.

¡Joder!

Lo primero que pensó fue que aún no había colgado el teléfono, y lo miró. La pantalla estaba oscura, lo que significaba que-

"¿Beckett?"

-Suzan había utilizado sus llaves para abrir la puerta y justo ahora estaba entrando.

Buscó frenéticamente en su camisa oscura y sus vaqueros cualquier rastro de sangre de Wayne. Al no encontrar ninguna inmediatamente, se volvió hacia la nevera, sabiendo que sólo disponía de unos segundos antes de que Suzan se dirigiera a la cocina.

¿Cómo demonios ha ocurrido esto?

Beckett ya podía ver los titulares: *Asesino en serie capturado porque el imbécil le dio un juego de llaves a su novia.*

¡Idiota!

"Estoy aquí, Shnookums", gritó.

No había mucho en la nevera: un puñado de cervezas, un poco de ketchup, mayonesa y un bloque de queso. Con los dolores de cabeza que sufría últimamente, Beckett había perdido casi todo el apetito.

Encontró dos filetes de solomillo gruesos en el estante inferior y los sacó rápidamente. Luego se dio la vuelta, los arrojó sobre la tabla de cortar de la isla central y les arrancó el plástico.

"¿Qué demonios estás haciendo?" preguntó Suzan al entrar en la cocina.

Beckett se esforzó por ofrecer a su novia una sonrisa de aspecto natural.

Fracasó estrepitosamente; la expresión de su cara era la de un

hombre que acaba de tirarse un pedo y se ha dado cuenta de que llevaba unos pantalones blancos de algodón.

"Estaba a punto de cocinar unos filetes", dijo, señalando con la cabeza los trozos de carne que había sobre la tabla de cortar.

Suzan enarcó una ceja y le miró fijamente. Tenía una forma de ver a través de él, de penetrar en su alma.

La capa exterior, al menos.

Más de diez años más joven que él, le ofrecía algo que otras mujeres con las que había salido o se había acostado a lo largo de los años no podían ofrecerle. Principalmente, le seguía el ritmo, en más de un sentido.

Y también lo mantenía a raya; no aguantaba su mierda como habían hecho otros en el pasado.

Algunas personas podrían fruncir el ceño ante la diferencia de edad o el hecho de que ella fuera profesora ayudante en una de sus clases de residencia, pero Beckett tenía la costumbre de no preocuparse por lo que pensaran los demás. Suzan Cuthbert era adulta y podía tomar sus propias decisiones.

Sugerir lo contrario es pura ignorancia.

"¿Y mataste tú mismo a la vaca?", preguntó mientras dejaba las dos bolsas de comida para llevar sobre la mesa.

Sacudió la cabeza.

No una vaca, exactamente.

"¿Entonces por qué estás sudando?"

"SII", respondió rápidamente.

Suzan le miró y arrugó la nariz.

"Te dije que tengo comida para llevar."

Beckett era unos diez centímetros más bajo que ella, así que cuando se inclinó para besarle, fue él quien tuvo que hacer la mayor parte del esfuerzo. Sus labios se encontraron, pero solo un segundo; a Beckett le preocupaba que ella pudiera oler la muerte en él.

Cuando Suzan se apartó y le miró con sus ojos verdes, Beckett le sostuvo la mirada. Era una persona extrovertida a la que le gustaba estar en presencia de los demás, pero también era introspectiva, inteligente, curiosa intelectualmente, sexy a más no poder, en forma, divertida, grosera, sarcástica, tenía el culo como la estrella polar, las tetas como...

Parpadeó y desvió la mirada.

Jesús, uno pensaría que estás enamorado, Beckett.

"Sí, pero ya estaba preparando las cosas cuando llamaste", mintió. "Iba a sellar los filetes al vacío, cocinarlos al vacío durante una hora y luego dorarlos a fuego ultra-alto en la plancha".

Suzan hizo una mueca.

"¿Quién eres y qué has hecho con Beckett?"

"Es una nueva era, Suzan", dijo Beckett agonizantemente despacio. "Las mujeres pueden votar y los hombres pueden cocinar. ¿No te has enterado?"

Suzan puso los ojos en blanco.

"Sí, pero los hombres siguen sin ser capaces de mear en el retrete".

El comentario cogió a Beckett por sorpresa y tardó un momento en procesarlo.

"Hueles a pis, como un vagabundo".

Maldito Wayne.

Beckett respiró hondo y trató de mantener la calma.

"Bueno, ya sabes lo que dicen... las virutas son para las magdalenas y los retretes... y la ropa interior. Algo así, de todos modos."

Suzan volvió a la mesa y empezó a sacar la comida de las bolsas.

"Nadie dice eso".

"Claro que sí".

"No, no lo hacen. Guarda los filetes, los cocinaremos mañana, Gordon Ramsay."

"Sí, señora."

Beckett volvió a envolver la carne y la metió en la nevera. Cuando se volvió, se sorprendió al ver que Suzan volvía a mirarle fijamente.

"El hombre moderno... no puede orinar en el retrete y tampoco puede lavar su propia ropa".

"¿Qué?"

Suzan señaló la parte trasera de su camisa y Beckett torció el cuello.

"Tienes sangre en la camisa", le informó.

El corazón de Beckett dio un triple salto en su pecho.

"Ya lo veo", consiguió decir. Había una gota del tamaño de un cuarto de la sangre de Wayne en el dobladillo de su camisa, y más en sus pantalones vaqueros debajo.

"Debe haber sido por los filetes", ofreció.

"¿En serio, Sr. Sous Vide? Para alguien tan experimentado en la cocina, me sorprende que desconozca el hecho de que no hay sangre en la carne de un animal correctamente descuartizado."

"Quizá el carnicero estaba borracho entonces, o quizá me corté afeitándome", replicó Beckett mientras cogía un par de platos de la estantería y los acercaba. Empezó a abrir un recipiente metálico de comida para llevar cuando Suzan le apartó la mano.

Los ojos de Beckett se entrecerraron.

"¿Qué? ¿Qué pasa ahora?"

"Vaya a lavarse las manos, Sr. SII. *Qué asco*".

Para seguir leyendo, ¡hazte YA con tu ejemplar del Libro 2 de la serie del médico forense Dr. Beckett Campbell!

Otros libros de Patrick Logan

Detective Damien Drake
Besos de mariposa (feat. Chase Adams, Dr. Beckett Campbell)
Causa de la muerte (feat. Chase Adams, Dr. Beckett Campbell)
Descargar Murder (feat. Chase Adams, Dr. Beckett Campbell)
Skeleton King (feat. Dr. Beckett Campbell)
Tráfico humano (feat. Dr. Beckett Campbell)
El Señor de la Droga: Parte I
El Señor de la Droga: Parte II

Chase Adams Thrillers del FBI
Rígido Congelado
Sospechoso en la sombra
Dibujo Muerto
Alerta Amber
La historia de Georgina
Dinero sucio (feat. Dr. Beckett Campbell)
Guarida del Diablo

Dr. Beckett Campbell, Médico Forense
Final amargo
Donante de órganos
Inyectar fe
Precisión quirúrgica

No olvides pasarte por mi grupo de Facebook y saludarme! https://www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes de este libro son totalmente imaginarios o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con lugares, sucesos o localizaciones es pura coincidencia.

Derechos de autor © Patrick Logan 2023

Diseño interior: © Patrick Logan 2023

Todos los derechos reservados.

Este libro, o partes del mismo, no pueden reproducirse, escanearse ni difundirse en forma impresa o electrónica.

Primera edición: Diciembre 2023